



LOS MALES SAGRADOS

FRANCISCO UMBRAL



LOS MALES SAGRADOS es una evocación novelesca poética y desgarrada, tierna y cruel, de los años de la posguerra española vista a través de los ojos de un niño que se va haciendo adolescente en medio de unas realidades tristes y sórdidas que le cierran todo horizonte. Encadenado a un ambiente opresivo de sensaciones inexplicables, sobre el que flotan las sombras del sexo y de la muerte, el protagonista va pasando por una dolorida educación sentimental hasta que la muerte de su madre le revela su incompatibilidad con todo lo que hasta entonces había aceptado.



Francisco Umbral

Los males sagrados

ePub r1.0
Titivillus 20.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Los males sagrados*
Francisco Umbral, 1973
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A mi hijo

El hombre es un ser de lejanías.
HEIDEGGER

RECORDAR A MAMÁ en aquel pueblo de la montaña, preñada de mí, solos los dos, solos por primera y última vez en la vida, y ella con su vaga ternura de gestante, sin hijo todavía donde posar, las gentes del pueblo mirando el embarazo, la preñez, el vientre grande y dulce, como miraban los sembrados, los montes, las nubes, con mirada sopesadora y sabedora. La maternidad empieza a ciegas, una ternura hacia algo de lo que todavía no se sabe ni siquiera el sexo, y sin embargo se le quiere, se lo quiere. Mi madre durmiendo bajo las estrellas grandes y toscas de la montaña, sintiéndome en su vientre, palpitante como una estrella de sangre, pasando su pesantez de hijo por entre la levedad del aire, las flores de las alturas, la mirada rubia de los campesinos, el paisaje que no la conocía. Ella sin pámela, sin su pámela, qué desvalida, sin la pámela de las fotografías sepia de la época, la Greta Garbo que todas ellas eran un poco, por entonces, las manoplas, la boca triangular, boca de baraja, trébol o pica, roja, y los escotes lunares. Como está en el álbum familiar, la melena corta de los veraneos del norte, ciudad nobiliaria y maillot oscuro, la consola donde apoyarse para posar, las fotografías de estudio, un espejo al fondo, una columna neoclásica, la última columna del neoclasicismo convencional, mal imitada en escayola para el estudio del fotógrafo, la luz rancia, sepia también, que entraba por la izquierda desde un inexistente jardín breve y perfumado, todo con un mezclado olor de tabaco, colonia, tiempo, flores, pecado y magnesio.

De perfil, todas como modelos de aquel pintor de gitanas, de frente, el plano dramático, ojos de noche y palidez de camelia, el cinematografismo de la época, mamá, heroína de aquel cine mudo y temblón, cuando la vida palpataba en la pantalla, vacilaba como realmente vacila bajo la luz de las estrellas, sin que nosotros podamos advertirlo, las primeras películas que luego me llevaría a ver, un mundo vertiginoso, tartamudo y aventurero, la música, la música y la moda de la época repitiendo a mamá por todas partes, en revistas, películas, comedias, novelas, fotografías, dibujos, todas eran una y la misma, pero ella era sólo ella cuando se quedaba en combinación, aquella combinación negra, a la vuelta de la oficina (las primeras mujeres que iban a la oficina), y llenaba la casa de palabras, canciones, jabonadura, risas y días.

Mirarla en aquel pueblo de la montaña, o decir aquel otro pueblo, con una laguna en su nomenclatura, quizás, el atardecer con viento y árboles agitados, la abuela que se alejaba como una sombra enlutada, y mi llanto largo, solitario, desgarrándome por dentro para siempre, a la puerta de la casa de Pilar, el ama de cría, senos sarmentosos que daban leche milagrosa para el hijo de la carne y para dos o tres niños que nos criábamos allí, a la sombra de la mujer agraria, seca, manante, fea, cariñosa, desdentada y reidora. El hombre de los torraínes, luego, más tarde, pasaba sobre las cinco, en el refilón del sol, con sus torraínes, churros torradines, torraínes decía él, y se llevó su pregón para siempre, la cesta aceitosa en que los traía, el brillo de la paja y del aceite en la luz naranja, el viejo del primer pregón, como luego el pregón largo del mielero buenamiel o ese otro pregón, triste y corto, té del campo, al buen té del campo, que iba esmaltando la calle de florecillas de té. Mamá anduvo desnuda por los montes cercanos a la ciudad, sola y blanca, el naturismo de la época, contra las garras del monte macho, al aire y al sol, complicada con el cielo azul, en las tardes sin oficina, antes de mí, mucho antes, cuando un viento de libertad cruzaba el mundo, y el señor de los tomines pasaba con su pregón, o el hombre sombrío del fardelillo, al buen té del campo, o el mielero de la buenamiel.

Por la mañana, en la calle estrecha y fresca, traperos y palanganeros, lañadores y gitanos, el pregón oscuro y matinal, y su tarea de hojalata, canciones, paraguas viejos, trapos sucios, compraventa, miedos al niño, gitaneos con las criadas, las mujeres de la calle, las viejas, una confusión que a la tarde se serenaba, cuando los pregoneros de última hora pasaban lentos, despacio, sin voz apenas, como disolviéndose en el sol último. La mañana era una legión de traperos y lañadores, un ruido fresco de metales

viejos, y la tarde era una rueda lenta de mieleros, churreros, vendedores de hierbas, que lo aromaban todo y dejaban la melancolía imposible del campo en los balcones provincianos, con una palma del domingo de ramos y un geranio. Ya en la noche azul, el lechero con su carro y su caballo, la tartana de Segis, el ruido fresco y hondo de la leche dentro de los cántaros metálicos, las chispas que le sacaban al empedrado las herraduras del caballo, aquel olor animal de leche nueva y densa, y los paseos que me daba Segis en su carro, hablándole al caballo en un idioma corto, amistoso y melancólico. La pequeña ciudad se hacía mareante entre las orejas tiasas del caballo, entre sus patas con fuego y destellos.

La habitación azul, pintura azul de las paredes, aquel color azul de ceregumil, las láminas azules, recortadas de una revista semanal, enmarcadas, el calendario de añil con un cisne blanco bogando en su quietud, el olor azul, húmedo, de aquella habitación, comedor y cuarto de estar, un submarinismo triste, sonoro, el ligero abombamiento de la cal en las paredes, como se abomban las imágenes vistas a través del agua, y los libros en la pequeña librería, novelas verdes, vidas de santos, poemas eróticos y sentimentales, encuadernaciones azules, la consola y el espejo, negros, y yo, un día, con un batín oscuro, robado al ropero familiar, posando de escritor ante el espejo, escribiendo sobre la consola, quién sabe si aún se nota la consola debajo de todo lo que escribes. Había en los muebles y en la vajilla azul brillos baratos de un confort económico y, si uno se agachaba al suelo para coger un botón que se había caído, o un lapicero, entonces se descubría el panorama de la pobreza, las pezuñas sucias de los muebles, la alfombra de dibujo perdido, como un reino maya, borroso, soportando sobre sí la garra carcomida de algún monstruo inmóvil, que era la mesa-comedor, toda de floreros de trapo, tulipas, tintines y la porcelana transparente, azulada, como las sienes de los enfermos, como las sienes de mamá, cuando estaba en cama con jaqueca o con algo peor, el mismo rameado de venitas en las tazas, que en las sienes de mamá eran flores de pincel delicado y sin inspiración.

El olor azul, el aire parado y azul de lo que ahora llamo la habitación azul, aquel frío azul que se metía en el vientre y le hacía a uno doblarse por la mitad, una habitación sin sol, con una consola negra que quizás a veces se tornaba piano vertical, en el sueño pequeñoburgués de la familia, en la música dominical de las tardes interminables, con visita, taza de café, recuerdos y cepillada pobreza.

Aquel pueblo de la montaña, o el pueblo de la laguna, y las habitaciones-capillas de la casa, en la ciudad, cada habitación era como una capilla ardiente, a lo largo del pasillo inseguro, altarcitos al abuelo que murió en una de ellas, a la tía soltera que murió tísica en otra alcoba, a todos los muertos de la familia, habitaciones de sombra y chisporroteo, como una lamparilla ardiendo en lo oscuro, una mariposa de luz y aceite, y en el cuarto-ropero el aguardiente de guindas, en su tarro, la densidad submarina de las guindas en su aguardiente, fetos redondos y rojizos, un licor que había que beber a escondidas, el dulzor del aguardiente en aquella ventana, y el mundo vasto del cuarto-ropero, baúles, cajas de zapatos, cajas de botones, sombreros y sombrereras, vestidos en los que se había cuajado una tarde primaveral de muchos años atrás, pamelas como palomas muertas, zapatos blancos de tacón fino y un botoncito de nácar, perdido, caído al suelo del ropero, entre dos baldosas, como un ojo inocente y solo, mirando desde allá abajo los restos del naufragio.

El naufragio de una familia, de un tiempo, de unas vidas, los altares de las alcobas, la alcoba de la convalecencia de mamá, la alcoba de los suspiros de la abuela, la alcoba de las bronquitis del abuelo, toda la casa llena de grandes fotografías de antepasados, los muertos amortajados allí para siempre, cada uno en su alcoba, en su cama, sin volver a salir a la calle, ni siquiera al pasillo, haciendo su vida entre unos armarios, unas sillas, una cama y un palanganero.

El niño, los niños, yo, nosotros, todos, pasábamos por el pasillo con miedo, procuraba

uno ir por el centro, equidistante yo de las puertas de la derecha y las puertas de la izquierda, temeroso de las manos de los muertos, la mano de la abuela, que de pronto salía de su alcoba, espera, niño, tráeme de la cocina un poco de azúcar para el té, anda, hazlo por el Niño Jesús, o un poco de vino para la sopa, y había que ir a la cocina y volver con el poquito de azúcar o de vino, y la abuela, o quién sabe si la bisabuela, estaba allí, en su alcoba, en su capilla, en su altar, preparándose unas sopas de vino o un té muy azucarado, y luego todo el pasillo olía a las comidas de los muertos.

Una era la habitación de los grandes espejos negros, donde un día el niño se vería desnudo, tenso su cuerpo por el nacimiento de la lujuria, la habitación de los retratos sombríos, con los bigotes de los abuelos muertos y las melenitas de las tías fallecidas, la habitación de los santos, toda llena de imágenes religiosas, de libros, Sagrados Corazones de Jesús y de María, o el cuarto-ropero, con sus polainas y sus sombrillas como avestruces momificados. En el pasillo había flores de trapo, como en toda la casa, muchas flores de trapo, polvorientas, que las criadas limpiaban todos los días, incansablemente, llenando el aire de insectos grises, y en el pasillo había paragüeros, botijos, jarrones, vasijas vacías, huecas, donde resonaba mi infancia si me asomaba a su fondo para gritar una vocal, una letra que se quedaba en el fondo, agrandándose en círculos, inquietando el agua del silencio, y entre tanta cerámica dormida y polvorienta, un solo botijo fresco, vivo, reciente, tosco, lleno de agua corriente, saludable, rezumante, que era el botijo de la sed en las tardes paradas del verano, cuando había que entrar de la calle a beber a chorro llenándose la boca y la cara de su agua oscura. Era un agua fría que irritaba la garganta o deshacía el vientre, el agua de las anginas y la colitis, y entonces había que quedarse unos cuantos días en la cama, en una de aquellas alcobas, viendo en el techo los reflejos solares de la vida, con un sabor medicinal en la garganta, como si las amígdalas hubiesen florecido de manzanilla, malvavisco y edelweis. Hasta que pasaba el arrechucho.

EL BISABUELO ANDA A CABALLO por aquel pueblo de agricultores, caballo blanco lucero, el bisabuelo ayuda a los obreros, atruena con su voz, va y viene, galopa, trabaja en el campo, entra en el casino y toma a alguien por la solapa, defiende el honor, la honra de la familia, la mujer-niña con la que se casó, arrancándola de los juegos infantiles, y a la cual le ha hecho doce hijos.

El bisabuelo por los caminos, recogiendo mendigos, sanmartín de aquellos pueblos, llevándoles a casa, poniéndoles cubierto de plata, todo por el amor de Dios, no consiento que un pobre coma en plato de estaño en mi casa, y arrojaba el cubierto pobre, de caridad, por la ventana. Son bosques breves y delgados de la mañana, por donde el bisabuelo y su hija mayor van a caballo, ella montada a mujeriegas, en su jaquita, con los botines hípicas llenos de herretes, botines que quizás estén ahora en el cuarto-ropero, entre las sandalias blancas del niño que se murió y las botas militares de cuando el tío Renán hizo el servicio militar. La gran casa familiar, aquella asamblea de pobres y criados, señores y labriegas, y la hija mayor, la niña, la preferida, esta vieja solitaria que ahora está en su habitación, en su capilla, haciéndose unas sopas de vino, y que tiene un pájaro anidado entre el pelo blanco, picoteándole, ella dice que es el Espíritu Santo.

El bisabuelo murió joven, entero, de un corte en un pie, a la vuelta del casino, con todos los caballos piafando en la calle y en los patios, y el abuelo está ahí, tendido como el Cristo yacente de la parroquia, con el cuerpo abierto en llagas, abultado de ventosas, respirando trágicamente, tosiendo, rezando, reteñidas de nicotina las avemarías, requemado el mostacho de tabaco, rezos y mutismo. Un San Jorge, un San Martín, un jinete en caballo blanco galopando por los campos, recogiendo mendigos, y ahora esta lobreguez de pasillo despintado por donde pasa un niño tembloroso, por donde pasaba yo con mis pocos años, las flores de trapo, los espejos, el botijo, los paragüeros; los abuelos tuvieron varios hijos, varias hijas, y unos se han casado ya, y otros se han muerto, y otros reparten esquelas, hacen caligrafía, bordan en la sombra, o mamá, que andaba desnuda por la entraña arisca del monte macho. El Cristo yacente de la parroquia tiene llagas medievales en su cuerpo, almagre de taller gremial, lágrimas duras, pies grandes, labrados, terribles, y cuando al abuelo lo entierran podemos seguir viéndole en el Cristo yacente, el torso enorme y sangriento, la barba clavándose en el pecho, barba corta y dura, y los ojos vueltos, ni cerrados ni abiertos, mirando por una rendija entre el cielo y la tierra, entre la vida y la muerte, viendo una angostura que no es esto ni aquello, mientras suenan los latines del cura y la tía le va poniendo ventosas al cuerpo del abuelo enfermo, congestionado, bronquítico, porque dentro del pecho viejo y grande le suena la carcoma alborotada de la muerte.

La cocina era grande, desordenada, y en ella ardían cucarachas, se requemaban las criadas, reinaba la abuela de pelos largos y blancos, y el techo se llenaba de sombras rojas y negras cuando el genio pirómano de la familia encendía fogatas para quemar las alimañas, las cucarachas, los recuerdos, los viejos muebles, las cartas, los documentos notariales y las fotografías pecaminosas, todos los secretos de la familia, la entraña de papel y miseria de toda familia, ardiendo, purificándose con las cucarachas y las ratas en aquella inquisición de escobas llameantes y criadas desdentadas que reían y le hacían muecas, burlas, a la vieja señora, por la espalda. En la cocina sonaban cisternas, los roedores de la despensa, una máquina de coser primitiva, herrumbrosa, lenta como una locomotora de entonces, y sonaban las canciones marchitas de las mujeres de la familia, todo bajo los brazos abiertos del Sagrado Corazón de Jesús.

Entre la despensa y el patio, retretes sórdidos, angostos, verdinosos, olorientos, donde los niños de la familia nos refugiábamos para masturbarnos, leer poemas eróticos que no entendíamos y mostrarle nuestro cuerpo niño y delgado al demonio de las cloacas,

que sonaba como azufre en la madrugada. En la despensa vivía el olor de la mostaza, el aroma del chocolate, el hormigueo estrellado del azúcar, la pobreza de las patatas, la alta soberbia del vino, la minuciosidad de las lentejas, todas las familias de la verdura, como aldeanos y aldeanas de zarzuela, y un viejo, una vieja, la abuela, su sombra encanecida, bebiendo el vino a escondidas, probando el azúcar, mermando el queso del abuelo, su racioncita de queso que cortaba con una navajilla, en pedacitos, antes de irse a la lejana administración, por un camino largo que él hacía con mordiscos de queso, cuentas del rosario, murmullos entre dientes, tabaco y soledad.

El abuelo en su lejana administración, entre un fielato y una fábrica de harinas, entre unos consumos y una presa por donde entraba y salía el agua verde de las profundidades, como un dragón de siete cabezas, mordiéndose el monstruo a sí mismo, y rugiendo, como íbamos a verle en las tardes de la excursión, y me asomaba yo al brocal de aquel pozo, qué miedo, el vértigo del agua, aquella fuerza allí encerrada, aquella espuma debatiéndose, y el abuelo que nos recibía sin palabras, me ponía una mano en la cabeza, o ni siquiera eso, y nuestras carreras, nuestras largas caminatas por el interior de la finca, la furia de los perros, el olor de los perales, la blusa de Felipe, el hombre de la huerta, las grandes copas de piedra, rotas, con un fondo de agua rosa del crepúsculo y unos renacuajos moviéndose dentro, nadando misteriosamente. Las tías, las primas, muchas mujeres en la excursión, alguna coja recogiendo flores por las laderas.

¿Le gustaban realmente las flores o era todo un engaño para disimular su cojera, para andar rezagada, para evitar su cansancio y su traqueteo de coja? Nunca lo he sabido. Le llevábamos fruta al abuelo, a su despacho, y también llevábamos fruta para casa, a los enfermos, porque siempre había algún enfermo, yo mismo quizás era quien estaba en la cama con las anginas irritadas, inflamadas, florecidas de manzanilla y malvavisco. El abuelo, silencioso, rezador, pasaba por entre los santuarios del agua profunda, cernía en su mano las blancuras harinosas, se nos perdía por corredores donde giraban aspas, las entrañas metálicas de un molino, y volvía a su despacho pobre, con olor a tabaco y a otros hombres viejos. Había un rosario colgado de la pared, junto al calendario y las facturas.

Mamá, en la excursión perdida entre los morales, con su vestido blanco, te vas a manchar el vestido de moras, y efectivamente se lo manchaba, a última hora, una mancha de sangre sobre el pecho, en la blancura del vestido, y yo no sabía si aquello era grave o no era grave, si había que guardar silencio o tomarlo a broma, quizá sangre de verdad, una mancha de sangre, o el color reconcentrado e inocente de las moras, no sé. Mamá ensangrentada, siempre, escupiendo sangre, en Nochebuena, o regresando de aquella excursión, lejano ya el ladrido de los perros, el saludo de Felipe, lejanas las canciones de los excursionistas, voces perdidas en la hondura nocturna de la montaña. Mamá, ojos trágicos y una mancha roja en el pecho. El abuelo, en su administración, miraba y no decía nada, quizá la recriminaba en silencio, quizá la había recriminado siempre, toda la vida, en silencio, con sus rosarios, que eran recriminaciones, y yo no sé si la reñía por la mancha de moras, por la mancha de sangre, por sus escapadas a la montaña, desnuda, por qué.

Cuando el abuelo muera lo llevaremos a la iglesia parroquial, lo pondremos en otra hornacina, como el Cristo yacente, y los domingos podremos ir a rezarle, pero ya no estará para recibirnos en la excursión de la tarde, presidiendo la furia del agua, la paz de las harinas, el olor de las huertas y la amistad feroz de los perros. Las viejas criadas, la Ubalda y la Inocencia, dicen el señor y la señora, el señor ha muerto, la señora ha muerto, las viejas criadas, la Ubalda y la Inocencia, tienen unos novios o unos maridos lejanos, ellas dicen siempre mi hombre, que andan por los montes, por la raya de otro país, no se sabe si de contrabandistas o de carabineros, cazando osos, lobos, matando gente, y de tarde en tarde vienen con toda la hueste de los hijos rubios

y feos, con las pieles de los osos, los tigres, los leones, las fieras que han matado por el mundo, y que a lo mejor solamente son pieles de gatos monteses, cómo puedo yo saber eso, tan niño.

La Inocencia, la Ubalda, Pilar, mi ama de cría, las extensas familias, el mapa ocre de la pobreza, mujeres que huelen y hombres sombríos, chicos que me miran, que nos miran, como dos razas enfrentadas, curiosas, recelosas, y todo el pasado campesino y caritativo de la familia ardiendo en aquellas bocas iluminadas por la llama del Espíritu Santo de la pobreza, hasta que venga el abuelo, el señor dicen ellos, a presidir el rosario, hasta que venga la abuela a repartir cubiertos de plata, sábanas de hilo, con su pájaro en la cabeza, ladronas, que no os merecéis nada, no sé por qué os doy todo esto, mucho más es lo que me habéis robado, ladronas, desagradecidas, víboras, y tú, Ubalda, que estás en pecado mortal, que tuviste a la Ubaldita sin la bendición de Dios, nos cegamos, señora, nos cegamos, se defendía la Ubalda, extendiendo las manos hacia la plata, hacia el hilo, no fuera a quedarse sin reparto por su pecado lejano, rojo e imborrable. Así los días, los años.

Se iban a no sé qué habitaciones, fondos, rincones, cocinas, o se volvían a sus montes con niebla y lluvia, la amistad del lobo y del gato montes, cómo puedo yo saberlo, tan niño, y me decían cosas, me besaban, me dejaban la marca olorienta y fea de su pobreza, qué guapo que está el niño, qué crecido, adonde va a parar, que Dios se lo conserve, inocente criatura, y yo no sabía si me querían o no me querían, cómo podía yo saberlo, tan niño.

La a, la be, la fascinación de las letras, el abecedario en góticas muy negras, su curvatura, su gracia, aquellos seres que no eran animales ni piedras, grajos ni montes, la familia misteriosa y prometedor de las letras, la eme como un paquidermo bueno, la ge como un gato sentado, el círculo pequeño sobre el círculo gordo, y un rabito por arriba, como una única oreja levantada, la be como un canguro presto a saltar, la efe como una nota musical. Qué apretado el mundo de las letras que me enseñaba la abuela, qué lleno el mundo todo de cosas, tan cerca el cielo del infierno, el diablo de la noche y el ángel de la guarda del día siguiente, porque la niñez es una angostura, una acumulación, y se movía el niño entre dioses y demonios cercanos, familiares, entre arcángeles y monstruos que bajaban de la buhardilla o subían del pozo que había en el patio. En las noches de aurora boreal, el abuelo nos sacaba a la calle para que viésemos el fenómeno, es el poder de Dios, son cosas del demonio, son los fenómenos de la madre naturaleza, y la polémica familiar decrecía bajo el cielo rojo, habitado de pavos reales y demonios incendiados, de modo que la primera noción que tuve del infierno la tuve mirando al cielo, en aquella calle recorrida por el viento de la madrugada, qué raro estar levantado a aquella hora, era como pisar en otro planeta, y me adelanté dos pasos del abuelo, saqué mi pequeña cosa y me puse a orinar entre las sombras, los pavos reales, los incendios de la aurora boreal, ángeles y diablos que pasaban lentamente por delante de mis ojos.

En aquel tiempo había muchas auroras boreales y el niño se asomaba por las cancelas del traspatio, por los balcones, por el portal, y a la mañana había faisanes de oro muertos entre las barreduras de la noche. La abuela me enseñaba las letras y el pájaro de su pelo las iba repitiendo como un lorito, y yo no tardaba en aprenderlas, porque estaban vivas, llenas de sentido, eran hermosas y explicaban el mundo. El Estilita estaba en su columna, comido de gusanos, y cuando un gusano se le caía de las llagas, lo recogía piadosamente y volvía a ponerlo en su sitio. San Wenceslao y san Boleslao corrían, niños, por la llanura helada, y la carne hermosa de santa Catalina de Siena se entregaba a una rueda de cuchillos bajo el canto celestial de los mártires cristianos que iban al encuentro dulce y mortal de los leones, o san Alejo con su perro, viviendo debajo de una escalera, la fiesta romana por el pez simbólico como una gruta submarina, los páramos medievales poblándose de ascetas y mujeres desnudas, santa

María Egipcíaca, que pecaba por amor de Dios y se entregaba a los leprosos en caridad, a bordo de una barca, todo sobre el fondo remoto de aquellas gentes musculadas y semidesnudas que tomaban el sol grande del Antiguo Testamento.

La abuela quería que yo aprendiese a leer para darme cada noche la vida del santo del día, una escritura antigua, un papel apergaminado, unos tomos secos y crujientes, parcial y minuciosamente carcomidos por algún insecto, y todo el mundo santificado y podrido, milagroso y sombrío que emergía de las páginas, llenaba la noche, habitaba el sueño. Ahí está el santo leproso tendido entre las viñas, feliz al sol, recorrido su cuerpo por la mano agusanada de Dios.

El incierto pasillo, populoso ahora de santos, apariciones, ánimas del Purgatorio, ángeles de cristal, y asimismo las estancias, las alcobas, la casa toda, y los patios sombríos con música de unos años atrás estancada en ellos como agua podrida en un colector. O aquellos colegios nocturnos, corredores de niños y guardapolvos, señoritas de estopa y ladrido, maestros de dril y dioptrías una vigilancia austera, el comercio morado con la tinta, temblorosas caligrafías y, por fin, como la fatalidad, la mancha enorme, el tintero volcado, el inmenso renacuajo sobre la plana nueva, una tristeza sosa de tiza, agria del olor avinagrado de la tinta, las monjas y su gran libro de estampas bíblicas, mi pelo endurecido de jabón de fregadero, los patios llenos de aire frío por los que me llegaba el cantarineo de otros niños diciendo la salve, la tabla de multiplicar, el credo.

El mundo. El mundo era la calle, los paragüeros de cada mañana, el caballo de Segis, la huerta inmensa de Felipe, pero en el colegio, por donde el niño creía que se salía al mundo, moría un maestro cada tarde, giraba tristemente la bola del mundo, como un astro viejo de cartón-piedra, y se erizaba el misterio de los números, todo lleno de púas, pinchos, alambres, defensas, como aquel erizo que veía yo en el escaparate de la armería, disecado, entre escopetas, cartuchos, polainas y cartucheras. Pasaban maestros fantasmales, monjas crujientes, señoritas que desprendían un polvillo de antaño, y los niños nos doblábamos sobre la caligrafía insegura, veo mi mano torpe con el palillero, la continuidad de los colegios, esos eslabones de tristeza que uno ignora cándidamente cuando anda por las ciudades, libre.

El colegio era un mundo no querido, y sólo las letras seguían teniendo vida propia, pero las letras primeras, las del abecedario deletreado con el pájaro de la abuela, aquéllas que eran sonido puro, música, mundo, sol, acorde, y en las que aún no habían venido a agazaparse los significados, aquella legión muerta de santos, mendigos, guerreros, políticos, metales, cadáveres que, a veces, al abrir un olvidado libro escolar, o un cuaderno, caían de entre las páginas, se desprendían del papel como saltamontes fosilizados.

GERMÁN TENÍA UN LÁTIGO DE GOMA, unas disciplinas como víboras, con pinchos en las puntas, y Gonzalo Gonzalo tenía solamente sus dientes feroces y sus músculos de piedra, y José tenía un machete y un cinturón de gran hebilla metálica, con la que nos azotaba a todos, pero Ignacio sólo tenía sus uñas y su nervio, su agilidad para subirse a los árboles, como que era el único de todos que vivía al aire libre, no en una casa, no en un piso, sino en aquella huerta grande y salvaje, con la fábrica de sombreros al fondo. Nos reuníamos en la gruta de los colores, en aquel subterráneo pintado de amarillo, rojo, verde, azul, naranja, con olor a aguarrás y a tela de araña, encendidos los colores en la sombra como los vitrales de una catedral sumergida.

¿Qué pintores habían trabajado allí, qué hombres de espátula y brocha gorda? Era el foso abandonado de unos locos que quizá soñaron con llenar el mundo de colores, la guarida de unos mendigos que vivían miserablemente, pero que iban decorando su pobreza con botes de pintura, robando aquí y allá, en las ciudades por donde atravesaban, un bote y una brocha para decorar su cabaña, su vivienda de ocasión. Por la ciudad había unos cuantos refugios así, unos cuantos subterráneos furiosamente pintados de todos los colores, encendidos de alegría por sobre su pobreza de cal y piedra vieja. Los mendigos trashumantes se fueron un día, eran quizá los hombres de Altamira, los mismos de siempre, una hueste rala y eterna que iba decorando las grutas y los sótanos de la ciudad. Pintaban brutalmente, groseramente, con un rojo obscuro, un violeta rebelde, un negro anarquista y un amarillo escandaloso, y luego los colores quedaban comidos por las hogueras que la tribu encendía, oscurecidos por el humo, requemados y enriquecidos. Germán movía su látigo de goma en aquella oscuridad de colores, y saltábamos unos sobre otros, y José hacía molinete con su cinturón de hebilla férrea, y una docena de muchachos nos agitábamos allí, ritualmente, porque yo había descubierto la calle, los amigos de la calle, temibles y violentos, sus reuniones chillonas y sangrientas en aquella catacumba de rocas iluminadas, donde se torturaba a un compañero, se martirizaba a una colegiala indefensa, se jugaba a las chapas y Gonzalo Gonzalo hacía brillar sus dientes en la sombra, Ignacio nos insultaba en un idioma extraño, quizás en el vascuence de sus padres, su hermana Clarita andaba desnuda por los charcos de la gruta, Germán se llenaba de lascivia, se masturbaba, y por fin el humo, el griterío, el ahogo, la furia nos expulsaba de allí, revueltos y mareados, arañados, a un cielo de arco iris, una tarde de lluvia, una calle solitaria, mojada, triste, con el cántico lejano de las monjas llegando por encima de las tapias.

O bien el gallinero de José, donde su hermano Ramón, el mariquita, comía dentífrico para entrar en éxtasis y hacía extraños juegos sexuales con el perro, y todos nos disfrazábamos con ropas sucias, y las niñas chillaban patas arriba, con la blanca braga al aire, y yo miraba obseso la desnudez de Clarita, que estaba en un rincón, blanca y sólida, siempre jugando con el agua, con un reguero de agua que parecía haber traído consigo. El portal de las monjas, la gruta de colores, la casa de los tontos, aquellos dos hermanos tontos, que corrían por una casa llena de panoplias, pianos, bargueños, cestos, alfombras y libros, y donde todos nos revolcábamos buscando joyas o monedas debajo de los muebles, persiguiendo el contacto erótico o la agresión por la agresión, bajo la mirada redonda de los relojes de la casa, relojes grandes, góticos, tonantes, o relojes finos y monjiles, hasta que el padre de los dos hermanos tontos aparecía con un sable de una de las panoplias y nos perseguía a todos escaleras abajo. El viejo militar resucitaba de sus batallas, de sus muertes, se ponía en pie sobre sus heridas, sus años, su pasado, sus defecaciones, y venía heroico y vindicativo a rebanarnos la cabeza con un enorme sable de baraja.

En la gruta de los mendigos, en el portal de las monjas, capturando colegialas, en la casa de los tontos, en la huerta de Ignacio, el niño se hacía tremendamente hombre, aprendía yo la maldad, su hermosura y su fuerza, su brillo, y éramos ya una hueste maldita, perseguida en el barrio, odiada, y cantábamos blasfemias en la noche morada,

o lapidábamos con nuestras piedras al cojo de las plazoletas lejanas, aquel cojo con una enorme bota, que aparecía de tarde en tarde, fantasmal, subido en su propia cojera, bajo los faroles de la calle. Una vez me acertó el cojo con una piedra en un oído, metiéndome en la cabeza toda la música de los astros y un dolor infinito, una ceguera de oído que me dejó hueco por dentro, hermanado con los árboles y las paredes, girando con el universo. Me vengaba yo del cojo, cuando le teníamos bajo nuestros pies, con patadas, piedras, saliva, y un día murió meningítico, en el lecho de su madre, dando saltos como un pez, loco de dolor, cuando nosotros estábamos, quizás, en la gruta de colores, persiguiéndonos unos a otros, enredados en nuestra maldad, o en el gallinero de José, viendo a su hermano Ramón comer dentífrico y vestirse de mujer, o en la huerta de Ignacio, ahogando gatos en el pilón, asustando a las mujeres que cosían los sombreros, robando fruta o peleando con los perros de la fábrica, que eran enormes y odiosos. Martirizábamos a los hermanos tontos, vestidos ambos iguales, de mandilón, oliendo a leche, rapados, martirizábamos a las colegialas de las monjas, o a uno de los de la banda, cuando no había enemigo a mano, y nuestra carne infantil encendía cerillas, escupía insultos, afilaba cristales, raspaba con cuchillos, hurgaba orejas, quemaba telas, desarticulaba insectos, abría el abanico coloreado y violento de la maldad, todas las posibilidades recientes y turbadoras del dolor.

Todos habíamos pasado por el látigo de Germán, por las uñas de Ignacio, por el machete de José, por los puños de Gonzalo Gonzalo, y nuestras manos se iban tornando garras, día a día, y nuestros ojos se iban llenando de sangre, hasta que una tarde, a la luz de los relámpagos, en la tormenta lejana, les vi a todos y me vi a mí mismo con los colores verdes y sangrientos de la maldad, intercambiándonos caretas de ferocidad, armados de sexos metálicos para violar a Clarita, a las niñas de las monjas, para asustar a los dos hermanos tontos, mientras el cielo relampagueaba y todo el barrio olía a electricidad y a orina, porque habíamos orinado mucho, largamente, inconteniblemente, y quizá Clarita hundía ahora sus manos en charcos de orín, antes de ponerse lentamente su ropa arrugada, que estaba en un rincón, y volver a casa para hacer los deberes.

Algunas tardes, el arco iris nos redimía, ponía como un resplandor de bondad en nuestras vidas, una luz sobrenatural y benéfica, y ya no esperábamos al cojo de los anocheceres, sombra desigual y traqueteante, para lapidarle, porque quizás el cojo estaba muerto de meningitis en el lecho de su madre enloquecida, o porque nos habíamos vuelto buenos, o quién sabe por qué. En los fondos de la huerta, en las naves herrumbrosas de la fábrica de sombreros, entre hormas y cabezas de hierro, de madera, entre planchas enormes, llenas de carbón como barcos cargueros, nacía la canción dulce de las sombrereras, de las mujeres que cosían sombreros, confundiéndose con el rosario de las monjas, al otro lado de la calle, y el arco iris nos ponía a todos una aureola verde y pálida, de santidad, en la cabeza revuelta, herida, con cuernecitos de pelo y diademas de sangre.

Doña Alfonso la millonaria era la reina de la calle, reinaba en la carbonería y la ebanistería, en el taller de las modistas y en la sombrerería. Doña Alfonso la millonaria tenía una casa enorme, un palacio con patios, fuentes, surtidores, plantas, animales, criadas que se asomaban por todos los balcones, cantando y sacudiendo plumeros, pianos que sonaban en el atardecer, cuando doña Alfonso tenía visita, y parientes pobres que vivían en los bajos haciéndole las labores menores, los cosidos y los fregados, los encargos, y reverenciándola cada vez que salía o entraba seguida de su cortejo de hijos, hijas, yernos, nueras, criados y cocheros.

Doña Alfonso la millonaria cantaba ópera muy de mañana, al levantarse, y se oían sus arias en toda la calle, y tenía dos hijas feas feísimas que la seguían a todas partes, como dos puercos fieles y cegatos, sin aprender nunca de ella la distinción impar que

tenía, la manera de recogerse la falda, jugar con los guantes, mover el abanico, subir al coche, hablar a los criados, dar limosna a los mendigos y besar la mano de los obispos. Doña Alfonsa la millonaria debía de estar secretamente avergonzada de aquellas dos hijas que le había hecho un marido inexistente, lejano, muerto quizá.

¿Cómo podía tanta distinción, cómo podía aquel pavo real haber engendrado dos cochinitos rubiascos y cegatos? Doña Alfonsa la millonaria se quedó ciega un día, andando el tiempo, y aquellas dos hijas a las que nunca pudo casar, medio monjas y medio seglares, eran el amparo de su vejez, la compañía de su ceguera, y quizás ahora, cuando ya no podía verlas, cuando ellas se habían puesto realmente horribles con los años y los bigotes, era cuando las idealizaba en la tiniebla y les decía mis niñas. Nosotros le dábamos mucha guerra a doña Alfonsa la millonaria. En mi casa no había tantos espejos ni tantos retratos de antepasados como en casa de doña Alfonsa, ni tantos recipientes y plumeros, ni siquiera en la casa de los dos hermanos tontos, rapados y mandilones había tantas cosas. De modo que cuando ella entraba o salía con su cortejo, le tirábamos chinitas, le cantábamos cosas y orinábamos en las fuentes de su jardín. Pero doña Alfonsa la millonaria vivía lejos del suelo, suspendida entre el cielo y la tierra, en una nube de ópera, vales, visitas y olor a té, de modo que apenas sabía de nuestra existencia, y cuando mamá o la abuela me llevaban a su casa, limpio y arreglado, con la blusa amarilla y el pantalón de terciopelo negro, doña Alfonsa no podía reconocer en aquel muñeco con la raya impecable y el alma de colonia al monstruo callejero que le orinaba las fuentes y le escupía el vestido.

Yo siempre tenía cierto miedo, en todo caso, a que doña Alfonsa cayese un día en la cuenta de esta doble personalidad mía, en el secreto de este niño que eran dos niños, uno malo y otro bueno, uno aseado y otro desaseado. No sé si alguna vez llegó doña Alfonsa a adivinar mi secreto, y quizá cuando me miraba con sus ojos claros de reina y me decía que iba a ser muy alto, estaba viendo a través de mí a un golfo atroz, pero no decía nada, fue buena conmigo, quizá por no apenar a mamá y a la abuela, y siempre que yo estaba enfermo en la cama, con anginas o con lo del vientre, enviaba a algún criado a preguntar por mi salud.

Sin embargo, doña Alfonsa era una aparición infrecuente en mi vida, las visitas a su casa fueron haciéndose cada vez más raras, quizá porque ella tenía cada día más dinero y más plumeros, en tanto que nosotros teníamos menos, y, lejos de aquella señora que podía haberme salvado de la calle, yo me hundía más y más, cada tarde, en la gruta de los colores, en la espesura de la huerta de Ignacio, en el gallinero de Pepe y Ramón, en la desnudez sucia de Clarita, en el portal de las monjas, en la fábrica de sombreros, en las peleas de plazuela.

Por las mañanas la calle era una melodía y la voz de doña Alfonsa llegaba cantarina, sonando a la ópera de la noche anterior, donde ella sin duda había reinado entre abanicos y plumas, y de abajo llegaban los pregones frescos de los traperos y los lañadores, el rumor de la cernedora de carbón en la carbonería, las canciones de las modistas y de las sombrereras, las oraciones de las monjas, los cánticos de las colegialas y los golpes de la gubia en el taller de Sergio, el ebanista, que tenía una amplia nave llena de santos, tallas, adornos, maderas olorosas, botes de cola, herramientas y oficiales.

Algún anochecer, cuando Sergio y sus obreros se habían ido del taller, entrábamos todos por un patio y andábamos entre los grandes santos, entre las imágenes olorosas, doradas, oscuras, enormes, y a mí me parecía volver al mundo del Año Cristiano, a las vidas de los santos que me esperaban en casa, pero que ya leía sin fe, esperanza ni caridad. Toda aquella santidad olía a cola, a viruta, a engrudo, a purpurina, y allí estaban todos mis santos, de pie, de cuerpo entero, y los sayones de la procesión, y Judas, el feo Judas, con bigote de chocolate, gorro de dormir, fardelillo de monedas y cuerda de ahorcarse al brazo, como un excursionista que fuera a hacer alpinismo con

la soga y llevase la merienda en el fardelillo.

Germán hacía correr la cola por el suelo, José se pintaba de purpúrina, Ramón nos perseguía en la oscuridad, Gonzalo Gonzalo daba patadas a los judíos, Ignacio trabajaba con la sierra y Clarita rezaba, arrodillada, delante de una Dolorosa. Una vez al año, cuando las procesiones, salía de aquel taller alguna imagen, alta y santa, que iba bamboleándose por las calles estrechas hasta unirse al desfile general, a su familia nocturna e iluminada de santos, Cristos, Vírgenes, ángeles, judíos, sayones, romanos, mujeres y apóstoles.

Estábamos allí, entre aquellos montes de santidad, que crecían en la sombra, respirando un olor que llegaba a ser sagrado, el efluvio de la madera, la cola, la pintura, bajo la mirada quieta de un apóstol, de un evangelista, mirada de córnea blanquísima y dramática que se nos fijaba en la penumbra, viviendo el gigantismo del Antiguo Testamento, sus personajes de gran estatura, la montuosidad de la religión, sus cimas de misterio y oscuridad, por sobre las cuales, la luz de la ventana, los reflejos de la luna ponían cortas y quietas aureolas, halos de blancor a las cabezas santas.

Pero venía el tiempo de las procesiones y de pronto todo aquel bosque litúrgico se ponía en movimiento, los montes echaban a andar, los profetas se removían como algunas montañas orientales, y ya estaba en las calles toda la riada celestial, surgida de los talleres y de las iglesias, bajo una gran salve nocturna rezada por todo el firmamento, y era cuando los chicos andábamos entre sayones, penitentes, encaperuzados, Cristos y beatas, anonadados y malignos, ardiendo la ciudad en cirios, palmas, oraciones, faroles, pecados, y los grandes descotes blancos de las mujeres, el aliento de los borrachos, la música militar y sacra, el miedo, el miedo, y ese penitente solitario, en la esquina de un barrio, entre faroles de vino, manando sangre hasta las alcantarillas, azotado de sí mismo, descalzo, con un hábito morado que se le remangaba y los puños de una extemporánea camisa blanca saliendo dramáticamente al aire.

No entendíamos muy bien los chicos qué era lo que pasaba, y camino yo, caminaba, en la noche de primavera, lleno de dolores y deseos, como por la ladera de una montaña oscura, inmensa, llena de cánticos, luces, oraciones, besos, hogueras, procesiones, luceros y sangre fresca. La ciudad enloquecía ante mis ojos insomnes, se resolvía a sí misma, se martirizaba, y había en el aire como un gran crimen o una gran pasión, cuando doña Alfonsa la millonaria se envolvía en largas mantillas negras, las mujeres de mi familia lloraban todo el día, mamá se quedaba enferma en la cama, tomándose la temperatura o escupiendo sangre, Germán y los suyos querían ir a las salves populares a rozarse con las mujeres, la Ubalda, la Inocencia, Pilar y toda la servidumbre se quedaban sin comer ni beber, o bebiendo vinagre, como Cristo Nuestro Señor, decían, y yo sentía un deseo sacrílego por la Ubaldita, que era rubia y había nacido en pecado mortal, como que en pecado mortal estaba concebida, según le habíamos oído a la abuela.

Todo aquello pasaba, un día se abrían los montes litúrgicos para que volviese a pasar la vida de siempre, cesaba el rumor de plegarias lejanas y multitudinarias, los santos volvían a ser de palo, de purpurina, el cielo se despoblaba, pasaban las lluvias de primavera, trayendo olores nuevos, salvajes, y mi calle volvía a ser mi calle, afloraba otra vez su rumor de cernedero en la carbonería, su rumor de sierra en la ebanistería de Sergio, las canciones de las modistas, el piano de doña Alfonsa, aquel otro coro más lejano de las sombrereras, viniendo de la huerta de Ignacio, o las plegarias de las monjas y sus colegialas, en tanto que mamá seguía en cama, yo iba o no iba al colegio, y Germán nos conducía en el atardecer perfumado hacia el lejano laberinto de ladrillo, aquellas ruinas paradas, unas grandes escuelas que nunca habían llegado a construirse, Tablares, lugar de meretrices y lagartos, viciosos solitarios, gitanos, hogueras, viejos mendigos, bandas de chicos y defecadores silenciosos y

reconcentrados. En Tablares corríamos por los altos aleros, y a mí se me iba la cabeza del lado donde me había dado la pedrada el cojo, y todo era una refriega, un mareo, un escozor y una hoguera.

Hacíamos hogueras en la noche y nos quedábamos en un ribazo, dueños de toda la extensión, vencida la banda enemiga, fatigados, mientras ardía la flor del anís y todo el cielo olía a anís quemado, José clavaba y desclavaba su machete en la tierra, sacando otra tierra más fresca, gusanos y raíces, Germán se masturbaba, Gonzalo Gonzalo aún buscaba pelea, Ignacio hacía que su hermana Clarita le buscara las pulgas que le había pegado un perro de Tablares y yo pensaba en que había que volver a casa.

MAMÁ SEGUÍA TOSIENDO, escupiendo sangre y tomándose la temperatura, de modo que se la llevaron a una ciudad del norte, a una ciudad fría y clara, con una catedral de piedra muy antigua, que cuando la vi por primera vez me pareció de cristal. La tarde que se llevaron a mamá en un coche de los tíos, el mundo se me quedó hueco, y sentí que podía caerme para atrás en cualquier momento, falto de apoyo, como luego he sabido que se caen algunos enfermos del cerebro.

Yo no estaba mucho tiempo con ella, solamente los ratos en que me cogía las manos, aquellas manos que la calle iba tornando garras, y me las lavaba y me hacía las uñas y me recortaba la cutícula con sus pequeñas tijeras de uñas. Yo no estaba mucho tiempo con mamá, porque prefería la libertad de la calle a su prisión cálida y tenue, y sobre todo porque no convenía, pues aún no habían decidido los médicos si mamá contagiaba o no contagiaba. Pero cuando se la llevaron me sentí muy solo, se me quedó el mundo angustiosamente grande.

Hubo que volver a la calle y al colegio, sin embargo, y yo me encontraba más desvalido entre la banda erizada y peligrosa, sin el refugio lejano y siempre posible de la habitación enferma de mamá. Sólo muy lentamente me fui endureciendo en la soledad, me fui acortezando de mí mismo, y por entonces me enviaban mucho a la tienda de comestibles, a aquellas bodegas retorcidas y olorosas donde los chicos jugábamos entre el perfume basto de las legumbres, el misterio del aceite, la mierda de los gatos, el resplandor del azúcar y el sueño dulce y oscuro del chocolate. Un día alcancé un bacalao, que me llamaba desde las alturas con su olor a sal y a vejez, y lo repartí entre los gatos de la bodega, reservándome algunas hilas carnosas y salobres. Ya no salía tanto a la calle, iba apartándome de los compañeros de la banda, acudía con menos frecuencia al gallinero de José, a la sombrerería de Ignacio, al portal de las monjas, a la cueva de los colores, a Tablares, pues, con la marcha de mamá, la casa parecía ir despoblándose lentamente, y eran las tardes de quedarme solo en ella, de ir descubriendo paso a paso, cuando se agrandaba para mí, se multiplicaba en estancias y abría silenciosamente las puertas que nunca se habían abierto. Pasaba yo, niño miedoso o decidido, por los espejos negros, los salones con olor a brasero apagado, el largo pasillo y los patios grises y tristes.

En uno de aquellos patios descubrí a Amalita. Amalita era tan niña como yo y estaba vestida de malva. Olía a pueblo y tenía la voz ligera. En la casa empezaban a sonar pianos solitarios, a mi espalda, de modo que no me atrevía a entrar, y en aquel patio pequeño, de árboles altísimos, estaba Amalita jugando con una tortuga. Nosotros hablábamos, y la tortuga, que parecía no moverse, estaba cada vez en un extremo del patio, como si hubiera saltado con saltos silenciosos y repentinos.

Amalita le daba hojas de lechuga y cáscaras de guisante a la tortuga, que se comía todo aquello despacio, sacando su cabeza de reptil de debajo del caparazón enorme, absurdo, abrumador. Con el sol último de la tarde, el caparazón de la tortuga se volvía de oro y era como una tortuga sagrada que me daba un poco de miedo. Amalita era sobrina o nieta de una de las porteras o de las criadas viejas.

Llegaban a aquel patio campanadas muy lejanas de las iglesias de la ciudad, sonaban pianos misteriosos en mi casa, y si guardábamos un profundo silencio, podíamos oír como un susurro antiguo e ininteligible, que quizás era el idioma de la tortuga, su meditación de siglos. De pronto, entre los juegos, descubrí la braga blanca de Amalita, y aquel descubrimiento del blanco entre lo malva, como cuando se abre una violeta y se le ve la corola, me enardecí, me enloquecí. Estaba acostumbrado ya a la desnudez compacta de Clarita, a la que había visto orinar tantas veces que casi empezaba a darme asco, pero la braga blanca de Amalita fue algo diferente, definitivo. Me desnudé a golpes y la hice desnudarse.

Por las noches, las abuelas y las tías de Amalita, las brujas del barrio tenían cónclaves extraños, reuniones que se habían convocado durante la tarde, de galería a galería,

ante mis ojos, y en el silencio del lecho, un lecho enorme y helado, podía yo oír o soñar, lleno de miedo y de soledad, una fiesta de barajas, mujeres, risas y ritos. Alguna mañana había una mujer ensangrentada, con unas tijeras en el vientre, a la que las otras mujeres atendían y cuidaban. Fue por entonces cuando una mano de sombra pasó por aquellos patios interiores, amordazando a doña María en sus hermosas sábanas de hilo, revolviéndole toda la casa y robándole la plata.

Encontramos muerta a doña María, sangrante entre colchones, y poco después doña Carmen era precipitada, por otra mano misteriosa, desde su ventana de tender la ropa hasta el fondo del patio, donde vi el cuerpo negro y aplastado, como una cucaracha enorme, con el brillo de los zapatos y la sangre sobre las losas picadas.

Los espejos negros de la casa se me llenaban de desconocidos, se me poblaban de muertos, pero llevé conmigo a Amalita al interior y allí luchaban nuestros cuerpos infantiles, tan iguales uno al otro, y me exaltaba el olor a pueblo de la niña, la flor morada que siempre había en su pelo, su piel de pan aldeano, su color moreno y segado.

Una mañana me llevaron a la ciudad donde estaba mamá, en un tren lleno de enfermos, mujeres gordas, alimentos, guardias, hombres de negro y niños. Mamá estaba en una cama grande, junto a un balcón enorme que se abría a una ciudad despejada, clara, helada.

Me vi de cuerpo entero en un armario de luna, y me vi claro, limpio, libre; liberado de la prisión de los espejos negros de nuestra casa. En aquella ciudad también descubrí la calle fría y llena de chicos sangrientos, y me llené de rasgaduras en el rostro y de brechas en la cabeza, pero el sabor de la sangre era bueno y mi espada de madera asustaba a las monjas, a los viejos, a los otros chicos.

Descubrí, sobre todo, aquella casa, la casa de mi tía abuela, con ovejas en el patio, que me llenaban de garrapatas, palomares en las alturas, perros por todas partes, grandes relojes que daban todas las horas y todos los cuartos de hora, sin olvidarse ninguno, y un hermano del abuelo, que era otra vez como el abuelo, sólo que con un bigote rubio. El viejo estaba siempre en su sillón, delante de un aparato de radio enorme, escuchando, mirando, bebiendo anís.

Yo subía al palomar con las criadas, que me desnudaban y me besaban, y luego matábamos una paloma para la comida. Había también una oficina que olía a tinta, a tabaco y a hule, una oficina triste donde los hombres de la familia, de aquella familia que era y no era la mía, hacían cuentas, contaban dinero, mucho dinero, hablaban por teléfono, un teléfono con muchos timbres y horquillas, y me dejaban un tampón para golpear con él la blancura de los papeles.

La catedral de cristal y piedra, la nieve de las calles, mamá en su balcón de tísica, y el reproche lejano del abuelo, que siempre tenía algo que reprocharle, quizá su enfermedad, o su belleza o qué sé yo qué. Campaneaban las campanas de la iglesia cuando enterraron al abuelo, mientras yo estaba desnudo frente a un espejo, con Amalita, amándonos los dos dentro de un espejo negro, y mamá se tomaba la temperatura en aquella ciudad fría y lejana, o las brujas del barrio se reunían en las porterías a repartirse cartas de la baraja y hundirse tijeras de la costura en el vientre. Yo tenía una espada de madera para asustar a las monjas, y Amalita debía sentirse entre mis brazos como me sentía yo entre los brazos de las criadas de mi tía abuela, en el palomar, desnudo, temiendo los picotazos de las palomas y los besos de aquellas mujeres de la montaña.

No sé cómo volvió todo a su orden, nosotros a nuestra ciudad, mamá a su cama de siempre, a su cuarto, con salidas tristes en los atardeceres, y faltaba de casa el abuelo, o la abuela, que unas noches estaban en su alcoba, suspirando, y otras noches estaban en el cementerio lejano, silenciosos, escuchando el paso de los trenes y el rumor de la lluvia. Yo, desde mi cama grande, fría, solitaria, como desde el vientre

abierto de una ballena muerta, escuchaba el silbido del tren en la noche, el vagido de aquel tren que estaba pasando por el cementerio, y todos los muertos me venían entre la lluvia, y aquello era ya una tristeza adulta, definitiva, una tristeza para siempre.

Doña María había sido una señora alta, rubia, fuerte, viuda de un general, y vivía sola en un palacio lleno de guerreras militares, vitrinas, sables y plumas que ella había lucido en los bailes de Capitanía. Doña María me enseñaba juegos de cartas, adivinanzas y chistes verdes que yo no entendía muy bien, hasta que la encontramos sangrante entre colchones, dentro de su palacio revuelto por los ladrones, fijos sus ojos claros en un rostro horrible que ya había huido. Doña María había estado algunas noches en los cónclaves de las porterías, las brujas, las curanderas y las adivinas, y ella misma, pese a ser la viuda de un general, tenía algo de todo eso.

Mamá se llenó de miedo cuando mataron a doña María y yo hacía compañía a mamá, en las primeras horas de la noche, sentado en una butaca, cerca de la ventana abierta, aterido por el frío del invierno, viendo crímenes en los espejos y en los cuadros. Por la mañana se desvanecían todas las fantasmagorías y la calle volvía a hacerse clara con el pregón de los lañadores, el rumor de la cernedera, en la carbonería, de la sierra en la ebanistería, las canciones de las modistas y de las sombrereras, el rezo de las monjas y las colegialas, y el piano de doña Alfonso, que todavía no se había quedado ciega y cantaba arias por los balcones.

Pero la muerte venía por rachas y un invierno se llevaba a los viejos, a las viejas, y otro invierno se llevaba a los niños. En el otoño se llevó a la abuela, y volvimos a la iglesia fría y hermosa, con el cuerpo grande de la muerta, en tanto que el pájaro de su cabeza volaba por la alcoba, dándose contra el techo y las paredes, sin aquel nido de pelo en que había vivido, hasta que él solo se suicidó aplastándose en la pared, y quedó en el suelo, caído, gris, encogido, y entonces vimos claramente que no era el Espíritu Santo.

Pero a las modistas se les tragó el mar una sobrina. La sobrina había ido al mar a tomar unos baños que le recomendara el médico, y el mar sombrío del invierno se la llevó. Las modistas lloraban y el rumor de la máquina de coser cesó por unos días. En los bajos del palacio de doña Alfonso, a Juana, hija de una de las guardesas más antiguas, se le murió un niño, y todos los posibles padres del niño, los hombres que habitualmente pasaban por el lecho de Juana, estuvieron en el velatorio: un mecánico, un soldado, un albañil y un alemán en torno del niño muerto de primera comunión.

Juana era grande, blanca, fuerte, y sabía poner vacunas (a mí me había puesto alguna), y en el día de la muerte de su niño lloró como una bestia herida, llenó la calle con el gemido largo de su maternidad truncada.

Estuve delante del niño muerto, con el que había jugado algunas veces, y en su quietud y su color de cera me recordaba a las anguilas de la pastelería, también muy adornadas y muy picadas por las moscas. Al niño le picaban las moscas en la cara y no se movía, y esto sólo lo había visto yo en el cuerpo de las anguilas, cuerpo de bizcocho con un color muy semejante al que tenía el rostro del niño. Los de la funeraria se llevaron al muertecito en un coche blanco, de un blanco sucio y recién pintado, que transparentaba debajo de la madera, y los varios padres presidieron el duelo con el padre de Juana, o sea el abuelo de la criatura, que se quitaba y se ponía unos lentes de cordel que tenía para deletrear el periódico. Doña Alfonso pasó un momento por allí, enlutada, y le dejó al niño unas flores, pero se decía en el barrio que sin duda se hubiera portado mucho mejor de no haber tenido aquel niño tantos padres, pues a doña Alfonso le gustaban las cosas bien hechas, como a mi abuela, y no quería mezclarse demasiado en aquel velatorio lleno de hombres que habían dormido con la Juana en su lecho oloriento.

Cuando se llevaron de la calle el cuerpecito del niño, en su ataúd blanco, vestido de primera comunión, el coche de la funeraria tenía detrás una cola de hombres oscuros que hacía más blanca la blancura del carruaje, y los berridos de la Juana, contra la reja

de la ventana sus pechos fuertes, llenó otra vez toda la calle, en tanto que los caballos negros y viejos, con plumeros blancos, orinaban fuertemente sobre el asfalto y la grava, dejándonos un olor a cerveza que fue el último recuerdo de aquella tarde trágica.

Luego, la calle volvió una vez más al silencio, a sus rumores habituales, como siempre, y ya sabía yo, cada vez que había un entierro o una desgracia, que no se había hundido el mundo y que al día siguiente la gente estaría a su trabajo, los lañadores en los quicios, cada uno en su puesto, sin volver a acordarse para nada de lo ocurrido. Mas alguien descubrió mis amores con Amalita y se llevaron a la niña a su pueblo, pero la verdad es que no me encontré demasiado solo con su marcha, y desde luego no fue como cuando se llevaron a mamá a casa de mi tía-abuela, en aquella otra ciudad, la casa grande con ovejas y palomas, perros y relojes, la casa en que un doble del abuelo, con el bigote pintado de rubio, oía la radio, bebía anís y esperaba la muerte, en tanto que las criadas me violaban en el palomar y la cocina extendía por todos los pasillos y las estancias un olor de navidad.

Mamá y yo salíamos algunos anocheceres, cuando se encendían las farolas y había como una humedad quieta en el aire, un cabrilleo de luces, y pasaba el carro de Segis, el lechero, como antaño, dejando un rastro de chispas e increpaciones, y el barrio todo me parecía solitario, silencioso, desierto, sin las pedreas de otros días, sin las batallas, sin el bullicio de José y toda la banda, que debían estar en sus casas estudiando libros muy serios.

Ya no venía el cojo de la pedrada bajo los faroles, porque quizá ya estaba muerto de meningitis, y mamá, andando despacio, apoyada en mí, me contaba historias de antaño, las visitas del rey a la ciudad, o me decía que ella se iba a morir pronto y que yo tenía que hacerme un hombre, estudiar, aprender cosas, tener una carrera, algo, para no quedarme solo y desvalido dentro de aquella casa nuestra, que se iba despoblando lentamente —ahora lo veía yo muy bien— y en la que ya no ardían las fogatas de la abuela. También quería yo abandonar todo aquello, salir de allí, vivir al aire libre, romper de una vez aquella prisión de espejos negros y capillas ardientes, pero no sabía cómo. Si por un momento nos deteníamos a charlar con doña Alfonso la millonaria, yo observaba cómo mamá y ella se respetaban mutuamente, y cómo participaba yo de todo aquel respeto, y ascendía a niño modelo, pero el palacio de doña Alfonso seguía poblado de pianos, visitas, fiestas, servidumbres, y en nuestra casa se había iniciado un éxodo de gentes, muebles, cadáveres, que parecía no iba a terminar nunca. Un día, quizá, nos quedaríamos en la casa mamá y yo solos, ella enferma en la cama y yo cuidándola, en tanto que las vecinas, las viejas brujas, las porteras, unas criadas que no eran las nuestras, entraban a revolverlo todo, a organizar sus fiestas negras, a robarnos la plata y las ropas, a beberse el vino y el aceite con el pretexto de que venían a cuidarnos un poco y hacernos una comida caliente.

Había que huir de todo aquello, y no sabía yo cómo, pero estos pensamientos, que me inquietaban en el lecho, durante la noche, antes de dormirme, y me hacían sentirme perdido en aquella cama grande e inhóspita, aquellos pensamientos habían huido a la mañana siguiente, la casa estaba llena de olores y ruidos familiares, la vida rodaba bien en sus ejes, los lañadores y los mieleros decían su pregón en la calle, y, a lo mejor, mamá se había despertado sin fiebre.

EL CABALLO PRESIDÍA EL CUADRO, en el centro, pasando por entre el revuelo de bufones rojos y profetas aventados, calzas verdes, laúdes caídos, santos, reinas semidesnudas, meretrices, borrachos, niños perdidos, perros que lamían sangre o vino en el suelo, parejas fornicantes y animales cuya especie debía haberse extinguido ya.

Yo, niño con alas de hopalanda, monaguillo de lujo, volaba por el interior de aquel cuadro llevando en la mano una palmatoria o un cáliz, y las beatas estaban apiñadas debajo de la hermosa fiesta renacentista, en un montón negro de moscas atolondradas, pero el caballo blanco triunfaba de todas las beatas y en la gran sacristía había una cúpula que era varadero de nubes muertas, en tanto que mi vida de acólito se repartía entre libros viejos, hachones secos, obleas sonoras, baldosas inseguras, grandes sarcófagos llenos de párrocos muertos y pilas bautismales donde brillaba el frío sobre la piedra seca. Voy y vengo por el interior del cuadro, vuelo de los senos de la reina a lomos del caballo blanco y veo de cerca los ojos de los perros hambrientos, que son ojos humanos, ojos de hombres enmascarados dentro de un perro.

Germán era asténico y lujurioso. José era hermoso y violento. Gonzalo Gonzalo era brutal y saludable. Ignacio era melancólico y cruel. Clarita era blanca y recia, silenciosa. Los dos hermanos tontos tenían manos de queso y olían a leche. ¿Dónde están ahora todos ellos?

Puedo sentarme en el salón de la consola, con un batín negro, y verme de escritor en el espejo que hay encima. Tenía yo muy pocos años y posaba ya de escritor frente a aquel espejo, y no tenía ninguna duda de que los grandes escritores escribían siempre sobre una consola.

Don Luis, el coadjutor, era alto, triste, blando, pálido, y la voz le salía de una profundidad húmeda y santa. Usaba gafas sin montura y tenía cara de médico, más que de cura. Don Luis, el coadjutor, pasaba por el barrio con su largo manteo, que se veía asomar en revoloteo por las esquinas, un rato después de haberlas doblado él.

Fue don Luis quien me eligió para monaguillo de lujo y me puso aquellos paños rojos y aquellas alas de hopalanda con las que yo volaba por la cúpula de las nubes quietas, el interior del cuadro renacentista, la sillería del coro, toda tallada de mujeres y hombres desnudos, hasta lo alto del campanario, desde donde se veía mi plazuela, mi calle, mi barrio, mi mundo, todo pequeño y al alcance de la mano, allí la tienda de comestibles, allí la farola, allí el tejado del palacio de doña Alfonso, la millonaria, entre cuyas tejas acampaban gitanos, mendigos, zíngaros y húngaros, con sus osos y sus churumbeles, haciendo mucho ruido, prendiendo fogatas y cantando canciones. Cualquiera día se le iban a venir abajo a doña Alfonso, con todo el tejado, sobre la madera del salón, en pleno sarao.

Pero no había manera de que aquellas *troupes* dejaran de subir al tejado del palacio, no se sabía por dónde, colgándolo todo de ropa a secar y calzoncillos largos y remendados que no dejaban de hacer graciosos, como los aperos de un naufrago, vistos desde allá arriba, desde el alto campanario de la iglesia.

Yo iba delante del predicador sagrado, en las grandes fiestas religiosas, abriéndole paso, y llevaba mis manos juntas por las palmas, como él, y cuando le había abierto la puertecilla del púlpito, el predicador sagrado se santiguaba, decía una cosa en latín y empezaba su sermón. Yo cerraba la puerta del púlpito, aquella alta cofa de navegar mares latinos, echando con cuidado la aldabilla, y me sentaba en la estrecha escalera, oculto del público por la balaustrada de madera, a pensar en mis cosas. El templo estaba lleno de fieles, los altares relumbraban, los pájaros ensordecían en la calle, toda la iglesia era como una gran flor de papel, iluminada por dentro con luces y con velas, y olía, efectivamente, a papel quemado, a muchas mujeres, a salvación y a devocionario. Estaba yo en la entraña misma del misterio, correteando por los pasillos de la religión, llegando a sus corredores más secretos, como aquél de la iglesia, largo, frío y encalado, con ventanas que daban a un huerto interior, gris y perfumado, pero me

sentía menos culpable que nunca de mis pecados, de mis masturbaciones, de mis amores con Amalita, con Clarita y con las criadas de mi tía-abuela. Ni siquiera me planteaba la culpabilidad, que en otro tiempo había sido tan desazonante. Los finos relojes monjiles daban campanadas tardías y yo tiraba de la maroma de las campanas, desde abajo, como en un trabajo de grumete de barco, y era el único que no las oía sonar en todo el barrio. Yo, el esforzado campanero que las estaba volteando desde la bodega, estaba sordo, en el subsuelo, para el hermoso tañido que llenaba el cielo de mi plazuela. Pero sabía que las gentes rezaban y guardaban compostura al oír aquellas campanas, e incluso los húngaros del tejado de doña Alfonso se santiguaban. De tarde en tarde, un churumbel se resbalaba por las tejas en rampa y aparecía espachurradito en uno de los patios.

Era como encontrar un pájaro muerto o con un ala rota, cosa tan frecuente en ciertas épocas del año. Recogíamos al muertecito y se le enterraba en el pequeño cementerio interior de doña Alfonso, pero sin pompa ni circunstancia, en una fosa anónima que tenía reservada doña Alfonso para estos casos. La ceremonia era escueta. El señor Juan, el padre de la Juana, la de los varios maridos, oficiaba de enterrador, y los gitanos, los zíngaros, toda la *troupe*, asistían desde lo alto del tejado, de pie en el mismo borde, al enterramiento.

No se les permitía bajar, naturalmente.

Don Luis, el coadjutor, rezaba sus oraciones por la calle, leía en sus devocionarios por las esquinas, incluso en los días más fríos del invierno, y todas las señoras del barrio estaban convencidas de que era un santo edificante, de modo que ya se pensaba en colectas y gestiones para solicitar su beatificación del Vaticano en cuanto muriera. Una vez que se lo hicieron saber a él, don Luis dijo que prefería recibir el dinero reunido para ponerse un brasero en casa y comprar pescado de mejor calidad en las viglias.

Pero las beatas no se lo tomaron a mal y lo entendieron como una prueba de su humor santo y de su humildad. Sin duda, don Luis no aspiraba a los altares por pura sencillez de alma. Naturalmente, no le dieron nunca aquel dinero y le dejaron en su casa fría, comiendo pescado que olía mal, mas fraguándole una canonización que iba a ser sonada. Cuando don Luis me ponía la mano encima, yo sabía que me había puesto la mano un santo, de modo que había conquistado lo más difícil del cielo con gran facilidad y mi trabajo de monaguillo me gustaba, y mamá decía que como tenía la voz ronca debiera dedicarme, de mayor, al convento y a la predicación, pues una buena voz es lo que más llega al corazón de los hijos de Dios.

Pero las épocas de fervor habían sido otras. Ahora yo me movía con soltura por entre las alegorías del cielo y me sentía un elemento natural dentro del mundo sacro, de modo que los pecados del chico de la calle, sus suciedades, eran cosa en la que ni siquiera pensaba. Algunas señoras importantes del barrio, empezando por doña Alfonso la millonaria, me querían mucho y decían que era el monaguillo más hermoso que había tenido nunca aquella parroquia, y les gustaba verme revolar, con mis alas de hopalanda, del campanario a la cúpula, del altar mayor a la sacristía, siempre afanoso y con algo entre las manos, una palmatoria, un libro santo, un crucifijo.

No sé cómo ni cuándo ni por qué descendí de los cielos y anduve otra vez entre los hombres. Pero no hubo transición brusca, y dejé de ver el barrio desde arriba, a vista de ángel, y volví a caminar por sus calles como uno más, yendo y viniendo al colegio, haciendo recados, persiguiendo a las chicas, tirando piedras y robando cosas en las fruterías. Perdí mis alas de hopalanda, mi facultad de volar, mas creo que no me importó demasiado y que realmente tenía nostalgia del barro, como todos los ángeles y los seres puros deben tenerla. A ras de tierra, los olores eran más espesos, más nutritivos, y los gitanos de doña Alfonso, vistos desde abajo, parecían ellos los ángeles, ahora, unos ángeles sucios, oscuros, pero con gran ligereza para saltar de un alero a otro llevando de la mano un oso o un niño, una mujer o una cabra.

Vino otra temporada de fuertes masturbaciones en los retretes, en las camas, en las saletas, y quizás eso fue mi ruptura con Dios. Las campanas de la iglesia sonaban al atardecer, tocadas ahora por otro chico al que yo no conocía, pero mi cuerpo y mi alma estaban lejos, en la Geografía, en la Física, en el amor, en los versos, en el retrete o quién sabe dónde.

Doña María había sido alta, rubia, con ojos claros y cuerpo macizo. Doña María, viuda de un general, había vivido sola en su gran casa, paseando desnuda (decían que era una mujer muy sensual) su cuerpo entrado en años que no se resignaba a envejecer. El desnudo grande y tumefacto de doña María estaba en todos los espejos, en todas las cornucopias, en todas las vitrinas de aquella casa con espadines y espadones, con sables, espingardas, mosquetones y un ros, que era toda ella, habitación por habitación, como un Museo del Ejército.

En sus últimos tiempos, ya en plena decadencia, doña María hacía solitarios en el suelo, hablaba con sus gatos y con las cucarachas, regaba los tiestos y, a la noche, bajaba a los turbios aquelarres de las porteras, y ella, viuda de un general, era la más loca y la más soez. Puso un anuncio en el periódico pidiendo huéspedes, quizá por tener un hombre en casa, y vinieron los huéspedes, los falsos viajeros de comercio, la apiolaron y le robaron lo poco que tenía de valor, pues en realidad era poco, y las viejas brujas preguntaban en la escalera, a los hombres del mostacho y la linterna que vinieron a investigar: «¿La han violado, la han violado?»

A la niña de las modistas la trajeron a la ciudad en una urna de cristal, y estuvimos toda la noche velándola entre maniqués femeninos, máquinas de coser, planchas de carbón, altas y hermosas como trasatlánticos, como barcos cargueros, que era lo que me recordaban a mí siempre las planchas. La niña de las modistas nunca había sido guapa de viva, ni tampoco lo era de muerta, de modo que estaba allí, con los ojos claros muy abiertos y saltones, vestida de un azul pálido, en su urna, rodeada de algas y mirada por todas las vecinas.

Se rezaron rosarios y pasamos la noche en torno de la muertecita. Las modistas lloraban ocultándose detrás de las pilas de sombrereras y los hombres de la casa, de la familia, de la escalera, del barrio, fumaban en silencio, con esa entereza que tienen los fumadores para la muerte. Una persona que no fuma está como más desvalida ante cosas así, y no sabe qué hacer con las manos, con los ojos, con la boca, pero el tabaco, el cigarrillo y el humo son una ocupación. A la larga sólo se ha descubierto, después de tantos siglos dándole vueltas, que lo único que defiende un poco de la muerte es el tabaco, y en estas cosas pensaba yo durante el velatorio de la niña de las modistas, que duró toda la noche.

En casa también tuvimos muchos velatorios, y aunque no hubiera muerto de por medio, de vez en cuando venían las amigas de mamá, que estaban todas mucho más viejas que ella, mujeres enlutadas, viudas de guerra o aquella abandonada por el esposo marino, que la dejó con cuatro hijos y se fue a tomar el barco a un puerto de mar para no volver nunca más ni mandar noticias. Entre toda aquella procesión de viudas, abandonadas, enlutadas y plañideras, de pronto aparecían María Luisa o María Eugenia. Sólo María Luisa o María Eugenia eran tan hermosas como mamá. María Eugenia era dulce, lenta, vestida de azules mustios, y yo le miraba por la ranura de los escotes en punta, completamente enamorado de su voz, de sus ojos, de su cara. ¿Te gusta María Eugenia, eh?, me dijo una vez mamá. Sales a papá, que estuvo a punto de dejarme por ella. Pero a pesar de eso eran muy buenas amigas y María Eugenia venía a contarle sus amores a mamá, a su lecho de enferma, y yo envidiaba mucho a aquellos hombres sin rostro que se llevaban a bailar a la mujer madura, hermosa, triste, mustia, de voz clara y perfumados abanicos. Acechaba yo a María Eugenia por los ojos de las cerraduras, las junturas de las puertas y los espejos.

María Luisa era otra cosa. María Luisa traía ruido, canciones, plumas, largos trajes que

llenaban nuestro pasillo de culebras, floreros que iba repartiendo por la casa, y sus senos, sus senos saltarines, que iban y venían y podían mirarse enteros, como dos niños, como dos frutas, como unos mellizos traviosos y rubitos. María Luisa tenía el pelo violentamente rubio, los ojos pardos y gritones, el cuerpo redondeado y delgado al mismo tiempo.

Uno ama violentamente a las amigas de su madre, más violentamente de lo que volverá a amar nunca en la vida. María Eugenia era la mujer oval y María Luisa la mujer esferoidal. María Eugenia era un poco como un ave y María Luisa como una pantera o un frutal. Desde entonces empecé yo a dudar si me gustaban las mujeres ovales o las mujeres esferoidales, y es ésta una duda que sólo se resuelve con la muerte.

María Luisa estaba llena de perfumes, maquillajes, colirios y rímeles, pero por debajo de toda esta sofisticación salía su juventud restallante, su novedad, su fuerza, y había un pequeño crucifijo de plata que aparecía y desaparecía entre sus senos. María Eugenia era un poco como la prolongación de mamá, y uno se hubiera dormido en su regazo, enamorado y niño, pero María Luisa era agresiva, pasajera, y no se fijaba nunca en nosotros. A mí me parecía que despreciaba un poco a los hombres, pero luego supe que le gustaban mucho y que se enamoró de un tísico y se fue a su casa a cuidarle y luego huyeron ambos lejos, muy lejos, como huyendo de la enfermedad de él, que les acompañaba siempre, sin embargo, como un hijo sucio y no querido. María Luisa pasaba por los espejos vistiéndose y desnudándose, dejaba la casa llena de flecos, olores, cintas, frascos, y nos alegraba para una semana.

Cuando se habían ido María Eugenia o María Luisa, la casa volvía a un silencio que parecía ya eterno, un silencio triste en el que de pronto se caía una cacerola o una porcelana, y nada más.

Mamá, entre María Eugenia y María Luisa, había triunfado en aquellos álbumes sepia de antes de nacer yo, y ahora estaba en el lecho tomándose la temperatura, apuntándola en un cuadernito cuadriculado, con tapas negras de hule, escupiendo sangre a escondidas.

Ya, las únicas fiestas del barrio, casi, eran los velatorios, los enterramientos, pero después que asesinaron a doña María, después de que velamos a la niña de las modistas, la calle se quedó muy silenciosa, hasta aquel día en que los húngaros y los gitanos bajaron del tejado de doña Alfonso la millonaria, prendieron hogueras en todo el barrio y empezaron a cantar, a bailar y a amenazarnos con el puño. Decían las señoras que era la revolución, y los caballeros no se atrevían a volver del Casino, por si acaso. Fue una noche de llamas, cánticos, amenazas y vino, en que vi a los osos de los zíngaros reinar en la calle, y todas las mujeres de mi vida blancas de miedo, bellísimas: doña Alfonso, María Luisa, María Eugenia, mamá, Juana, Clarita, las criadas, todas contra una cancela, una verja, un mirador, semidesnudas, con los ojos inmensos, a contraluz del fuego de los gitanos.

—¿Es la revolución? —preguntaba yo, temiendo y deseando que fuese la revolución.

Pero nadie me contestaba y doña Alfonso hizo tocar el piano a un criado y se puso a cantar arias en el balcón, valerosamente, hasta que vinieron los bomberos, de madrugada, a apagar todos los fuegos y llevarse presos a los gitanos, maniatados con sus osos.

Sentí mucha lástima por ellos, mucha piedad, me pareció que habían tenido derecho a reinar por una noche y que era una crueldad devolverles a su tejado o a la cárcel. Gracias a ellos había conocido la marcha de la Historia, pero María Luisa y María Eugenia estaban tan hermosas, repartiendo desayunos entre los bomberos y los niños, que me olvidé de todo mirando sus cuerpos sin sueño, su belleza, su blancura, su carne clara, señorita y fresca.

HABÍA CIENTOS, miles de niños en las grandes colas que daban varias vueltas al edificio grande y viejo del colegio. Los niños hormigueaban sobre la nieve que cubría la ciudad. Fue el año del hambre, el invierno malo, aquel diciembre y aquel enero que me cogieron en el colegio pobre, cuando nos reuníamos en torno de las estufas de lata y chapas para asar patatas, castañas, garbanzos, y comerlos royendo con nuestros dientes cariados.

En el primer grado había mesas y en el segundo pupitres. Al maestro del primer grado, un viejecito encorvado, lo ataban los niños a una mesa y le pintaban la camisa blanca con tinta roja. En el tercer grado estaba don Gonzalo, que era sombrío, peludo, un maestro fumador, mal dibujante, que se pasaba el día dibujándonos cosas en la pizarra.

Don Gonzalo nos tiraba de las orejas, nos llevaba a jugar a la pelota a las afueras, en los días más fríos del invierno, y nos hacía rezar mucho. Tenía una bufanda de cuadros, siempre en torno del cuello, tanto en clase como en la calle, en invierno como en verano.

Mi compañero en la clase era Isidorín, al que siempre le estaban supurando las orejas, y don Gonzalo nos flagelaba con una gomita que tenía un alfiler en la punta. Don Lorenzo, el del cuarto grado, prefería la regla. Don Lorenzo tenía cuello duro y gafas sin montura. Nos daba fríos reglazos. El maestro del quinto grado también se llamaba don Gonzalo, tenía un aspecto noble y encanecido, pero era cruel y sádico con nosotros. Don Modesto, el del sexto, usaba una gomita con alfiler, como la del maestro del tercero, pero hacía mucho más uso de ella y andaba siempre por los pasillos y las escaleras flagelando a los niños que encontraba en los rincones.

El colegio era inmenso, ruinoso, con olor a viga vieja y a urinario. De algún lugar llegaban siempre los cánticos de las niñas, sus oraciones, y hacíamos nutridas excursiones en busca de las aulas de las chicas, pero no llegábamos jamás a ellas. Nos quedábamos siempre a mitad de camino, sentados en alguna habitación fría y solitaria, que había sido aula en otro tiempo y que todavía olía a tiza y a miseria. Isidorín se sacaba cerumen de los oídos, Paco organizaba una pelea o caminaba sobre las manos, cabeza abajo, y por fin llegaban unos cuantos maestros y nos ahuyentaban a latigazos.

Había caído una inmensa nevada y los niños negreaban a miles sobre aquello que el periódico llamaba «el blanco sudario». Venían a asar su patata, su puñado de castañas o de garbanzos, y los traían todos en las manos ateridas, llenas de sabañones y envueltas en trapos.

En torno de la estufa había una gran asamblea de chicos trapajosos, olorientos a caries y a enfermedad del vientre. Una caldereta con agua hervía sobre la estufa. Isidorín echaba serrín, carbón o maderas en el fuego. Unos chicos se peleaban, otros se masturbaban, algunos cantaban en grupo y los profesores estaban todos en el despacho del director, que era el viejecito del primer grado, en torno de un brasero, frotándose las manos y hablando de comida y de tabaco, entre una constelación de mapamundis, globos terráqueos, medidas del sistema métrico decimal, Inmaculadas con alguna rotura, enciclopedias viejas, flores de trapo y retratos de los fundadores.

Caía la nieve en el exterior, lentamente, grupos de chicos desfilaban por el patio, vigilados por algún instructor cruel, cantando canciones y marcando el paso. En otro patio había otros chicos jugando a la pelota con un revuelto de trapos. En los retretes, algunos niños se orinaban en las manos para entrar en calor.

Aquella era mi escuela.

Los chicos que habían venido de todos los puntos de la ciudad, iban asando su patata a medida que les tocaba el turno, y luego se alejaban pelándola y comiéndosela. De algún sitio nos llegaban los cánticos de las niñas, rimados con la blancura de la nieve, con su paz y su sosiego invernales. Se contaba por el colegio que una vez, no se sabía

bien cuándo, un grupo de chicos había conseguido llegar hasta un aula de niñas, violándolas a todas.

Pero aquel día hacía demasiado frío para alejarse de la estufa en busca de las niñas. En el pasillo estaba el altar con flores a María y las medidas metálicas del sistema métrico hacían de floreros. Don Gonzalo o algún otro maestro, subido en una mesa, nos leía la vida de los lapones entre el hielo y las focas, como si no tuviéramos ya bastante frío. Al cabo de un rato, le pasaba el libro al primero de la clase y se iba al despacho del señor director a fumar y calentarse las manos. Entonces disparábamos patatas y tinteros sobre el primero de la clase, que tenía que bajar de la mesa y caminar sobre las manos, como Paco, so pena de que éste le castigase a patadas, por tonto. Venían niños de todos los colegios de la ciudad, y también de los pueblos, con su patata o su puñadito de castañas, y había mucho frío y grandes hambres en aquel invierno largo, helado. Algunos niños murieron de frío en la cola y días más tarde los llevaríamos a enterrar, vestidos todos de limpio, mientras las niñas cantaban invisibles, como monjas de clausura.

Aquel invierno, Isidorín se quedó un día en casa, en la cama, porque los oídos, además de supurarle, habían empezado a dolerle mucho. Al poco tiempo murió Isidorín y fuimos todos los chicos de la clase al entierro, en una mañana lluviosa y llena de barro, madrugando mucho para hacer coronas y cintas al compañero muerto. El entierro salió del colegio. En él íbamos los alumnos, los profesores y una serie de viejos que debían ser los tíos, los padres, los abuelos y los bisabuelos de Isidorín. Algunos de ellos llevaban algodones en los oídos, contrastando aquella mancha blanca con el negro de su luto, y por estos algodones pude ver que la enfermedad de los oídos debía ser un mal de familia en aquella casa.

Pasamos por las calles de la ciudad entre caballos mojados, tartanas de lecheros, automóviles roncós, camionetas y bicicletas, cruzándonos a veces con otros entierros, lentamente, como cuando dos barcos se cruzan en altamar, y los caballos de uno y otro entierro relinchaban como relinchan los barcos al saludarse en el infinito.

Me hubiera parecido natural que Isidorín, que al fin y al cabo era un niño cumplido, se incorporase en su ataúd para saludar al otro muerto, incorporado a su vez, pero no ocurrió y seguimos adelante, llevando de la mano una de las largas cintas azules que descendían desde la cúpula negra del carruaje. La lluvia iba mustiando estas cintas. Atravesamos mercados donde las verduleras se santiguaban un momento a nuestro paso, y obras donde los albañiles se asomaban de busto por la zanja que estaban cavando en el suelo, como unos enterrados curiosos que querían ver llegar al nuevo muerto.

Yo estaba orgulloso de que toda la ciudad me mirase, llevando mi cinta en la mano, y comprendí que era hermoso morir y que la humanidad no se olvida de sus muertos, sino que los honra, los saluda y les disculpa las cosas malas que hicieron en vida. Isidorín no había hecho nada malo, que yo recordase, salvo hurgarse los oídos con un palillero, durante la clase, y mirar luego el cerumen que se había acumulado en la contera del palillero, valorando el producto obtenido con esa mirada experta, preocupada y un poco orgullosa que tienen los enfermos para las excrecencias y los síntomas de su enfermedad.

Al salir de la ciudad íbamos por carreteras de barro, y aquel camino del cementerio lo conocía yo bien de mis viajes con los muertos de la familia. Había a los lados talleres de marmolistas que hacían lápidas y cruces para las tumbas. Ángeles de piedra o de mármol estaban allí, como apariciones blancas entre la lluvia, mojándose tristemente, fuera de su sitio, junto a una herramienta o un bidón, y los canteros y los marmolistas cantaban en la mañana triste o en la tarde sombría (el viaje al cementerio duró horas y horas). Algunos obreros tenían un saco por la cabeza, a modo de capucha, como monjes de suprema austeridad que se vistieran de esparto.

Entre taller y taller había unas huertas pequeñas, encadenadas, de las que llegaban ladridos de perros, llantos de niños, gritos de mujeres y la canción de algún hombre, todo lejano, desrealizado por la lluvia, como en un tiempo diferente al nuestro. Los caballos fúnebres caminaban despacio y todos nuestros profesores iban de un lado para otro, vigilando el rebaño de los chicos, llenándose de barro los bajos de los pantalones, fumando cigarros.

Fue largo, larguísimo, el entierro de Isidorín. Tuvimos que atravesar otros cementerios, viejos camposantos en desuso, y el coche iba por los caminos de grava y escombros, pero nosotros saltábamos pisando tumbas, hacíamos un rodeo para no caer en una fosa abierta, para no tropezar en una cruz. Pasamos por el barrio ferroviario y un tren se detuvo en el paso a nivel para dejarnos cruzar, pues incluso las locomotoras respetan el viaje de los muertos. Aquella barriada ferroviaria estaba llena de humo, tañidos de taller, obreros de mono azul, muchachas de piernas desnudas, recrudecidas por el frío, y mendigos que pedían limosna a los viajeros. Tenía no sé qué de grandeza extraña, para mí, el cruce de los caballos empenachados, el carruaje negro y la masa de gente con la locomotora, los vagones, el humo y el silbido. Parecía humo espeso y oscuro, también, lo que salía de las cabezas de los caballos, aquellas plumas grises y sucias. Se hizo un silencio, un vacío en la mañana mojada, una expectación de tren detenido, caballo asustado, niños callados y muerto lluvioso. Luego, a medida que nos íbamos alejando de aquel barrio, el vagido de los trenes nos llegaba más distante, a veces condolido por el muerto, a veces casi irónico.

Eran los mismos trenes que yo oía en la noche, tan distantes, desde mi lecho enorme e inhóspito. Tuvo el entierro de Isidorín un largo acompañamiento de trenes que iban llenos de heridos, viejos, prisioneros, mujeres y mendigos. Llegamos al camposanto hacia las cinco de la tarde, en ayunas, cuando las luces invernales se ponían moradas y una noche anticipada llenaba los bosques. La ceremonia del entierro fue un poco más rápida, porque era ya la hora de cerrar el cementerio, y volvimos hacia la ciudad de cualquier manera, en desbandada, dando saltos y gritos, olvidados ya de aquel muerto. Ni siquiera yo, que había sido su compañero de pupitre, me acordaba ya de Isidorín.

A la vuelta del colegio, por las tardes, me quedaba yo en la habitación de mamá, en el mirador, leyendo, estudiando, y ella me tomaba luego la lección, a última hora. Inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes cubrían los continentes, purificando la atmósfera de anhídrido carbónico. Era la introducción a la prehistoria. A través de los inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes, veía yo continentes iluminados por el medio sol de la media tarde, y una tapia de ladrillo donde la luz se ponía naranja. Historia de España es la narración de los sucesos más importantes llevados a cabo en el mundo por los españoles desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

Era la introducción a la Historia de España. A través de los cristales del mirador con sol, verdes, azules, morados, violeta, amarillos, rojos, veía yo la huerta de Ignacio, la tapia de ladrillo con sol, el escenario de mi vida, las estribaciones del palacio de doña Alfonso, la millonada, y mamá, si no tenía mucha fiebre, me tomaba aquellas lecciones de hermosos párrafos que a mí me gustaba aprender. Pero intuía yo que no podía ser todo tan hermoso, que detrás de los bosques de coníferas y helechos arborescentes estaban agazapados los números, los quebrados, las fórmulas, la geometría, ese revés de la vida que no me gustaba.

En el parque de la ciudad, adonde había empezado a ir, en las orillas del río, que también había empezado a frecuentar sin que mamá lo supiera, había inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes, o vegetaciones ralas que a mí me lo parecían. Era fácil pasar de la vida a la cultura, de la cultura a la vida, y casi resultaban aún más hermosos los bosques escritos que los reales. Pero cómo saltar de la vida con sol y olores al segmento, la línea secante y el triángulo isósceles.

A mamá también le gustaban más las lecciones de hermosos párrafos que los quebrados, sospecho, pues siempre me tomaba la Historia de España, la Historia Universal o la Geografía. Incluso la Gramática, que también estaba viva, llena de verbos, que son la musculatura del lenguaje, lo que le hace avanzar y moverse. Un día descubrimos que todo lo que hacemos es un verbo, que nos pasamos la vida interpretando verbos, viviendo la gramática, como un actor vive sus papeles, y que dormir es un verbo (incluso dormidos hacemos gramática), comer es otro verbo, y otro jugar y otro estudiar, e incluso morir es un verbo. Terminamos nuestra vida poniendo en acción un verbo. Haga lo que haga el hombre, vaya adonde vaya, siempre está ejecutando algún verbo, nunca se sale del recinto mágico e inmenso del idioma. Cuando yo me movía, tiraba piedras, silbaba, corría, buscaba lagartijas, decía mentiras, orinaba o me masturbaba, estaba saltando de unos verbos a otros, como el vaquero de las películas del domingo saltaba de unos encuadres a otros. La gramática estaba llena de dinamismo y por eso me gustaba también. Pero no así los quebrados.

Por el sol muriente, en la tapia de ladrillo, inmensa ruina paleolítica de una casa que había sido desgajada de la calle, se movían los íberos, los celtas, los celtíberos, con sus pieles, sus cascos con cuernos, sus barbas de cerveza. Y aquel Túbal lejanísimo. Los fenicios con monedas de oro en la frente y coronas de vides, los griegos con el cuerpo desnudo, los cartagineses encabezados por sus caudillos, Amílcar Barca, Asdrúbal y Aníbal, y los caudillos españoles Istolacio, Indortes y Orisón. O el gesto valiente de Corocota ante Augusto, según el grabado de la enciclopedia. Y aquel revuelo de la batalla de Calatañazor, en el año 1001, donde Almanzor perdió el tambor. Todo el mundo antiguo y el sol grande de las Escrituras en aquel sol mortecino del ocaso reflejado opacamente en una tapia de ladrillo con juntas de yeso y lepra de ruinas.

Del colegio traía yo un mundo confuso de historias y lecciones en la cabeza, y luego en casa, en el mirador de mamá, con sol naranja y manchas moradas y violeta sobre los libros, se asentaba en mí toda aquella cultura, se reordenaba el mundo, y entonces era cuando realmente aprendía, o algo mejor: tenía la sensación física, real, dulce, de irme empapando de una pululación interior de cultura, batallas y letra impresa. Sentía cómo iba asimilando todo aquello en mi sangre, en mi vida, del mismo modo que, si estamos atentos, podemos seguir el proceso de una digestión en nuestro interior.

Entonces sí que aprendía. Hubiera querido leer mucho más, estudiar mucho más, saber mucho más. La cultura era una cosa fácil, digerible, era una novela riquísima, y me quedaba yo horas y horas en el mirador, en esas tardes en que el sol se detiene, el tiempo se olvida de sí mismo y el último rayo de luz, en el anochecer, es como un foco, una bombilla que alguien se hubiese olvidado de apagar, y que alumbraba extemporáneamente. Mamá, a veces, cogía también un libro y leía en la cama. Así estábamos, en silencio, durante no sé cuánto tiempo, y entonces éramos realmente madre e hijo, y los cánticos de las modistas renacían tímidos, por sobre el rumor de la máquina de coser, queriendo olvidar, pero no del todo, la muerte de la niña ahogada.

Ya nadie venía a la habitación de mamá. Ni la abuela con su pájaro en la cabeza, ni el abuelo con las manos trabadas en un rosario, ni las tías ni las amigas con sus pamelas, ni otros niños, ni las criadas, la Ubalda y la Inocencia, con sus risas huecas y sus halagos. Hasta que se hacía de noche, había que abandonar el mirador, mamá se entredormía y yo salía silenciosamente de la estancia, dejando aquel nido de calor, perfumes y sol eternizado, para bajar a la calle.

En la calle me refrescaba un poco con el hielo de las estrellas, caminaba despacio, solitario, no ya como un niño, sino como un hombre, mirando todo lo que conocía tan bien, los balcones de doña Alfonso, los árboles de Ignacio, las farolas, y me decía que aquello era mi vida, que mi vida estaba ya muy hecha e iba siendo muy larga. Tenía, quizás, once años.

TERESITA vivía en la casa más bonita de toda la calle, aquella casa pintada siempre de blanco, los pintores venían varias veces al año, después de las grandes lluvias y de las grandes nevadas, instalaban sus andamios en la fachada y la pintaban de arriba abajo, cubrían de blanco las piedras, los hierros y las maderas de los balcones, los rebordes de los miradores, todo. Teresita tenía un padre que era una de las personas más importantes del barrio, un señor alto, con bigote, sin barba, que salía a media mañana a la calle, muy solemnemente, en el buen tiempo, con un abrigo de cheviot, claro y elegante, y muchos pares de guantes, amarillos, verdes, grises, blancos, azules, e iba todo el tiempo cambiándose de guantes, quitándose unos y poniéndose otros, y este tejemaneje le hacía aún más importante, le daba una elegancia inimitable, porque don Eustaquio, que así se llamaba el padre de Teresita, sabía saludar a los vecinos, a diestra y siniestra, agitando ora un guante amarillo, ora un guante rojo, según el que tuviese en la mano en aquel momento, y nunca se confundía en su juego, en su protocolo, parecía un prestímano de circo, de modo que jamás le había ocurrido ponerse en una mano un guante azul y en la otra un guante verde, lo cual hubiera dado mucha risa, sino que siempre llevaba los dos guantes del mismo color, y otros dos pares en la mano, que iba alternando constantemente. Los chicos del barrio salíamos a los portales para ver a don Eustaquio cambiarse de guantes en un molinillo constante de dedos y colores. Era muy hermoso.

El padre de Teresita tenía cargos, despachos, palacios, cosas, y en cuanto el tiempo se ponía malo, venían a buscarle en grandes automóviles, o sacaba él su propio coche, negro, grande, cuadrado, alto, lustroso como un zapato, y el hombre de pelo gris que le hacía de mecánico se encargaba de abrirle y cerrarle las portezuelas. Entonces podíamos ver a don Eustaquio, igualmente, haciendo su juego circense de guantes de colores, pero a través de los oscuros vidrios del automóvil era menos bonito. Don Eustaquio tenía grandes enfermedades y entonces todo el barrio estaba un poco pendiente de su vida, porque era muy influyente, e incluso doña Alfonso, la millonaria, acudía personalmente a interesarse por la salud de don Eustaquio, y me gustaba a mí asistir a esa solidaridad de los grandes, a aquel gesto conmovedor de doña Alfonso, ya un poco cegatosa, cruzando la nieve y el barro de la calle para preguntar por la fiebre y los dolores de don Eustaquio.

La calle se llenaba de embajadores, representantes diplomáticos, políticos, militares, era un desfile de coches y plumeros, y parecía como si todos los días se hubiese muerto don Eustaquio. Unos personajes se limitaban a dejar su tarjeta en el portal y otros subían a la casa a ver al enfermo, o cuando menos a la familia, y los vecinos estábamos muy entretenidos con este jaleo de gentes importantes y realmente deseábamos que la enfermedad de don Eustaquio durase todavía un poquito más, porque aquello era bonito, e incluso hubiéramos querido la apoteosis final de la muerte y del entierro, pero no nos atrevíamos a decirlo.

Debía de ser don Eustaquio un señor verdaderamente importante. Su esposa estaba loca, decían, y salía en camión a recibir a todos aquellos ministros plenipotenciarios, les hacía zalemas y les ofrecía natillas.

Eran muy ricos, pero eran muy desgraciados, como me decía mamá, y lo peor de las enfermedades de don Eustaquio era que su esposa, que le tenía mucho respeto, se encontraba libre cuando él estaba en el lecho, de modo que andaba por toda la casa con el camión de novia riñendo a las criadas, bebiendo en la cocina, haciendo natillas para los señores importantes que venían a interesarse por la salud de su marido e insultando a las hijas, varias hijas muy hermosas y distinguidas, la menor de las cuales era Teresita.

Yo me imaginaba a don Eustaquio agonizante en un enorme lecho con dosel, rodeado de pares de guantes de todos los colores, como hojas secas y caídas, y veía a la gran

señora en camisón probando las natillas y a las hermanas mayores de Teresita llorando sobre las consolas, pero a Teresita no podía imaginármela, por más esfuerzos que hacía, y eso que me concentraba mucho, porque cuando uno está enamorado le cuesta trabajo ver en la imaginación el rostro de la amada, verla mentalmente vivir, moverse por su casa. Y yo estaba enamorado de Teresita.

Teresita me sacó de la calle, me tomó de la mano, salvándome del arroyo, del barro, de las peleas, de las pedradas, y me hizo entrar en su mundo de acacias en flor, aquel jardín salvaje donde unos niños vestidos de blanco jugaban a mil cosas, en tanto que nosotros, ella y yo, subidos a la copa de la acacia más alta, una acacia gigantesca, comíamos la flor blanca del árbol, gatillos les decíamos, que nos perfumaba por dentro y nos llenaba de su sabor dulzón, primaveral y blanquísimo.

Siempre era primavera en el jardín salvaje de Teresita, en el interior de su casa, detrás de aquella fachada blanca que los pintores repasaban varias veces al año. Y la acacia gigante crecía y crecía, llenaba todo el cielo con sus flores blancas y Teresita y yo nos perdíamos en su copa, teníamos que apartar la espesura de las hojas y las flores para mirarnos a los ojos. Estaba yo en el atardecer violáceo y frío de la calle, con otros chicos, cuando llegó ella del colegio, el uniforme azul, el cuellecito blanco y eucarístico, una placa de plata sobre el pecho izquierdo, acompañada de la criada, aquella criada que la llevaba y la traía, una moza rubia y fuerte que nos insultaba a todos, nos daba bofetadas, nos llamaba gilipollas y nos encebollaba con su cebolla.

Teresita jugó conmigo a la pelota, me leyó las rayas de la mano, me escribió cartas azules con su letra picuda de niña de las monjas y, finalmente, me hizo pasar del invierno ceniciento de la calle a la primavera blanca de su jardín salvaje, donde jugué a la pelota con aquellos niños vestidos de blanco, y luego subimos ella y yo a la gran acacia florecida, donde volveríamos a subir otros muchos días, donde pasaron tardes enteras, semanas, años, mareados ambos del perfume de las flores, oyendo como entre nubes el canto de los pájaros y los gritos de los otros chicos allá abajo. Teresita volvía a leerme las rayas de la mano, lo cual era una manera de tener mi mano entre las suyas, y descubría yo que el saberse querido es una fuerza más definitiva que el saberse fuerte.

Pero empezaba a olvidarme de mamá, a advertir con dolor que me importaba menos estar con ella, que me molestaba su disciplina, el obstáculo que ella suponía en mi vida, en mi amor con Teresita. No es que el amor a mamá y el amor a Teresita luchasen dentro de mí, sino —algo más doloroso— que el amor por Teresita había venido a ocupar el sitio del amor por mamá, que un mismo amor se había metamorfoseado, que un ser se convertía en otro dentro de mí, de modo que se producía un desdoblamiento en mi corazón muy difícil de soportar, y que me creaba arritmias y taquicardias, por la noche, en el gran lecho inhóspito, pensando en lo complicada que era mi vida.

Mamá me preguntaba cosas de Teresita, me advertía de que éramos muy niños, advertencia que yo no entendía muy bien, y se quedaba triste, quizás, aunque no dijese nada. Yo tenía el corazón partido en dos, como una granada, pero pasaba días, meses, vidas enteras en lo alto de la acacia gigante, mirando a Teresita, su pelo largo, tan negro entre las flores blancas, su rostro pálido, encandilado, sus ojos grandes, muy separados uno de otro, como situados en los extremos de la cara, su nariz casi inexistente y la boca habladora, caprichosita.

Teresita olía a sí misma, y esto lo advertía yo mejor cuando estábamos en tierra, o escondidos en un cobertizo para no ser capturados por los compañeros de juego, que era cuando ella me miraba más fijamente y yo me ruborizaba o escupía en el suelo, que era una cosa muy de hombre. Arriba, en la copa de la acacia, el olor de las flores devoraba cualquier otro olor, pero luego advertí que este perfume del árbol se quedaba largamente en el cabello de Teresita, de modo que podía yo aspirarlo con los ojos

cerrados, junto a ella, para sentirme elevado a la copa alta y florida de la acacia. Allá arriba, veíamos crecer las flores, florecer aquella nata perfumada, y el cielo iba desapareciendo con este crecimiento, los pájaros se ahogaban en el azul, sin espacio para respirar. Andábamos ya por la copa del árbol como por un bosque, y encontrábamos nidos de ave, cosas brillantes que sin duda habían caído del cielo, y nos dejábamos cartas escritas, colocado el papel dentro de un ramo de flores, para cuando uno subía sin el otro a la acacia. Así, mientras yo estaba en el mirador de mamá, estudiando la historia de los godos, sabía que Teresita leía mis cartas allá arriba. O bien, cuando ella se quedaba en las jesuitinas, castigada, subía yo, melancólico, ronco de soledad, a la copa del árbol, y allí buscaba su carta, su letra picuda, y lloraba cargado de destino y luego me comía aquellas flores a puñados, mientras un nuevo ramo florecía ante mis ojos con un estallido silencioso de perfume y blancura.

Cuando las grandes nevadas, Teresita y yo salíamos a la calle y hacíamos juntos una gran bola de nieve. Rodábamos aquella bola por delante de la carbonería, de la ebanistería, de la sombrerería, y la nieve se iba coloreando del negror del carbón, del marrón de los barnices, de la tierra parda de la huerta de Ignacio. Era ya aquella bola como un mapamundi, como el mapamundi de mi calle, de mi mundo, hasta que, a fuerza de rodar y rodar, iba volviendo a ser blanca, desaparecían de ella todos los colores, y Teresita y yo empujábamos, unidos en un mismo esfuerzo, en un mismo jadeo. Yo no me atrevía a mirarla a ella y ella estaba muy afanada para mirarme a mí.

Los vecinos nos miraban y yo sentía que nuestro amor era ya una cosa pública y que aquella gran bola que estábamos haciendo juntos tenía toda la grandeza de nuestro destino. Pasaban lentos caballos resbalando en la nieve, salían las niñas del convento de las monjas y los chicos las ametrallaban con bolas. Eran aquellos chicos los hermanos menores de Ignacio, de Germán, de Pepe, de Gonzalo Gonzalo, una nueva generación que se había adueñado de la calle cuando nosotros, los de mi generación, andábamos ya estudiando libros serios o haciendo grandes bolas de nieve con nuestra amada.

El mediodía blanco y nublado del día de la nevada tenía humos quietos y verticales en todos los hogares, un sonido leve y sin atmósfera en las cosas, y mamá respiraba a pleno pulmón, fortaleciéndose mucho, aquella limpidez del aire. Los sonidos de la calle, los sonidos de todos los días estaban allí, junto a nosotros, pero la blancura los distanciaba y desrealizaba, de modo que asistíamos como desde un limbo de nieve, desde el otro lado de la vida, desde una muerte fría y grata, a un día cualquiera de nuestra calle, pero fuera ya de ella.

Teresita tenía unos guantes rojos con los que empujaba la bola de nieve, unos guantes de lana que se le habían traspasado y humedecido con el agua y la nieve, y tenía una bufanda de la misma lana, haciendo juego con los guantes. Respiraba afanosa contra la bufanda, a veces la mordía, y seguía empujando con aquella cosa de marimacho que le salía momentáneamente, cuando jugaba a algo o montaba en bicicleta.

Por la tarde, cuando el cielo volvió a cerrarse para una nueva nevada, yo veía desde detrás de los cristales del mirador nuestra gran bola de nieve, abandonada entre el barro oscuro de la carbonería. No había nadie en la calle, Teresita debía de estar en su casa, leyendo cuentos en un rincón para no despertar a don Eustaquio, que dormía muy enfermo, y los cristales de colores del mirador no conseguían metamorfosear la realidad que yo tenía ante mí, sino que los colores habían huido de ellos, realmente, habían huido del mundo, y todo estaba como visto a través de un vidrio sucio y roto, a través de una vieja botella vacía. Me deshacía por dentro la nostalgia de Teresita, el recuerdo de las tardes interminables en la acacia gigante, cuando el mundo quedaba tan remoto y tan pequeño a nuestros pies.

Fue el invierno en que me peleé con todos los compañeros del colegio, cuando los

atardeceres me cegaban de sangre y toda la escuela, maestros y alumnos, era una inmensa confabulación contra mí. Yo era en el colegio un chico violento, sabía provocar la sangre y sabía sorberme mi propia sangre, cuando me la hacían saltar. Pero una vez en casa, en el mirador de mamá, era otro niño, otra persona, y me quedaba horas y horas, melancólico, mirando la calle desierta.

En los bajos de la casa de Teresita vivía Luisón, un muchacho zambo, sucio y ceceante que estaba enamorado de ella. Luisón se hizo muy amigo mío y quizá sentía por mí una mezcla de admiración y odio. Amaba tanto a Teresita que no podía por menos de amar también —o admirar siquiera— lo que amaba ella, o sea, yo. Pero al mismo tiempo yo era el chico que le había quitado el amor de aquella niña (si bien no le había quitado nada, porque Teresita no le habría amado nunca). Luisón se mezclaba en nuestros juegos, me contaba su amor por la niña, como si yo fuese completamente ajeno a todo aquello, quería subir con nosotros a la acacia gigante y un día deshizo a patadas, con sus pies zambos y sus botas de becerro, la gran bola de nieve que habíamos amasado durante toda una mañana. No era malo, Luisón, pero estaba muy enamorado y su corazón ceceante sufría mucho.

Teresita, que era perversa o inconsciente, le utilizaba para enviarme mensajes. Hay una forma de perversidad que es la inconsciencia, o hay una forma de inconsciencia que es la perversidad. Luisón leía las cartas breves de Teresita, letra picuda y formal, y luego me las pasaba con cierta alegría, quizás orgulloso de tomar parte en aquel juego, de estar dentro del triángulo, siquiera fuese como mensajero. Luisón tenía sobre mí la gran ventaja (que a mí me parecía grande, efectivamente, pero no lo era) de vivir en la misma casa que Teresita. Sin embargo, no fue un obstáculo para nuestro amor. Quizá Luisón estaba un poco enamorado de mí con el amor reflejo que le llegaba de su idolatría por la muchacha. Pienso que también los adultos aman o admiran secretamente al hombre que les roba a la esposa, a la amante, a la mujer que aman (y que también secretamente odian).

La criada de Teresita, la que la acompañaba todos los días al colegio, me arrinconó un día en un cobertizo del huerto e hizo conmigo lo que antes habían hecho las criadas de mi tía-abuela, en el palomar. Jugó con mi cuerpo, con mi sexo, fue una madre violenta y viciosa sobre mí, y admito que aquello me halagaba y me asustaba. Cuando Teresita estaba en el colegio, cuando no podía bajar al huerto porque don Eustaquio se encontraba especialmente grave, su criada, que era rubia y fuerte, me llevaba al cobertizo y me violaba, como si estuviera fornicando conmigo por delegación, como si Teresita enviase aquel cuerpo más ordinario y hacedero a cumplir conmigo una baja faena sexual que ella no habría podido cumplir nunca, porque era blanca y eucarística.

Luisón asistía a veces a estos amores animales con la criada, porque su única esperanza, ya, era no perderse nada de aquello, participar en todo, estar siempre presente, y le permitíamos esto como un derecho que había adquirido por su mucho amor a la colegiala y su mucha fidelidad. Yo tiritaba de frío, desnudo de la cintura para abajo, en el cobertizo, y la criada caía sobre mí sin desnudarse, me abrigaba con sus grandes faldas de lana, su olor a cocina y su desnudez secreta, áspera, capilar y caliente. Luisón se masturbaba en una esquina del cobertizo, sin dejar de mirarnos, y cuando la criada tenía un día especialmente violento, acudía luego a él para poseerle también.

Pero yo no les miraba, entonces, sino que iba recomponiendo mi figura y me sentaba en una piedra a escribirle un poema a Teresita, mientras aquellos dos seres inferiores se debatían en el jadeo turbio de su animalidad. Redimido yo de lujuria, mi alma volvía a ascender pura a lo alto de la acacia blanca y gigante, donde el alma de Teresita, perfumada de gatillos, me esperaba temblorosa. La criada se iba riéndose a gritos.

Las primaveras en lo alto de la acacia sucedían a los inviernos fríos en el cobertizo, las tardes en brazos de Teresita a los anocheceres bajo el cuerpo pesado de la criada, las

horas sangrientas del colegio sucedían a las horas melancólicas del mirador, la nieve se llevaba silenciosamente el negror de la carbonería y el negror volvía, luego, a tizar el sueño impoluto de la nieve. Aquella sucesión de cosas era la vida. Yo lo pensaba así en el mirador, mientras mamá leía las Confesiones de san Agustín y la realidad era un prisma de colores intensos.

AQUEL ATARDECER, no sé cuándo, cómo, estribaciones de Tablares, con humo de gloria por el cielo, olor de anís quemado en los astros, y toda la banda sobre la hierba seca, el ruido oscuro del machete en la arena, la canción melancólica de Ignacio, las flores que iba recogiendo Clarita de entre los cardos, las peleas de Germán y Gonzalo Gonzalo, y nosotros allí, frente al barrio de las meretrices, aquella calle, aquella casa, calle de Las Mártires, suburbio de putas y lagartos, las meretrices, qué palabra, una palabra que tiene en sí una matriz y una emperatriz, la matriz de la emperatriz, las emperatrices de la matriz.

Habían pasado por el barrio hordas renacentistas, hombres guerreros, fornicadores orientales, y nosotros, niños atónitos, veíamos desde allí, a la luz de las estrellas, el amor de la Formalita, Carmen la Galilea, la doña Nati, la Gilda, Isabel, la Peseta, todas las mujeres de aquel reducto de ropa sucia y fornicación, entierros y tabernas, abortos y zarzuelas de madrugada. Ahora venían hombres oscuros con la lujuria en sus lentes y una de las encargadas, mujer gorda y morena, paseaba a un perro enorme y le paraba a orinar en las esquinas, en tanto que legiones extranjeras pasaban cantando tarantelas y las meretrices salían a los balcones para arrojarles flores, y algunas estaban desnudas de medio cuerpo y tenían un seno cercenado.

Carmen la Galilea envolvía su desnudez en la bandera nacional y Lirio, el hermafrodita, cantaba zarzuela y romanzas con una corona de laurel en la cabeza. Los viejos prestamistas y algunos sacristanes de la ciudad iban repartiendo monedas entre las muchachas hasta que se originó aquella pelea entre Lirio y un legionario extranjero.

El legionario le cortó a Lirio las dos piernas con su espada, y luego nos decían por la ciudad que a Lirio le habían puesto en la vía del tren, atado, y que el tren le había cortado las dos piernas. Pero aquella noche —dónde, cuándo— Lirio, con sus dos piernas, vestido con uno de aquellos trajes de bailarín que se hacía él mismo, cantaba zarzuela y orinaba en los geranios de la Formalita, en tanto que los legionarios extranjeros se emborrachaban de rute y yo lo miraba todo, dormido y pecador, en la distancia, soñando con el día en que aquel barrio me abriese sus puertas. Las meretrices llevaban siglos en aquellas casas, eran las mujeres de siempre, habían pasado por su lecho civilizaciones enteras, ejércitos, y conservaban en sus cuerpos opacos o translúcidos la sabiduría, el calor y el cansancio de las primeras fornicaciones de la especie. Eran mujeres milenarias que tenían senos, las únicas mujeres con senos que nosotros vimos nunca, pues generalmente las mujeres de nuestras familias presentaban un busto sólido, inmóvil, empaquetado, homogéneo, alabeado como el de los maniqués de los sastres, pero igualmente textil y asexual. La Gilda, Carmen la Galilea, la Formalita, la Isabel, la Doña Nati, la Peseta, eran mujeres de senos libres, vivientes, movibles, que vibraban con ellas y con ellas se llenaban de exaltación, de amor, de desprecio o de cansancio. Su fascinación era que tenían senos.

Aparte de María Luisa, la amiga de mamá, apenas había visto yo nunca una mujer con senos, y los pechos de las criadas de mi tía-abuela y de la criada de Teresita eran unos senos como lactantes, campesinos, nutricios, que no tenían la vida ni la maldad de los senos de la Gilda.

Desde aquel anochecer perdido conservaba yo en el cuerpo la certidumbre, la esperanza callada, el destino de la calle de Las Mártires.

A la salida del colegio, en los atardeceres de invierno, a veces nos pasábamos por allí un grupo de chicos, dejábamos nuestras carteras en el quicio de una puerta, seguíamos al borracho o al enamorado que iba de portal en portal, mendigando el amor de aquellas mujeres entintadas, violáceas, con los colores corridos, la ropa clamorosamente vieja y todo el cuerpo rodeado de un aura de alcohol o de virtud.

Pero nunca más la fiesta de los legionarios extranjeros y los prestamistas, las zarzuelas de Lirio, pájaro canoro de la noche, el perrazo de las meretrices, Carmen la Galilea envuelta en la bandera nacional. Don Luis, el coadjutor, no podría subir a los altares

mientras no hubiera redimido a todas aquellas mujeres, pero las damas piadosas del barrio le decían que se olvidase de todo aquel vicio y don Luis, entonces, miraba para lo alto del tejado de doña Alfonsa, la millonaria, veía la miseria de los gitanos que vivían allí con sus osos y sus cabras, entre las chimeneas, y decía que aquello era otra lacra social que habría que barrer y que en aquella ciudad de perdición ya no se podía mirar para el cielo ni para la tierra.

Alejandrino, el niño teósofo, llegó un día a la calle, en un atardecer con sol dulce, y estuvo jugando a la pelota él solo, largo y delgado, con un traje de punto azul marino con vivos blancos. Llevaba el pantaloncito hasta las rodillas, muy pegado, y unas medias de lo mismo, bastante altas, de modo que solamente la rodilla blanca le quedaba al aire.

Alejandrino, el niño teósofo, tenía el cabello ensortijado, la cara pálida, fina y amarillenta, los ojos parpadeantes, la boca enredada y las manos muy delgadas y nerviosas. No habría podido sobrevivir en la calle de otros tiempos, cuando las peleas y los cantazos, entre la violencia de Germán y Gonzalo Gonzalo, pero ahora el barrio estaba muy pacificado y Alejandrino, venido de no se sabía dónde, jugaba dulcemente a la pelota, él solo, hasta que fuimos amigos y me contó que era el hijo único y tardío de unos padres ancianos, y que él era un niño teósofo.

—¿Teósofo?

—Sí. Mi padre me ha enseñado esas cosas y otras muchas. Yo sé un poco de todo.

Además de teósofo, Alejandrino era perito calígrafo, delineante, sabio en Historia Sagrada, lector del Quijote, práctico en electricidad recreativa, jugador de ajedrez, resolvidor de crucigramas, técnico en radios de galena y poeta. Alejandrino, ya digo, no hubiera podido resistir, delicado como era, en los buenos tiempos de Tablares y las canteas.

Pero llegó a la calle en un momento bueno para él y en el momento justo para mí. Dejamos en seguida de jugar a la pelota y nos íbamos a un banco, debajo de una farola, o al patio de su casa, a que me explicase lo mucho que sabía. Alejandrino hablaba embarullado, confuso, escupiendo un poco por entre sus dientes separados y amarillos.

Mamá decía que aquél era un niño muy fino y que por fin tenía yo un amigo digno de mí. Los de la banda nunca le habían gustado nada a mamá, aunque apenas los conocía, y Luisón le parecía una mala bestia.

Por otra parte, mamá quería alejarme de los amores con Teresita y trataba de persuadirme, mediante largas conversaciones a media voz, en la penumbra crepuscular de su habitación, de que aquel amor era imposible. De modo que Alejandrino llegó a nuestra vida en un momento muy bueno, y yo aprendía con él muchas más cosas que en el colegio, donde ya no aprendía nada y seguía peleándome con todos.

Los padres de Alejandrino eran una señora alta y un señor menudo. Muy mayores los dos. Parecían sus abuelos. Se pasaban el día en una casa oscura, con mucho olor a café, oyendo la radio, discutiendo, y ella miraba por todas las rendijas, visillos, cerraduras, entrepuertas, la vida del vecindario, en tanto que él, el buen señor, fumaba en pipa, menudito, en una de esas grandes cachimbas que sólo usan los hombres muy bajos, pegaba sellos en sus álbumes de coleccionista y balanceaba en el aire sus pies de botines marrones, que no le llegaban al suelo.

Alejandrino no iba a ningún colegio, pero aquellos padres ancianos le habían hecho estudiar mucho desde muy pequeño, pues decían que el estudio desgasta menos que el juego y Alejandrino no tenía muchas energías para jugar. Algunas tardes entrábamos en su habitación, que olía a niño enfermo y a papeles viejos, y Alejandrino me hacía viajar por una partida de ajedrez, me leía el Quijote apócrifo, resolvía crucigramas con mi presunta ayuda, me explicaba teosofía, me preparaba café con leche, deslindaba los

colores del espectro, las potencias del alma, el sexo de los ángeles, las capas de un cabello, y luego hacíamos el experimento de la pila de Volta o nos poníamos los auriculares de la galena y escuchábamos el rumor de los astros, las canciones de moda, las voces y los avisos de otros radioaficionados, los mensajes de la policía, los himnos de unos guerreros, ciertas consignas políticas, anuncios de gramófonos, un tango que sonaba en la Vía Láctea y un discurso lleno de vivas y mueras.

A mí me consternaba comprobar lo lleno que estaba el silencio del mundo, lo poblado que estaba de voces, músicas, amenazas, avisos, bailes, y salía de casa de Alejandrino para irme a la mía, vacío por dentro, con la sensación de ser un pobre ignorante, un niño salvaje.

Tenía nostalgia de Teresita, que debía estar estudiando mucho, y de aquellos otros amigos de antaño, menos sabios y más divertidos. Tenía nostalgia incluso de los compañeros del colegio, a quienes iba a ver a la mañana siguiente y con quienes me iba a pelear a muerte. Pero comprendía de un modo confuso que con Alejandrino había ingresado yo para siempre en el mundo de la cultura, rompiendo con el mundo de la fantasía.

A cierta edad nos arrancan del mundo de la fantasía y nos integran en el mundo de la cultura. Es como un segundo nacimiento. La fantasía era aún la calidez desvariante del útero materno. La cultura es ya un mundo masculino que nos rechaza. Tardaremos mucho tiempo en aprender que la cultura no es sino fantasía fosilizada. Lo aprenderemos tarde, demasiado tarde ya, para volver a los bosques silvestres de la fantasía. Alejandrino, el niño teósofo, fue mi verdadero iniciador en la cultura, más que los maestros con bufanda o las enciclopedias. Nunca llegaría yo a ser tan sabio como Alejandrino, pero había que seguir aprendiendo, ya indefinidamente.

Alejandrino, el niño teósofo, me hizo quedarme algunas noches en su casa hasta muy tarde, y allí escuchábamos, con la radio de galena, las cosas que pasaban en el mundo, lo revuelta que estaba la política, una conspiración contra los faraones y otra contra los zares, los amores de la Montespán, la caída del Imperio Romano, todo.

A través de la galena de Alejandrino me llegó a mí en vivo el oleaje de la Historia, la confusión de la política, y entonces supe que el mundo era mucho más complicado de lo que yo había supuesto. Alejandrino me explicaba las matemáticas de Pitágoras, la historia de Pericles, la Guerra Europea, la fabricación de oro artificial, la conquista de América, la desintegración de la materia, las matemáticas de Newton, los dialectos griegos, el orden de los astros, los verbos del arameo y el fenómeno de la capilaridad.

Bastaba con quedarse espabilado en la noche, con los auriculares de la galena pegados a los oídos, para descubrirle al mundo su truco, su trampa, para entrar en la entraña confusa de la Historia. La Montespán, la Pompadour y María Antonieta gemían en el lecho con reyes y amantes, y yo podía escuchar estos gemidos en la galena de Alejandrino, como escuché la predicación de Cristo, los proverbios de Confucio, los rugidos de Nietzsche, las procacidades de Cleopatra, los versos de Safo, la toma de La Bastilla, las canciones de madrugada de los campesinos andaluces, cuando iban a trabajar a la era, el piano ramplón que acompañaba una película muda de Charlot, aquello de cuando el calor te sofoque y sudas como en Tampico, que le había oído cantar a mamá, los gritos terribles de Hitler y Mussolini, el desmayo de Greta Garbo, la cojera de Quevedo, el rumor del mar deshaciéndose contra las rocas blancas de Dover y un poema de Juan Ramón Jiménez que decía así, de un incoloro casi verde, vehemente e inmenso cual mi alma, me llevaba el ocaso, hacia todo, nada hay que yo, esta tarde, conocido no haya, y ahora, de vuelta ya, como yo mismo, en la playa diaria, me pongo a recordar, entre la sombra que avanza, cantado de las olas de la sangre —cristal que sube, puro, y baja— de tantas cosas y de tantos tiempos, vistas, pasados hace casi nada. Luego me iba a casa.

Era un poco mareante esta sensación de haberse asomado al mundo de la cultura. El

espacio giraba lleno de cosas, sabidurías, sucesos que yo no iba a alcanzar nunca. Alejandrino, que era muy débil, no había vivido, la vida había sido para él aquel mundo de libros, papeles, caligrafías y todo el mensaje constante y rico de la galena. Alejandrino no había conocido a los pocos años de edad la desnudez cruda de Clarita, como yo, ni había recibido una pedrada mortal en un oído, ni se había enamorado de una niña como Teresita, haciendo vida marital con ella en lo alto de una acacia gigante. Alejandrino, quiero decir, no sabía nada de las meretrices de la calle de Las Mártires, ni de los hemosexuales que comían dentífrico ni de las peleas en el patio del colegio. No estaba, como yo, desgarrado entre la cultura y la vida. La cultura era el regazo amable y variado donde él iba a vivir siempre. Yo me había criado a la intemperie, en cambio, y a la intemperie quería seguir.

Pero me dolía una nostalgia, incurable ya, de la cultura, de todo aquello que Alejandrino sabía con muy pocos años más que yo.

Estuve mucho tiempo al lado de Alejandrino, en su habitación, paseando con él por los paseos más tranquilos de la ciudad, escuchándole. Me había propuesto que mi vida fuese como la suya e incluso empecé a vestir pantalones estrechos hasta la rodilla y calcetines altos, con borlas a los lados, como Alejandrino. Pero sabía yo, sin confesármelo a mí mismo, que estaba haciendo una comedia y que un día había de romper con Alejandrino bruscamente, dejando para siempre su parpadeo, su conversación atropellada y sabia, todo aquello que fluía de su boca festoneada de saliva, boca de dientes pequeños, amarillos y separados, boca de hijo único y tardío de matrimonio anciano. Pero la fascinación de la cultura me había llegado a través de él. Su madre, aquella mujer alta y triste, de gran nariz, me decía que yo era más sano que su niño.

Efectivamente, yo era más sano que su niño, y él debía sentirse junto a mí como yo me había sentido junto a Gonzalo Gonzalo e Ignacio: débil y casi femenino. Aquella señora nos traía tés, tisanas y manzanillas, de vez en cuando, al cuarto de Alejandrino, y luego se iba otra vez a fisgar la vida de la gente por las celosías, las claraboyas y los ojos de buey. El padre de Alejandrino, en tanto, estaba en su despacho pegando sellos en los grandes álbumes, y alguna vez nos llamó para explicarnos todo aquel mundo filatélico, una geografía sepia y rosa, diminuta, con caras de presidentes orientales y grabados de volcanes. Alejandrino se lo sabía todo, había repasado muchas veces los álbumes, bajo la mirada protectora del padre, aunque ahora se aniñaba a mi lado y fingía que estaba descubriendo el mundo conmigo, en los sellos. Yo miraba muy atento y trataba de aprender, pero sabía secretamente que los sellos no me decían nada, que un lago japonés o una diosa india de la fecundidad tenían que ser cosas mucho más hermosas, vivas y alegres que aquellos rectángulos breves con dientecitos en los bordes. Así fue como el mundo de Alejandrino empezó a aburrirme, a cansarme, cuando fui entreviendo que la cultura podía ser también una cosa fluyente, actual, vividera, y no aquel museo seco de olores rancios, que no era sino el mundo obligado, carcelario, de un niño sietemesino, enclenque, caprichosito y neurótico. Iba a liberarme.

NAPOLEÓN ESTABA EN MITAD DE LA ESTEPA RUSA, con su famoso gorro en la cabeza, con una mano en la espalda y otra dentro de la guerrera, o bien a los pies de la Gran Pirámide, diciendo frases a sus soldados. Napoleón Bonaparte veía pasar a sus ejércitos sobre la nieve de Rusia, derrotados, o lloraba con sus caballos en Waterloo. Napoleón se acostaba con una amante sobre las cuerdas de un arpa, en París, se quitaba su gorro y sacaba de él una paloma, ante los aplausos de las cortesanas, se peinaba aquel mechón de pelo que era como una llama sobre la frente abombada, y de pronto todo el sarao descubría que los pantalones blancos del Emperador no eran tales pantalones, sino unos calzoncillos largos, de punto.

Napoleón vivía una vida de grabado, de pirografía, de Gran Enciclopedia Ilustrada, entre mujeres de senos muy altos, caballos expresivos como mariscales, soldados que creían en lo del bastón de mariscal y pueblo francés que le aclamaba sin dejar de fornicar. Napoleón me aburría como todos los grandes, como todos los tiranos, como todos los guerreros.

Pero el señor Dupont, el abuelo de mi amigo Dupont, había estado con Napoleón en todas las grandes campañas y todavía se peinaba como él su mechón canoso sobre la frente. Después de Waterloo, el señor Dupont se vino a nuestro país de ferroviario, trabajó como fogonero en todas las rutas férreas y se compró una Enciclopedia de la Revolución Francesa hasta Napoleón, para leer todo lo que había vivido antes y seguir creyendo en Napoleón, al que de vez en cuando escribía infructuosas cartas a Santa Elena.

El señor Dupont, con una pierna renqueante, jubilado de los ferrocarriles, se levantaba por la mañana y encendía la cocina para que su mujer y sus hijas empezasen a guisar. En seguida se sentaba a leer la historia con grabados de Napoleón, hasta que le llamaban para comer o para revisar el fogón, que no tiraba bien aquel día por culpa del viento sur. Dupont vivía con su madre, sus abuelos y varias tías. A su madre la había abandonado el marido con varios hijos, y luego a ella le habían cortado un pecho canceroso, y se metía una almohadilla dentro de la blusa, para disimularlo.

Cuando Dupont era más pequeño, su madre le llenaba un vaso de su propia leche, del pecho que le estaba dando al otro hermano, al recién nacido, y Dupont se merendaba aquella leche del único pecho de su madre. Dupont tenía una cara caballuna. Sin duda, vivía dentro de él un caballo triste y tímido. Era un chico de orejas grandes, nariz larga y ojos tristes, que ya no hablaba con acento francés, como su abuelo, pero que se había leído aquella Enciclopedia varias veces y se sabía entera la historia de Francia, de la Revolución al Emperador. Dupont apareció por la calle poco después que Alejandrito. Si Alejandrito había sido la tentación de la cultura, Dupont volvió a ser para mí el triunfo de la calle y la aventura.

Dupont sabía orinar escribiendo un nombre de chica sobre el asfalto. Napoleón era como un orgullo de familia entre los Dupont. Otras familias presumen de un abuelo almirante o diputado, y los Dupont presumían de Napoleón Bonaparte, en cuyas campañas había intervenido gloriosamente el abuelo. Dupont me ayudó a liberarme de la amistad de Alejandrito y me llevó a la Biblioteca Pública a seguir buscando y leyendo historias de Napoleón. Lo de aquella familia con Napoleón era ya un tanto obsesivo.

Dupont me hablaba de Napoleón Bonaparte como otros niños hablan de su tío coronel. Me llevó mi nuevo amigo a la Biblioteca Pública y allí estábamos, en las grandes naves, abrumados por los enormes muros de libros, por los inmensos enladrillados de enciclopedias, sentados a unas mesas largas, interminables, brillantes, bajo las lámparas redondas y agobiantes, pasando las hojas lentas de los grandes libros, ayudándonos con las manos para no perdernos en aquellas páginas oceánicas, haciendo navegar un dedo por el mar de la letra impresa, como un náufrago desnudo y rosado.

En la Biblioteca Pública había salas enormes de penumbra, pupitres de erudición,

hileras de lectores ancianos, mujeres bisbiseantes, estudiosos, sacerdotes que fumaban mucho, señores de levita, militares, personajes, de negro. Los libros abiertos eran como grandes mariposas, como monstruosas mariposas despanzurradas bajo la luz fuerte de la lámpara que colgaba muy cerca de la mesa. Las páginas de los libros soltaban un polvillo acre, como las mariposas, y bibliotecarios de largos mandiles, bibliotecarias que me recordaban a mis antiguas maestras iban silenciosamente por las altas galerías de carcoma, penumbra y terror.

A veces, uno de los ancianos lectores tosía silenciosamente, se convulsionaba, y los que estaban a su lado le prestaban someras ayudas. El anciano quedaba de bruces sobre su libro, quieto, no se sabía si muerto, dormido o cataléptico, pero los otros lectores miraban distraídamente y seguían tomando notas de sus libros amarillos, blancos, sepia. Había algún otro chico en la biblioteca, siempre pocos, y yo temía que Dupont fuera a encadenarme a otra forma de cultura, como Alejandrino, pero lo nuestro era Napoleón, un héroe de la familia al que yo me esforcé por amar, inútilmente, durante una temporada.

Cuando ya lo sabíamos todo sobre Napoleón, decidimos napoleonizar la calle.

Dupont me descubrió el Parque Grande de la ciudad. Yo solamente había ido al Parque Grande con mi familia, hacía algunos años, y no sabía que en las avenidas, los paseos, las frondas, los lagos y las grutas del Parque Grande podía uno sentirse libre a gusto, lejos de la familia y de la escuela. Dupont conocía bien aquel mundo perfumado, lleno de barquilleros, dragones, pavos reales, gitanos y niñas solitarias.

Dupont me inició en la amistad de los patos y de las ocas, que nos esperaban cada mañana y cada tarde para conducirnos a la espesura. El Parque Grande tenía unas grutas llenas de estalactitas y estalagmitas, y una cascada o catarata donde las parejas de novios se besaban y las familias hacían fotografías a sus niños. Dupont conocía a otros chicos del Parque, y tuve yo que aprender toda la política de aquellas bandas, pues unos eran aliados y otros eran enemigos, de modo que volvía de alguna forma a los tiempos de las canteas.

Pero el Parque Grande era más hermoso que Tablares, tenía más misterio y mayores azares. Había una banda que estaba siempre rodeada de pavos reales. Los chicos tenían a los pavos como aliados, y una vez que estuve en su gruta vi al jefe de la banda tendido en el suelo, con la cabeza en las rodillas de una niña, y los pavos reales le pasaban por encima, picoteaban los granos que él les daba y hacían como un graznido insolente que debía ir por nosotros, los forasteros.

Dupont y sus amigos, en cambio, eran aliados de las ocas, y las ocas, como digo, nos llevaban cada día a su reino profundo de verdor y humedad. Siempre que podían, los de los pavos reales nos mataban una oca, y, siempre que podíamos, nosotros les matábamos a ellos un pavo real.

Los cisnes del estanque grande aparecían a veces estrangulados, por la mañana, o desaparecían para siempre. Los periódicos y los guardas nos echaban a nosotros la culpa de estos crímenes, pues éramos las bandas famosas del Parque Grande, pero lo cierto era que ni unos ni otros teníamos nada que ver con aquellos misteriosos atentados contra los cisnes. El Ayuntamiento iba reponiendo lentamente las ocas o los pavos reales que caían en nuestras venganzas, pero había una guerra a muerte en el corazón del Parque, una guerra cuyos orígenes y leyes yo no conocía muy bien. Dupont y sus amigos, cuyo jefe era Boal, me parecieron siempre unos chicos turbios, hijos, quizá, de los porteros, los conserjes, los ujieres de aquel barrio elegante del Gran Parque, en tanto que nuestros enemigos, los aliados de los pavos reales, iban casi siempre vestidos de blanco, estudiaban seguramente en colegios de frailes y olían muy bien. En todo caso, con el tiempo llegué a identificarme con Boal, Dupont y los suyos, como quizá me habría identificado con los otros, si la suerte me hubiese llevado a su bando. Algunas noches teníamos peleas a muerte, encuentros cuerpo a cuerpo, y era

cuando yo percibía el buen olor de aquellos enemigos, friccionados sin duda con colonias caras y sales de baño, por sus añas y ayas, como la Ubalda, la Inocencia, Pilar, mamá y la abuela me habían friccionado a mí en otro tiempo.

Los «pavos reales» no eran menos fieros por más distinguidos, de modo que luchábamos como desesperados, hasta que ellos tenían su ropa blanca tiznada de sangre y alguna de nuestras ocas yacía con su blanco plumaje ensangrentado asimismo. Luego los enemigos desaparecían y yo no sabía nunca si habíamos ganado o perdido la batalla. Boal nos llevaba a una fuente a lavarnos la sangre, o bien a una cascada, un estanque, un lago, una catarata o cualesquiera otro de los recintos de nuestro dominio en el Parque.

Bajo las estrellas gordas del Parque, en el graznido de las aves invisibles que ilustraban la sombra con el despliegue de sus alas, recuperaba yo el sabor de la sangre, me lavaba con pañuelos, y la boca se me llenaba de tierra y de perfumes. Luego nos íbamos silenciosamente, por senderos apartados, dejando a las ocas dormidas en su gruta acuática. Boal nos despedía alzando un brazo silenciosamente y Dupont y yo caminábamos a través de la ciudad, hacia nuestro barrio.

Boal no era como los jefes que yo había tenido en la calle. Boal era de más edad y también más fiero, quizá. Pero nunca llevaba ningún arma ni defensa, y sólo su boca, una enorme boca perruna, siempre abierta, le servía como herramienta de combate. Boal mordía con ferocidad. Era muy amante de las ocas y sabía cómo cuidarlas, cómo alimentarlas, cuándo tenían que estar en el agua y cuándo fuera del agua.

Las ocas, blancas y rosadas, gordezuelas y expresivas, sabían quién era Boal, sin duda, como los pavos reales conocían a aquel chico vestido de blanco que estaba en una gruta municipal de estalactitas y estalagmitas, con la cabeza recostada en el regazo de una niña. En el Parque Grande había barquilleros homosexuales, solitarios que miraban a los niños o a las niñas, músicos que ensayaban su clarinete sentados en un banco, muy de mañana, guardas adustos, alguno de ellos bizco, como Popeye, niñeras rosadas y negras a quienes acechábamos las enaguas, y parejas fornicantes que yo observaba desde lo alto de los árboles.

El Parque Grande olía a barquillo, a agua estancada, a colonia, a flores revueltas y a orina. Dupont debía sentirse un poco Napoleón en el Parque. Cada pavo real era un enemigo o un símbolo odiado al que había que capturar o estrangular. Cada oca era una mascota amiga en la que se podía confiar. Los cisnes, musicales e indiferentes, estaban en su estanque, inmóviles, hasta que una mano secreta les retorció en la noche el largo cuello.

Por el Parque erraba una niña solitaria y pecosa que se llamaba Electa María Victoria. Electa María Victoria era como la hija putativa del Parque, y siempre iba muy bien vestida, quizá como una niña antigua, con tirabuzones, largos ropajes, cintitas, rizos en la frente, un aro, una cometa o un molinillo en la mano. Electa María Victoria era, sin duda, de gente bien. A veces estaba al borde del estanque grande, dando de comer a los cisnes, que venían a su mano con una larga flexión del cuello, e incluso alguien llegó a decirme un día que Electa María Victoria, loca, solitaria y sádica, era quien estrangulaba misteriosamente a los cisnes en la noche, de tarde en tarde.

Electa María Victoria me alejó bastante de Dupont, de Boal, de aquella banda, de las peleas con la otra banda, de las ocas y los pavos reales. La niña estaba muy de mañana dando de comer a los ánades, o se la veía en el atardecer, sentada en un banco escondido, leyéndoles poemas a los pavos reales, que se le subían en torno y escuchaban como cortesanos palaciegos atentos a la recitación de una reina joven.

Porque Electa María Victoria no era de unos ni de otros, amaba por igual a las ocas y a los pavos reales, y me pareció infame aquella acusación de que, víctima de su locura, fuese ella quien estaba acabando con la hermosa hueste de los cisnes. Electa María Victoria tenía la cara cubierta de pecas, unas gordas y otras menudas, se reía cerrando

los ojos casi completamente, hasta convertirlos en dos rayitas, y siempre andaba sola por el Parque, aunque muy bien arreglada.

Los guardas querían a la niña, aunque se burlaban de ella a su espalda y le hacían visajes. Algunas tardes había aparecido una mujer oscura y agria que se había llevado de la mano, violentamente, a Electa María Victoria. O un caballero distinguido que la hacía subir en una carroza negra, como si la llevase al cementerio. Pero lo habitual era que Electa María Victoria apareciese y desapareciese en el Parque Grande sin que se supiera cómo, cuándo ni por dónde. Una tarde estaba yo tendido en la hierba, entre el concilio cloqueante de las ocas, esperando a Boal, cuando apareció Electa María Victoria, que casi nunca hablaba con nadie, y me invitó a pescar peces de colores en el riachuelo, mediante un hilo y un alfiler curvado en forma de anzuelo.

No tenía yo muchas ganas de pescar peces de colores, pero me inspiraba curiosidad la niña, y estuvimos toda la tarde en el puente de troncos, con el hilo echado. Electa María Victoria olía a perfumes antiguos, a sales de dama muerta, pero de su pelo, de sus tirabuzones deshechos nacía una fragancia joven, intensa, primaveral, que desmentía todo aquel amortajamiento en vida de la niña. Me olvidé por completo de las ocas, de Boal, de la pelea de aquella tarde y de todo.

Cuando conseguíamos que un pez de colores se tragase el alfiler con un trocito de pan en la punta, Electa María Victoria lo sacaba del agua, le daba un beso en el hociquito, lo ponía un momento contra su seno blanco, como una joya azul, verde, roja, y lo devolvía a la corriente. ¿Podía ser aquella niña sensible la estrangulados de cisnes?

Me aparté por un tiempo de mi vida habitual en el Parque, de mis amigos y enemigos, para dedicarme a Electa María Victoria. Ella conocía el Parque mejor que nadie y me llevó a la rotonda de la biblioteca, a los sombríos cenadores, a lo alto del palomar, y en aquellos lugares apartados la besé, la abracé, tuve su cuerpo de piel mate y pecosa.

Electa María Victoria era la hija loca y perdida de una familia ilustre de la ciudad. Boal y Dupont me contaron un día que era ninfomaniaca y que había yacido con los guardas del Parque, con los chicos de las bandas, con los jardineros y los regadores, y yo me llené de unos celos odiosos, pero nunca acabé de creerlo enteramente.

En el cenador más apartado del Parque, allí donde olía a veranos muertos, a paloma de otro tiempo, a sexo y a bosque, Electa María Victoria se subía sus faldas de seda, de piqué, de lamé de oro y de plata, para que yo besase sus muslos de niña rubia, pecosa, dorada por una pelusa tenue. Consiguió hacerme olvidar a Teresita, por algún tiempo, e incluso llegaba a confundirla con Teresita cuando estábamos abrazados sobre la grava o sobre la hierba, y no sabía si estaba yo enamorado de dos mujeres al mismo tiempo o ambas se me habían fundido en una sola.

Electa María Victoria en el amor reía mucho, y luego leería yo en un libro que la risa, el llanto o la locuacidad en el amor son síntoma de neurosis. Tenía experiencia Electa María Victoria, pero prefería yo no detenerme a pensar cómo la había adquirido. No podía soportar la idea de que, efectivamente, Popeye, el guarda bizco y oloroso a tabaco negro, había besado aquella piel mate y rubia, pecosa y suavizada por una pelusa frutal.

En lo alto del palomar deshabitado, en la gruta artificial, tras el telar del agua de una cascada, en los profundos cenadores con flores podridas, Electa María Victoria me escondía entre la faldamenta y éramos unos amantes apasionados, obsesivos, y yo no sabía si vivíamos en un gran incógnito o si todo el Parque Grande nos miraba con los ojos redondos de las palomas, los ojos irisados de los pavos reales, los ojos como botones de las ocas y los cisnes, los ojos bizcos de Popeye y los ojos enfurecidos de las culebras.

Un día, Electa María Victoria desapareció del Parque para siempre. Decían que se la había llevado el elegante caballero en la carroza negra. Decían que era la estrangulados de los cisnes y que estaba en la cárcel. Yo no volví a verla nunca más.

Anduve solitario por las alamedas, buscándola sin esperanza, y un día decidí no volver por el Parque, para olvidarla.

AQUELLA PELEA EN EL COLEGIO, los dientes, las bocas, los puños, la sangre, el miedo, la furia, yo desgarraba con mis uñas, pero otras uñas se clavaban en mi carne y al fin quedé tendido en la gran escalera, como un héroe griego, creo que pensé en algún momento, viendo el mundo rojo y mi vida terminada.

Me puse en pie, hablaron los maestros, los profesores, el estrado solemne y sombrío que me expulsaba del colegio para siempre, y pasé entre largas hileras de colegiales, alejándome lentamente de aquellos magistrados que tenían en la mano grandes mapamundis y reglas de madera. Crucé las galerías, los patios, las escaleras, las estancias abandonadas, las aulas cerradas y polvorientas, los altares y las capillas, y el coro de las niñas no sonaba por parte alguna, pero había grupos, hileras de chicos que me miraban, sonreían, escupían, me insultaban, e incluso de vez en cuando me golpeaba algo en la espalda, en las piernas, una piedra, un tintero, no sé.

Fue una larga caminata, un lento alejamiento de la escuela, para siempre, expulsado, y la voz de don Modesto seguía sonando a mi espalda, fría e irónica, antipática y sacerdotal, de modo que cuando estuve en la calle, en el anochecer, contra las luces borrosas de los faroles y las tiendas, apenas si me sentía liberado, porque el mundo se estrechaba ante mí, pero pasó Teresita en su bicicleta, como en otros atardeceres, Teresita, tan lejana, tan prohibida, y me subió en la bici, y fui sentado en la barra, rodeado por los brazos de la niña, que pedaleaba como un muchacho y me llevaba lejos, lejos.

Teresita tenía una bicicleta grande, alta, hermosa, con metales brillantes, un timbre que llenaba el aire como una margarita de sonido, níqueles, cintas de colores. Teresita se paseaba en su bicicleta, ante mí, indiferente o coqueta, y algún atardecer se había dignado llevarme a dar un paseo, como aquel día, recién expulsado yo del colegio, cuando pasó ella, hada providencial, y viajé raudo llevado por la niña, teniendo delante un mundo que ahora se abría vertiginosamente, un faro alegre, un timbre valiente, y en torno de mí los brazos de la niña, su uniforme colegial, y sobre mi mejilla derecha la mejilla izquierda de Teresita, su olor, el cuello de su uniforme, su aliento, el jadeo del esfuerzo, su pecho inexistente, su melena, una locura de perfume y velocidad. De modo que viajamos entre tiendas, estancos, jardines, charcos, paisajes, plazuelas, gentes que leían el periódico o rezaban el rosario, ancianas arrodilladas en la acera, y salimos a las afueras, cruzamos frondas ya completamente nocturnas, parques desconocidos, paraísos con animales y niños dormidos, y mi rostro se iba refrescando, la sangre se evaporaba de mis mejillas, la frente se me ensanchaba, el pelo me volaba como una bandera y el pecho se me abría. Fuimos muy lejos.

Cuando Teresita me llevaba en su bicicleta, tan de tarde en tarde, era como si ella fuese el chico y yo la chica, pues ella pedaleaba y yo, sentado a mujeriegas sobre la barra, me dejaba llevar, de alguna manera conducido y protegido por el esfuerzo y los brazos de la niña. Aquella noche viajamos hasta muy tarde y la fuerte y ligera bicicleta de Teresita atravesó la noche con un crujido fresco, como una navaja, y quedaba ya muy lejos el colegio y su tragedia, porque volábamos, transparentes, por las afueras de la ciudad, una geografía conocida y desconocida al mismo tiempo, ríos silenciosos y quietos, barrios de casas pequeñas y luces tristes, extensiones ferroviarias por donde cruzaba un tren fantasmal, cementerios lejanos sólo habitados por la luna. Creo que el viaje duró toda la noche.

Yo amaba y odiaba la bicicleta de Teresita, porque aquella bicicleta era lo que más la alejaba de mí. Después de algún tiempo de separación, habíamos vuelto a vernos con alguna frecuencia, aunque ya no era como antes. Teresita me llevaba en su bicicleta y yo no le contaba nada de esto a mamá.

Pero a veces ella se iba sola, o con otros chicos y chicas que también tenían bicicletas, e incluso llegó a transportar en su propia bici a algún otro amigo que no era yo, y esto me hizo sufrir mucho. La bicicleta era el símbolo de nuestra libertad, de nuestra huida,

de nuestro amor, pero era también el símbolo de la independencia de Teresita.

En un mediodía alegre y caliente, que olía a oblea en todo el barrio, Teresita estuvo dando vueltas a la plazuela en su bicicleta, y llevaba a un chico en la barra. Este chico era Jesús, el recadero de la tienda de comestibles, y se me hizo insostenible verla amancebada con el personaje más grasiento, aceitoso, sucio y cínico de todo el barrio. El mundo se me nublaba otra vez y estuve sentado en un banco de piedra, en la plazuela, viéndoles pasar una y otra vez ante mis ojos, como un relámpago repetido. Todo yo me hice de piedra, como el banco, pero los ojos me dolían, seguían vivos, y escocía en ellos, cada dos o tres minutos, el latigazo de aquella imagen rauda, la bicicleta pasando ante mí con la pareja adúltera y traidora. El sol grande del mediodía se me hizo siniestro.

El amor de Teresita con el chico de los ultramarinos no duró mucho tiempo, pero luego vinieron altivos cadetes, mucho mayores que ella, a rondarle la calle y sacarla de paseo, deslumbrándola con sus uniformes de oro y verdor. Yo, dolorosamente, daba nuestra historia por terminada, pero no era así.

Don Eustaquio, el padre de Teresita, volvió a caer enfermo, como todos los otoños, y esta vez herido de muerte. La calle se llenó nuevamente de embajadores, procónsules, vicescancilleres y señores de clases pasivas que le debían muchos favores y pensiones a don Eustaquio, y venían a acompañarle y honrarle en su última hora. Vinieron, asimismo, carruajes, automóviles negros, dignidades, cardenales, guardias municipales con plumeros de gala y maceros con dalmáticas, que parecían el rey de oros.

El vecindario figoneaba por donde podía. Doña Alfonsa, ciega ya completamente, le cantaba loas al muerto desde el balcón principal de su casa. Yo estaba en el mirador de colores viéndolo todo y contándole a mamá lo que veía. Cuando bajé a la calle, Luisón venía en mi busca, enviado por Teresita.

—Que Teresita quiere verte.

Piafaban caballos negros. Rezaban las mujeres. Cantaban las monjas. Tocaba la banda de música. Hacían los curas su gregoriano sombrío, con don Luis en cabeza, vestido de ceremonial, más santo que nunca.

—Que Teresita quiere verte.

Luisón estaba feo, lloroso, revuelto, y parecía querer participar de aquel duelo como si fuese de la familia. Al fin y al cabo, vivía en la misma casa y don Eustaquio le saludaba siempre, cuando se lo encontraba en la escalera (él hacía todo lo posible por coincidir con el padre de su amor). Le odié por dársele de importante y de afligido.

Luisón me llevó por las traseras interiores, por patios y lavaderos, hasta la puerta del garaje.

—Ahí está —me dijo.

Y se dio la vuelta. Se marchó.

Luisón había cumplido. Teresita le había enviado a buscarme y él había sido obediente una vez más. Ahora se iría, zambo y ceceante, a hacer otros recados, otros encargos, otros cumplimientos.

Era tan desgraciado, Luisón, que ni siquiera me daba pena. Entré por el portón del garaje. Allí se guardaba el gran automóvil negro de don Eustaquio. Me olvidé de los cadetes rubios vestidos de oro. Me olvidé del chico de los ultramarinos, aceitoso y feo. Me olvidé de todo, porque Teresita me había llamado para que la consolase.

En el garaje, que era inmenso y frío, olía a neumático, a caballo muerto, a aceite de engrasar y a gasolina. Había esqueletos de viejas carrozas, monturas de caballo, landós varados, y entre todo aquello estaba el gran automóvil negro, enorme, lustroso como un zapato. Contra uno de los cristales oscuros de las ventanillas, un rostro pálido, ojeroso, una cara de muerta. Era Teresita, que me miraba.

Se había escondido allí para llorar o para que la dejaran en paz. No, el automóvil no iban a sacarlo, me explicó. Había subido yo al alto estribo, había cerrado tras de mí la

negra puerta, pesada y silenciosa, había ingresado en aquel palacio rodante.

—Ya hay demasiado barullo de coches y de cosas. Éste no van a sacarlo.

Eso me dijo Teresita, que estaba tranquila, pálida, fría, sin síntomas de haber llorado. Dentro del coche alfombrado olía a motor, a colonia y a cuero. Yo volvía a estar tímido con la niña. Los cadetes y las bicicletas me habían alejado mucho de ella.

—Se ha muerto papá —me dijo innecesariamente, con una voz incolora.

—Ya. Lo siento. Siento lo que te ha pasado.

Casi sonrió. Me tomó una mano.

—¿Me vas a leer otra vez las rayas? —dije tontamente.

De la calle llegaban el gregoriano de los curas y los gritos de alguien, quizá la madre de Teresita, la loca, que andaba en camión abrazada al muerto. Teresita no me leyó la mano, sino que me la besó, y luego me besó en el rostro. Estaba vestida de colegiala y olía a colegio y a desayuno. Esto me la volvió a hacer muy niña.

—¿Y qué vais a hacer ahora? —pregunté, queriendo estar en la situación, en la solemnidad de aquella muerte.

Se encogió de hombros. No le importaba nada el caso. Se había refugiado allí para que la dejaran en paz. Siguió besándome y le desabroché el uniforme. Tenía unas enaguas blancas, leves, monjiles. Cabíamos perfectamente en el fondo del coche, sobre la alfombra cepillada, entre el asiento de delante y el de atrás. Nos tendimos allí y jugué con su cuerpo delgado y de color papel. Estaba muy excitada e hizo el amor como una mujer adulta. Piafaba un caballo, gritaba la loca, cantaban los curas y alguien hacía un discurso solemne.

Todo nos llegaba lejano, confuso, a través de patios y traspatios. Teresita se defendió dulce y bravamente en el amor. Me dejó fatigado, arañado, besuqueado. Tendido sobre ella, veía yo muy de cerca las grandes flores de la alfombra del coche, unos colores que iban palideciendo, una corola roja, unas formas que se hacían abstractas, confusas, miradas así, y que tendría que haber apreciado a distancia para captar mejor su belleza.

Fuimos casi unos amantes adultos. No hablamos para nada de amor, como en otro tiempo, en la copa de la acacia gigante. Hubiera yo querido hablarle del chico de los ultramarinos, de los cadetes, de sus escapadas en bicicleta, pero no lo hice. Aquel cuerpo de niña tenía unas exigencias insospechadas, me reclamaba una y otra vez.

Luego estuvimos tendidos en el largo asiento trasero del coche, abrazados, encogidos, en silencio. A través de los cristales oscuros de las ventanillas, veía yo la cancela que daba al jardín silvestre, y al fondo la acacia gigante, completamente seca, invernal, sin flor, dejando pasar entre sus varas afiladas la tristeza del cielo, vellones de vacío, cúmulos de tiempo. Teresita parecía dormir en mis brazos, pero me besaba de vez en cuando, levemente. Después salimos del coche, cuando ya no había ruidos en el exterior. Cerramos cuidadosamente el automóvil. Tenía aquel automóvil algo funerario, como un ataúd de lujo, como el coche fúnebre de un rey. Había sido la alcoba del desfloramiento de Teresita, nuestro lecho nupcial.

Poco días más tarde, cuando la calle se quedaba en el silencio limpio y profundo posterior a los grandes entierros, a Teresita se la llevaron interna a un colegio y mamá me dijo que nos íbamos a los Pinares, porque el médico le había recomendado pasar unos meses en el campo, respirando aire puro. Sin Teresita, sin colegio, sin amigos en la calle, sin haber visto a Dupont ni a Alejandrino desde hacía algún tiempo, nada me hacía dolorosa la partida. Casi me alegré.

En los Pinares, mamá hacía mucho reposo, estaba todo el día en una hamaca y seguía leyendo las Confesiones de san Agustín. Luego se reunía con otros tuberculosos o hablaban de chalet a chalet, a través de las verjas y las enramadas. Yo leía Trafalgar, de don Benito Pérez Galdós, y la Divina Comedia. Paseaba solitario por entre los pinos, muy de mañana, y fui descubriendo el campo, las infinitas posibilidades de lo verde.

Niño de ciudad, tuve en los Pinares mis bodas con la naturaleza, que fueron unas bodas serenas y felices.

De nuevo me sentía un niño adulto y, aunque recordaba mucho mis andanzas callejeras, el amor de Teresita, la amistad de Dupont, de Alejandrito, el colegio, la aventura con Electa María Victoria, la lejanía del campo me tenía como en otra vida. A los Pinares se iba desde la ciudad en un trenecito lento, de vía estrecha, que cojeaba todo el camino y echaba mucho humo para disimular la poca velocidad.

Los Pinares me llenaron de olores y colores nuevos, el brillo de las agujas de pino en la tierra, el verde claro de las copas, el negror del horizonte, que mirado lentamente se iba tornando verde asimismo, y los crepúsculos que le sacaban a los troncos resinosos un barroquismo de lagrimones, brillos, bultos e iris. Cobraban vida aquellos troncos de pino en la luz oblicua de la tarde, y parecían torcerse lentamente, dar de sí un oro goteante, como mártires, con mucho de las esculturas que yo había visto alguna vez en las visitas del colegio al museo de la ciudad.

Había en los Pinares escondidos campamentos militares que se descubrían por un clarín lejano, y de pronto venía, en el sopor del mediodía, el jadeo del trenecito, entre los árboles, como un animal herido que viniera buscándonos para ganar nuestro alivio. Yo me sentaba en el suelo, sobre las crujientes agujas de pino, y tenía el libro abierto en mis rodillas, blanquísimo el papel del reflejo del sol. Allá en lo alto, en la copa del árbol, cantaban los pájaros y se movía una vida confusa y rumorosa de nidos, piñas, crecimientos, maduraciones y brisas.

Luego aprendí a subirme a los árboles. Era fácil escalar los pinos, con su corteza rugosa y blanda. Entre la copa del árbol olía intensamente a menta y yo cogía piñas verdes, grandes, frescas, pegajosas, que iba dejando caer al suelo, donde sonaban con un golpe apagado. Saltaba desde lo alto del árbol y recogía las piñas en torno.

En la cocina del chalet, metía las piñas en el horno hasta que se abrían lentamente y podía yo arrancar los piñones tiernos y lechosos. Iba transformándome así en un niño silvestre, del mismo modo que me había transformado, años atrás, en una alimaña callejera. El niño es maleable, camaleónico, puede pasar de unos estados a otros con gran ductilidad, e incluso puede desaparecer completamente, estar unos días ausente de la tierra y del cielo, como los gatos, en unas asunciones y levitaciones que nadie ha explicado nunca.

Laurita era una niña fea y sentimental que vivía en el chalet de al lado. Íbamos cogidos de la mano a por leche, huevos, fruta, nueces, y comprendí pronto que aquella niña no me gustaba nada, aunque era muy tierna y simpática, y que nunca me iba a enamorar de ella, de modo que abandoné su amistad y volví a mis soledades, a mis libros, a mis paseos, a mis piñas, no sé si porque efectivamente la muchacha era un tanto asexual o porque mi alma pasaba por una época de asexualidad.

En los Pinares vivimos una primavera verde y fresca, un verano dorado y caliente, un otoño triste, ocre, en el que toda la soledad del campo se me reveló como una lona inmensa que cubría el mundo, traía la lluvia y encapotaba los días. Me recluía yo en la cocina de la casa y seguía allí con la Divina Comedia y los cuadernos de dibujos.

Mamá no estaba mejor ni peor. Los convalecientes de los otros chalets se habían ido yendo. Cuando se decidió abandonar los Pinares, me alegró tristemente saber que volvía a la ciudad, a mi vida en blanco, sin colegio ni porvenir, a la libertad de las calles, que era la libertad verdadera, pues en el campo se es libre para nada, no hay nada que hacer.

O quizá fuese que no conocía yo el campo suficientemente, que no era capaz de hacerle intervenir en mi vida, o de intervenir en la suya, tan prestamente como lo hacía con la ciudad. Un carronato lento se llevó nuestras cosas por la carretera y nosotros regresamos en el trenecito lleno de humo. Era un viaje corto que me alejaba de la grandiosidad melancólica de la naturaleza y me devolvía lluviosamente a mi biografía.

En mi equipaje de vuelta iban algunas piñas verdes, pesadas, densas, como lingotes de un oro verde, como un tesoro compacto y disperso al mismo tiempo, del que no quería desprenderme, pero con el que tampoco sabía exactamente qué hacer.

A LA VUELTA DE LOS PINARES, Dupont, que me había descubierto el Parque Grande y la Biblioteca Pública, iba a descubrirme el río. En el río reinaba la Oliva.

La Oliva era una gitana dorada y hombruna que nos alquilaba las barcas. Aunque éramos menores de edad, la Oliva nos alquilaba una barca, porque sabía que Dupont era buen remador, y ya estábamos en mitad de la corriente, lejos y cerca de la ciudad, bajo los inmensos puentes donde resonaba el agua, o en medio de la vegetación de las orillas, entre la cual asomaban cabezas de perros pastores y de chicos del otro lado, que eran como más montaraces, vivían a la intemperie y usaban honda en lugar de tirador. Eran otra raza. El río se movía anchuroso a los pies de la ciudad, verde, sucio y ocre, y las calles que bajaban hasta él ponían en sus aguas una cultura de campanas, oros, gritos, industrias, lavanderías, tenerías, enamorados y chiquillos.

El río tenía islas salvajes, que eran de unos frailes, y en las cuales había águilas reales, pavos y lagartos. A la salida de la ciudad, las aguas se precipitaban en una presa violenta y peligrosa. Gentes lejanísimas nos miraban desde la barandilla de los puentes y por el río bogaban flotillas de chicos aventureros, piratas fluviales, parejas de enamorados. Pronto aprendí a remar y a chuparme las ampollas de las manos para que se endureciesen y formasen callo. En el invierno, el río se helaba y entonces íbamos Dupont y yo partiendo el hielo con un remo y conduciendo la barca con el otro. El río era traidor y muchos hombres y mujeres se habían ahogado en él. A veces, entre los hielos flotantes, se asomaba al agua revuelta el rostro violáceo y comido de un ahogado, como mirándonos desde un ojo de buey de ultratumba que daba a la vida. Había sobre el hielo del río grandes peleas entre los pastores de la orilla campestre y los golfos de la orilla ciudadana. En ocasiones se rompía el hielo y se ahogaba un chico de la ciudad o del campo. Dupont y yo participábamos en algunas de aquellas peleas, siempre del lado de los chicos de la ciudad, pero preferíamos explorar el río por nuestra cuenta, buscar ahogados debajo de la capa flotante de hielo, y nos alejábamos mucho, con la barca nevada, hasta el rumor peligroso de la presa, hasta el eco grandioso del agua bajo los puentes, y cuando regresábamos, solitarios y anochecidos, la Oliva nos miraba con recriminación, ya creía que os habíais ahogado, condenados, un día me vais a dar un disgusto, qué horas son éstas.

El río suponía una liberación, cansados como estábamos ya de trotar por la ciudad. Dupont me llevó al barrio de las tenerías, donde había grandes pirámides de una tierra ocre y rojiza, y donde olía a vinagre y a animal muerto. Una tarde entramos en un palacio abandonado que había a la orilla del agua, una construcción de ladrillo por cuyas ventanas bajas entraba el agua, como en los palacios de Venecia.

El caserón estaba abandonado, sin techo, y las estancias, pequeñas y enlabyrinthadas, parecían prolongarse hasta el cielo nublado de allá arriba, hasta las estrellas primeras del anochecer. Encontramos algunos muebles, mesas de trabajo, estancias que debían de haber sido los talleres de la servidumbre, y Dupont llevaba en la mano una navajilla, como defensa, y yo otra. Encendimos cerillas para avanzar por aquellas estancias donde crecían los cardos, y en una de las últimas encontramos a un hombre muerto o dormido, una especie de mendigo con sombrero y gruesos guantes, que tenía calcetines de papel de periódico.

Volvimos otras veces, y el tipo había cambiado de postura, pero nunca supimos si dormía en posiciones distintas o alguien —algún otro mendigo— le daba la vuelta para registrarle y robarle. Como olía muy mal en todas las estancias, no advertíamos el posible mal olor, la posible corrupción de aquel hombre. Viejos judaicos y muchachas enlutadas trabajaban en las tenerías. Los enamorados fornicaban en el fondo de las barcas atracadas a la orilla. Había un horizonte de frailes y cabras en las islas lejanas. Dupont era un apasionado del río, conocía todos sus rincones y me llevaba a explorarlos. En los días de fiesta, el río estaba poblado de familias y barcas. Pero durante el resto de la semana era nuestro reino.

En primavera se hacía mareante el perfume de las flores y los pájaros volaban rasando el agua con un ala. Dupont remaba en silencio, y luego remaba yo. Los otros chicos respetaban a Dupont, conocían en él a un experto del río. Dupont era un chico muy tímido y pienso que en el río había encontrado su salvación, su aislamiento, su soledad. Hablábamos poco en la barca. En los calveros soleados había algunos atletas dando pingaletas y haciendo la gimnasia sueca.

Algunas tardes de la primavera, cuando Dupont no podía acudir al río porque tenía que ayudar a su abuelo a encender la cocina o hacerle los recados a su madre, iba yo solo al embarcadero y la Oliva me daba una barca. En mitad de la corriente, con los remos en el agua y las manos colgantes, miraba yo los altos crepúsculos, las fábricas de la ciudad, las iglesias, las torres, escuchaba el campaneo de los novenarios y veía como el revés de mi mundo y de mi vida, estaba ya asomado a todo aquello, tan sabido y tan triste, como desde un cielo fluvial y refrescante. Volvía a tener, como a veces en el mirador de mamá, el sentimiento profundo, desalentado y ahogante de mi propia existencia.

Cerca de las tenerías había una zona campamental de chabolas y hogueras donde unas gentes oscuras habían montado su vida, al margen de la ciudad. A veces nos acercábamos hasta allí, con la barca, y miraba yo, en el anochecer, a la luz de las hogueras que encendían aquellos mendigos, su pobreza ruidosa, su triste alegría, un paralítico en bicicleta, unos niños renegridos con ojos africanos.

Allí iban a parar los parias, los marginados de la ciudad, y eran como una tribu salvaje, pero había en su miseria una lamentable imitación de la vida civilizada, mujeres que ponían algo en el fuego, hombres que trabajaban en un recipiente de lata desvencijado, viejos y viejas buscando cosas entre los escombros de las tenerías, niños aprendiendo a lavarse por sí mismos en la orilla cenagosa del agua.

Desde el río, desde la barca, a pocos metros de distancia, contemplábamos aquello en silencio, con las llamas de la fogata en los ojos. Dupont, que estaba inmóvil con los remos en las manos, no decía nada. Yo pensaba que mamá nunca me había hablado de aquello, ni nadie. Tampoco en el colegio. Ni don Luis en la iglesia.

Los predicadores sagrados a quienes yo había llevado de la sacristía al púlpito, pasando por el altar mayor, como un ángel anunciador con las botas rotas, tampoco hablaban de eso en sus sermones. Aquellas gentes pugnaban por constituirse en humanidad dentro de su miseria. Aunque la suciedad borraba los perfiles, era posible diferenciar del caos, los gritos, la ropa revuelta y la ceniza un amago de vida burguesa, por decirlo así. Sabíamos que de vez en cuando bajaban hasta allí los bomberos o los guardias para llevarse a alguno de aquellos hombres detenido, y entonces gimoteaban las mujeres, clamaban las niñas y rezaban las viejas.

¿Por qué la ciudad, en lugar de enviar guardias y bomberos, no enviaba allí dinero, maestros, enfermeras, médicos? Nadie me había hablado nunca de esto. Recordaba yo a los húngaros y gitanos del tejado de doña Alfonso, la millonaria. Una vez habían querido bajar a la calle, con sus osos y sus cabras, y los bomberos les habían acribillado con las mangueras. Fue una noche triste en que María Eugenia y María Luisa anduvieron semidesnudas repartiendo tisanas. Cierta tarde, estando Dupont y yo en nuestra barca, mirando para el campamento de los gitanos, o lo que quiera que fuesen (el humo de la hoguera los renegría a todos por igual) vimos bajar por la cuesta de las tenerías un tropel confuso de mujeres, niños, hombres, animales y muebles míseros.

Cuando estuvieron en torno de las hogueras, gritando y llorando, pegando a los chicos, atando a las cabras y los osos, reconocí en ellos a los gitanos del tejado de doña Alfonso, a la tribu que vivía en las alturas. A la muerte de don Eustaquio, que había coincidido más o menos con la ceguera de doña Alfonso, el barrio había empezado a inquietarse con la presencia de aquella tribu, que amenazaba con bajar a la calle y

entrar en la tienda de comestibles, pues llevaban meses en el tejado sin que nadie les subiera un pedazo de pan o un poco de vino.

Me habría alegrado que esto ocurriese, sin saber por qué, si bien yo pensaba que era por el chico de los ultramarinos, que en un tiempo me había robado a Teresita, y al que ya me imaginaba estrangulado por los gitanos sobre un montón de patatas. Efectivamente, la tribu del tejado había bajado a la calle, pero los bomberos y los guardias les habían perseguido hasta allí, hasta las tenerías, con sus mangas de riego, con sus porras y sables, y ahora estaban ante mis ojos, secándose la mojadura junto al fuego, saltando por encima de las llamas para que el calor evaporase en seguida la humedad de sus harapos.

Confraternizaban los recién llegados con los dueños del campamento, los hombres se pasaban un tabaco oscuro, de hojas y colillas, y las mujeres, con un pecho fuera, se daban a los niños unas a otras para que mamasen.

Pasó mucho tiempo, quizás, y volvimos al embarcadero. Le dijimos a la Oliva que habíamos estado viendo a la tribu y nos dijo que eran unos holgazanes y unos golfos y que nos iban a pegar los piojos. Pero yo me fui a casa pensando en aquello, estuve toda la noche, en mi cama grande y fría, pensando en lo que había visto, y no le hablé a mamá de ello, pero quería volver algún otro día, quizás a la tarde siguiente.

Por el barrio se hablaba del caso y el periódico dijo algo de los perturbadores del orden. Mas yo no había visto nunca una convivencia humana, una camaradería como aquella. Me parecía algo leído en un libro de Dickens o de Julio Verne, de los que yo había hojeado en la Biblioteca Pública, cuando ya no teníamos nada más que leer sobre Napoleón Bonaparte.

Dupont me dijo que sí, que eran gente curiosa, pero que debíamos ir siempre armados, porque a lo mejor nos raptaban y teníamos que convivir con ellos para siempre, como esos blancos que caían en poder de una tribu africana y acababan volviéndose salvajes e incluso reinando en los negros.

Dupont, sin duda, había leído muchas novelas de Emilio Salgari en la Biblioteca Pública y en la alcoba de su abuelo, el soldado de Napoleón. Yo no sabía por qué, pero quería volver a ver a aquella gente. Su perfil negro, su hedor, su pobreza recamada por las llamas, eran un revés de la vida que yo nunca había mirado tan de cerca. Soñaba por la noche con osos, hogueras y nuestra barca perdida en medio del mar. En la ciudad empezaba a hablarse con inquietud de aquellos campamentos de marginados. Era el otoño y una neblina amarillenta se levantaba del río. Dupont y yo avanzábamos en nuestra barca lentamente, perdidos en un paisaje de masas grises, falsas arboledas de niebla, cielos caídos y viajeros. Las hogueras del campamento nos guiaron hacia donde estaban los gitanos, los húngaros, los mendigos.

Se movían las figuras en la niebla, ardían fogatas heladas, venía un cántico que era como un gregoriano canalla y los niños chillaban de frío. Nuestra barca estaba parada en mitad de la corriente. El campamento cobró de pronto una movilidad alarmante, las llamas eran más vivas y las mujeres corrían de un lado a otro. Dupont, instintivamente, empuñó los remos y alejó la barca hacia la orilla opuesta.

Por la cuesta de las tenerías bajaban caballos, guardias, bomberos, una catarata de cascos, hachas, sables y fuego. El campamento gemía y cantaba bajo aquella arremetida. La niebla le daba a toda la escena una lentitud infinita, una lejanía sorda, y en el resplandor de las llamas había caballos de largo cuello blanco, clamantes, mujeres de torso desnudo, con las manos al cielo, hombres de casco y mostacho que empuñaban antorchas, niños que sobrevolaban las cabezas con un aleteo fallido, trágico, hasta caer en el fuego.

El campamento se defendía de los atacantes. Masas de sangre iban alumbrando en la niebla y gritos de mujer caían al río como espadas encendidas. Una ferocidad populosa cercaba a la tribu en la orilla del agua y algunos bultos desesperados se arrojaban a la

corriente. Los sables tenían en el aire un vuelo repentino y cruel.

La niebla pasaba sobre la escena como un olvido y luego parecía comenzar otro capítulo de la historia, proseguía la lucha vista a otra luz, guardias, bomberos, caballos, hombres armados, antorchas, hendiendo el pecho de lona del campamento. Gitanos de grandes bigotes, gigantes astrosos, mujeres de voz hiriente, niños con grandes tenedores en la mano, y una violencia triste, un sufrimiento amarillo e infinito que parecía inmovilizar el suceso.

Dupont y yo, con la barca atracada en la orilla lejana, mirábamos la masacre con ojos de hielo. De vez en cuando se movían nuevas embestidas por la cuesta de las tenerías. La sombra arrojaba escotillones de acero y relincho. Las hogueras se dispersaban con estallido de chispas y violencia de guerra. Había muertos de oro, ahogados con un gran palo en la mano, escobas encendidas, y las siluetas de los animales, osos, cabras, mulas, perros y gatos, apuntaban su infernalidad al contacto del fuego, con esa misteriosa facultad de la llama para revelar el fondo de satanismo que arde en todas las bestias. Caían mujeres heridas, bomberos derrumbados como símbolos, y el griterío era como una inmensa e hiriente cristalería que iba desgarrando el vientre valeroso de los caballos.

Nuevos bultos chocaban contra el agua, sordamente, sombras se salvaban por la arboleda de más allá, saliendo del agua y corriendo la ribera. En las islas de los frailes empezaron a volar las águilas y llamar las cabras. La noche se había hecho muy profunda y la niebla tenía dentro de sí una luz grande y enferma que lo iluminaba todo. Las antorchas corrían de un lado a otro y eran cabelleras de mujeres de fuego, las navajas de pan y sangre recorrían el campamento con una mirada que era como un filo. Olía a muerte.

Yo no estaba mirando, ya, lo que allí ocurría, sino recordando lo que acababa de ver, y de repente comprendí que la tragedia iba decreciendo, el fuego y los gritos eran más espaciados, los disparos no encontraban eco y las llamas perdían altura. Una gruesa serpiente de sombra se alejaba cuesta arriba, hacia las tenerías. Pero tardó mucho tiempo en llegar el silencio. Bultos irreales nadaban por la orilla, los mulos bebían sangre al borde del agua y las mujeres sacaban y metían en la corriente niños desnudos y perros muertos.

De entre los caídos salían maldiciones, amenazas, lamentos, todo el campamento era un quejido tenue y dulce, y las llamas seguían perdiendo altura en tanto que unos hombres trataban de poner en pie una chabola. Las fuerzas del orden se llevaban detenidos forcejeantes y las viejas estaban al pie de la cuesta, plañideras.

Los perros fueron los últimos en callar. Su aullido tenía toda la tristeza inexplicable e innecesaria del universo. Dupont remó lentamente para volver al embarcadero, y pudimos ver un momento, al pasar, un poco más de cerca, el revés de la niebla, el dolor de los muertos, la soledad infinita del campamento, una gitana con muslos de sangre y una cabra cojeante. Dupont estaba cansado. Me senté a su lado y empuñé uno de los remos. Remamos hasta el embarcadero.

En el embarcadero ya no había nadie. Un farol se ahogaba en la niebla, colgado de la caseta de la Oliva. Quizá la Oliva dormía dentro. Amarramos la barca al palitroque y caminamos por la orilla del río, despacio, sin acabar de alejarnos hacia la ciudad. Todavía me parecía escuchar, lejanísimos, los gemidos de los vagabundos, de los mendigos y sus mujeres.

Quizá la canción de un hombre borracho de sangre. En el café de Chinitas dijo Paquiro a su hermano. Ladraba un último perro en el campamento y sonó un disparo en la niebla, lejano y evidente, inexplicable. La hora temblaba como un cuerpo aterido entre el río, la niebla, el frío y el silencio.

DESPUÉS DE LA TRAGEDIA DEL RÍO, mamá me prohibió volver a tomar una barca, e incluso me distanció de la amistad con Dupont, matriculándome en la Academia de Artistas. La Academia de Artistas era un caserón grande, húmedo y desgranado, en una calle en cuesta.

La Academia de Artistas tenía un portalón hondo y mojado, unos patios oscuros y dulces, con muchas ratas y muchos gatos que no se hacían la guerra, sino que habían llegado a la amistad, el cansancio y la confraternidad. El gato estaba ya harto de carne de rata, de modo que había cesado entre ellos la guerra de las especies, la lucha por la supervivencia, con lo que ratas y gatos engordaban pacíficamente, tristemente, y eran ya una civilización en decadencia.

Don Gil nos explicaba la clase de historia y acudía muchas veces a este cercano simbolismo de los ratones y los gatos para hacernos ver que toda nación y toda raza necesita de la guerra, de la expansión, de la sangre, para mantenerse fuerte y vital. Y luego ponía otro ejemplo que no era suyo, pero que usaba como suyo. «Las grandes naciones son naciones guerreras. Suiza, en cientos de años de paz, sólo ha dado el reloj de cuco.» Yo, que había visto la guerra en las orillas del río, entre la tribu y los bomberos, sentía que el concepto de la Historia de don Gil era un tanto sanguinario. Empezaba a no entender nada del mundo.

El portalón de la Academia de Artistas estaba escrito en las paredes e ilustrado con Venus de Milo, grandes falos de cal, señoritas con medias negras y una Victoria de Samotracia a la que le habían puesto la cabeza de Cristeta, la alumna madura, fondona y fornicatriz de la Academia. Por unas grandes escaleras tambaleantes se subía a las aulas de dibujo, de religión, de modelado, de gramática, de artes y oficios. Todo el caserón olía a rata gorda, a lavadero, a humedad y a tiza. Don Gil era un señor alto, elegantón, muy conocido en la ciudad, artista de artes varias, con un poco de melena, nariz larga y voz triste. Don Gil nos explicaba Historia, Modelado, Vaciado, Ritmo y otras varias ciencias renacentistas.

Don Gil era un Leonardo con abrigo de cheviot que sabía mucho de todo. En él descubrí al artista, el tipo que me hubiera gustado ser. Mis modelos humanos ya no eran Gonzalo Gonzalo, con su fuerza bruta, ni Napoleón Bonaparte, pese a los lazos familiares que le unían con mi querido Dupont, ni tampoco Alejandrito, el niño teósofo, que vivía entre el brasero y las faldas de su madre.

Uno va superando modelos vitales, patrones humanos, en la vida, pero como no se puede vivir sin remitirse a alguien, yo me inventaba arquetipos provisionales, y así le llegó su época a don Gil, que no dejaba de resultarme un poco pasado y pedante, pero en quien admiraba la melenita, única en la ciudad, el dibujo a carboncillo y las aventuras sentimentales que se le atribuían.

Leí un día en la Academia de Artistas que el hombre es «animal adorador», que el hombre necesita adorar, entronizar a otro hombre, y bastante tiempo más tarde leería que el hombre siempre es hechicero para otro hombre. Estos pensamientos venían a ratificarme en mi necesidad de encontrar un modelo humano. Don Gil sirvió solamente durante una temporada.

Don Gil tenía amores con Cristeta, la musa madura de las paredes de la Academia.

El alumnado de aquella Academia lo componían chicas desocupadas, aprendices de taller, malos estudiantes que no habían podido hacer el bachillerato, artistas en germen, señoritas que tocaban el piano y pintaban a la aguada, un cojo de gran cabellera y alguna bailarina.

Por las grandes aulas entarimadas y crujientes de la Academia se dibujaban señoritas desnudas, se bailaba ballet, se ensayaba la Polonesa de Chopin y las Czardas de Monti, se desafinaban pianos, se explicaba teología y se tocaba los muslos a las alumnas al subir y bajar la escalera. Cuando una pareja quería llegar a mayores intimidades, se iban a los patios llenos de ratas y gatos gordos y pacíficos.

Allí, en las carboneras, los chicos y las chicas conocían un amor tizado, frío e invernal. En el centro de la aula de Dibujo Artístico había una gran estufa, que me recordaba la del colegio, donde nos reuníamos todos a escuchar a don Gil. Había bailarinas con su malla, escultores con las manos untadas de barro, curas con la sotana verdeante, niñas montaraces, señoritas con grandes sombreros de naftalina y jóvenes obreros con el mono azul o el mandil oloroso a virutas, a yeso y a cola. Empecé a tener conciencia de que aquello era una verdadera reunión de artistas, de gente diferente, y empecé a creer que aquella era mi gente, que lo sería ya toda la vida. Don Gil hablaba de la homosexualidad de Leonardo, de la atmósfera de Velázquez, de los metros sáficos, de la Eva de Berruguete, de la guerra, de la técnica del carboncillo y de los pintores locales del siglo pasado, tan olvidados.

Don Serafín, mi profesor de dibujo, era un señor bajito, con el pelo gris y crespo, siempre la bufanda al cuello, una larga bufanda de lanilla que le colgaba por la espalda, tristemente. Don Serafín dibujaba con mano maestra y tenía grandes zapatos, caminaba por las calles hablando solo, bebía vino y decía el nombre de su esposa, que le había abandonado. Se acercaba a mi caballete y me hablaba con voz delgada, muy bien ese ojito, muy bien ese ojito, tomándome luego el carboncillo para corregir un rasgo, sombrear la nariz o las ojeras de la dama.

En la clase de dibujo había largas filas de pupitres, caballetes, banquetas, y un rumor de conversaciones, un hervor de agua en la estufa; olía al frío de la calle y a los perfumes de las señoritas maduras que venían a clase a aprender dibujo como antes habían aprendido bordado y antes piano o repostería o corte y confección.

La señorita de la lámina, la señorita que yo dibujaba, tenía el pelo partido en dos, lustroso, con una raya en medio que era como un claro y delgado camino matinal en el bosque. A esta sensación de bosque contribuían las florecillas que el autor de la lámina le había puesto en el pelo, cerca de las orejas, que eran a su vez rizadas y morbosuelas como florecillas o pastelillos. La joven tenía una frente pura, clara, limpia, que había que conseguir, sencillamente, dejando esa parte del papel en blanco para que la textura de la lámina y la luz del foco brillasen en ella. El blancor de la frente, la pureza de la damisela, la limpidez de sus pensamientos, dependían del sombreado de las sienes y los hilos sutiles de cabello que se le rizaban apenas sobre éstas. Para estos matices nada como la mano sensible de don Serafín, que se acercaba a mí con su olor a vino y su tristeza, delicadamente, y me ayudaba a sombrear el dibujo.

Los ojos de la señorita eran grandes, oscuros, muy abiertos, y tenían algo de lago francés con juncos en la orilla, que eran las pestañas. Todo el secreto de la expresión de los ojos estaba en que miraban hacia un lado. Aprendí entonces el truco de todos los grandes pintores, que cuando quieren dar expresión a una mirada, la tuercen hasta el límite. Pintar unos ojos en el centro, mirando de frente, es mucho más comprometido. Aquella señorita de la lámina me contemplaba con el rabillo, desde su tarde decimonónica y primaveral, amarillenta y florecida, y su mirada me llegaba como una amistad lejana y boba hasta el aula de dibujo, la sordidez de la Academia, el frío del invierno, la mancha del carboncillo y el olor triste de mi vida.

Horas largas, quietas, frente a aquella lámina, modelando los pómulos de la señorita, su barbilla en pico, con un hoyuelo, el rizado de los labios. Eran unos labios breves, sinuosos, con mucho recorrido de curvas y una muequecita de beso, de corazón ofrecido, de fresón.

Para gozar y aprender la filigrana de un rostro femenino, nada como dibujarlo pacientemente. No importa que el dibujo sea malo. El aprendiz de artista, o ni siquiera eso, el aprendiz de hombre, el que sólo quiere aprender a mirar, a ver, debe recorrer lentamente, con el carboncillo, la curva imperceptible de la nariz, que quiere ser griega, pero se desvía, traviesa, respingona, olvidada de su propósito helenizante, vencida la norma por la naturaleza, la proporción por el carácter (aunque tampoco demasiado:

eran tiempos de indecisión entre perfección y carácter, aquéllos del fin de siglo en que se confeccionaron las láminas en París, con letras en francés que se escribían sobre el escote puro de la niña).

Qué sutiles contingentes de sombra en la curva de una mejilla. Qué depresión imperceptible entre el labio y la nariz, en el hoyuelo de la barbilla, qué grises hechos de rosa, qué rosa insinuado, puesto sólo por la mirada, en el blanco de la piel, en el papel de la lámina, en la carne de la mujer. Los ojos deben mirar hacia la izquierda, y de la izquierda debe venir la luz para que los ojos queden más iluminados y, a su vez, la nariz proyecte leve sombra sobre la mejilla, se dibuje ella sola, y el piquito del labio superior sombrea la mitad derecha del labio, asimismo, y la mejilla derecha, todo ese lado de la cara queda envuelto en una penumbra levísima, en un gris que transparenta lo blanco, blanco que a su vez sugiere el rosa. También el cuello de la niña, en ese lado derecho, se ensombrece tenuemente, y esto le da carnación, volumen, redondez, de modo que el otro lado, el que sale a la luz, siendo sólo un espacio plano de papel de dibujar, emerge como un cilindro grato, claro, abultado, como el costado circular de un cilindro suavísimo. Luego, la depresión deliciosa debajo de la tráquea (inexistente) y, por doquier, florecillas, rizos, brillos, sombras, difuminados, letras góticas diminutas, palabras francesas (una calle de París, una dirección, unos talleres con cristalerías sombrías, una industria gráfica en el corazón humeante de la ciudad, quién sabe).

Horas largas, tardes, días de invierno ante la lámina de la señorita primaveral y florecida, en el calor precario de la Academia de Artistas, con paciencia y aprendizaje que no eran sino un miedo, un refugio, una huida de la vida, de la calle, del futuro, del propio destino no sabido. Prolongar hasta el infinito aquella reproducción, aquel trabajo minucioso y vano, hacer que durase toda la vida, salvarse puerilmente allí, mientras don Serafín llegaba, de año en año, a tomarme el difumino de la mano y corregir una línea, un sombreado, un negro. Detenida la vida, temblorosa, cobarde, ilusionada, en la lámina fin de siglo.

Toda aquella gallofa bohemia de la Academia de Artistas se reunía los domingos en el Senado del Arte con otros inspirados de la ciudad. El Senado del Arte era la casa de un poeta local del siglo XIX, un romántico desmelenado del que había retratos por las paredes.

La casa del poeta romántico estaba al norte de la ciudad, entre museos, conventos, arcedianías, casas de lenocinio, monumentos nacionales y piedras históricas, en una calle estrecha y desviada, fría, inverniza. Los balcones del Senado del Arte daban sobre un panorama de huertos y claustros frailunos. Híspidas higueras se movían con desolación en el viento gris del domingo. La casa-museo del poeta romántico estaba llena de escribanías, cofrecitos, burós, divanes, consolas, tresillos y filigranas de la época, todo en un rojo apagado, todo carcomido, deslucido, cojeante y mojado. Por allí se movía una turba de poetas agitanados, recitadores de un andalucismo apócrifo, señoritas del arte, pintores y ebanistas que modelaban (lo que fuera cuarto de aseo del poeta se había convertido en aula de modelado) cabezas de barro con sierpes y mujeres desnudas en la cabellera.

El joven poeta local, el valor nuevo, la revelación, el novel, la promesa, tenía el pelo fosco y los ojos guiñados. Llevaba chalina y hablaba con los dientes apretados. Había una señorita loqueante, Magdalena, que tenía el pelo pálido y estoposo, los ojos claros, lavados, el cuerpo seco y la ropa de alcanfor. Magdalena nos saludaba a todos varias veces en cada sesión, hacía reverencias al llegar y al irse, se estaba en un rincón con una sombrilla abierta, escuchando a Chopin, y hablaba como recitando. Era todo muy hermoso y yo pensé por algún tiempo que aquello era el arte, la vida, la libertad, la bohemia.

Carpinteros, cajistas de imprenta, ferroviarios-poetas acudían a aquel Senado del Arte y confraternizaban con los señoritos de las bellas letras, y me sorprendió encontrar que

había un mundo donde el pueblo y los de arriba no se entendían mediante la dialéctica sangrienta de los bomberos, como a la orilla del río. Pero era una confraternización de domingo. A última hora, cuando los obreros-artistas se iban a sus casas, porque al día siguiente tenían que madrugar para estar temprano en el taller, los otros se quedaban, nos quedábamos en tertulia, y allí oía yo, y veía, las más finas burlas sobre aquellos «pobres hombres». Ya se fraguaba una escisión, un cisma, y los señoritos querían alzarse con una minoría exquisita, desgajada de los carpinteros seguidores de Gabriel y Galán.

El Senado del Arte, pues, era la lucha de clases, como la orilla del río, como el campamento de las cabras, pero llevada de otra forma, con intrigas, versos e ironías. Algo igualmente nauseabundo.

El joven poeta del pelo fosco se ponía en pie entre el grupo de los exquisitos, ya entrada la noche, cuando se habían ido los obreros, y decía sus últimos versos alejandrinos. El joven y fosco poeta, que recitaba con los dientes apretados, iba a ser sin duda una gloria en el mundo alejandrino. El Ayuntamiento había habilitado la casa-museo del ilustre poeta romántico como Senado del Arte, y, con democrática medida, había invitado a confraternizar allí a los intelectuales y al pueblo, «como en los revueltos tiempos republicanos», criticaba la prensa bien pensante de la ciudad.

Así las cosas, la loqueante Magdalena, que no tenía mucha conciencia de las luchas interiores del Senado del Arte, de la guerra intestina en que se estaba descomponiendo todo aquello, llamaba «buen hombre» al carpintero-poeta, y luego se sentaba al piano a tocar a Chopin, o más bien a «tocar Chopin», sin preposición, que era como lo decía el joven poeta, la promesa, lector de vates hispanoamericanos, que hablaba ya en ultramarino: «Por favor, Magdalena, toca Chopin.» «Por favor, Magdalena, léeme Bécquer.»

Y Magdalena le recitaba Chopin y le leía Bécquer. Estábamos en pleno neorromanticismo. Era un romanticismo de domingo, y el lunes había que volver al trabajo, a la oficina, a la clase, al taller, hasta la hora atardecida de la Academia de Artistas, donde don Gil volvería a hablarnos de los griegos y de Heráclito el Oscuro, porque don Gil era un clásico y un renacentista mucho más que un romántico.

«Yo no voy, o voy lo menos posible por el Senado del Arte, que es un nido de jovenzuelos románticoides», decía. Era el mundo de la cultura. O más bien de la Cultura. El bailar agitanado se ponía en pie, entre braseros dorados, en el Senado del Arte, a última hora de la tarde, y nos bailaba un poco de flamenco. El recitador iba de negro y de corto, y contra las penumbras entelarañadas y enteleridas de la media tarde decía sus versos de amor.

Luego, los jóvenes poetas empezaban a acosar a las maduras señoritas de pamelas de naftalina para llevárselas a beber vino por los barrios traseros a la Catedral, y Magdalena se quedaba sola, sin entender nada, tocando Chopin en el viejo piano del poeta romántico.

Yo también me quedaba solo e, inevitablemente, tenía que acompañar a casa a Magdalena, que iba por la calle diciéndome versos entre la niebla, hablando siempre con la voz trémula de Berta Singerman, llamando la atención de los escasos transeúntes. Era la musa tonta de un domingo literario.

DE AQUELLA BOHEMIA ROMÁNTICA de la Academia de Artistas y el Senado del Arte me quedó algo así como una tuberculosis sentimental, y mamá me llevó al doctor, que era un viejo médico de la familia, el mismo que me había curado las anginas de la niñez, y el médico, después de ponerse su escafandra de radiólogo y navegar como un buzo por los mares interiores de mi esqueleto revelado en la pantalla, como un paisaje submarino, dijo, quitándose los guantes de goma y sacudiendo la cabeza como el que sale del agua, que yo tenía alguna cosita.

Un muchacho de pantalón largo que anda por la calle, que saca sobresaliente en dibujo y acude los domingos al Senado del Arte con Magdalena y otras gentes, puede llevar dentro de sí, sin saberlo, una jaqueca migrañosa, una neuralgia, una miopía, un astigmatismo, una algia, una artrosis cervical, una inflamación ganglionar, una infiltración hiliar, una descalcificación, varias taquicardias y arritmias, una dermatitis seborreica, algunas irregularidades laberínticas, una deformidad aórtica y un principio de neurosis, a más de irritaciones balanoprepuciales, sabañones, sinusitis, amigdalitis, interrupción del tracto respiratorio y riego deficiente.

Mamá me metió en la cama grande y fría y empezó a desarrollar una actividad de madre como no había tenido nunca, pues mi repentina febrícula la curaba de todos sus males de tantos años. Se levantó de su lecho de enferma solamente por atenderme a mí, por ir a ver a los médicos, pero una vez en pie, la inercia la llevaba a reanudar su vida normal, tanto tiempo interrumpida y limitada a releer a san Agustín. Yo estaba en la cama leyendo, pensando, mirando el techo húmedo, de un azul oscuro, donde las goteras iban dibujando un atlas mucho más sugestivo que el del colegio.

Y me entretenía en pensar cómo habría sido la Historia Universal si nuestro planeta, en lugar de presentar la faz que presenta, hubiera ofrecido la faz polinésica del atlas del techo, con muchas islas, continentes monstruosos, que en realidad eran uno solo, y otro mucho más pequeño, una isla grande, en forma de seno de mujer.

Mamá salía mucho, ahora, y en el silencio de la gran casa vacía me iba viniendo de nuevo toda mi vida, las habitaciones y las capillas, los muertos comunicándose por el pasillo, los espejos negros, la cerámica, las consolas, la pobreza y la riqueza, los abuelos, las tías, los entierros, los patios, una inmensidad hueca y polvorienta en cuyo seno volvía a sentirme preso, angustiado, quieto.

Leía libros, me sentaba en la cama, o salía por los pasillos a mirarme en los espejos, me veía ojeras de tísico, me llenaba de miedo y volvía a la cama. Estaba muy quieto boca arriba, vigilando mi propia respiración, el rumor del pecho, la longitud del pelo, el calor de la frente, el velo de los ojos, el aire frío en la nariz, un hervor en la garganta, el cuello tirante, la extensión del pecho, el calor de las manos, la tristeza del sexo, el frío de los pies.

Ser enfermo es ser consciente de cada uno de los cabellos que crecen en la cabeza, del crecimiento de las uñas de los pies, del trabajo submarino de los pulmones, la rueda de ácidos que gira en el hígado, la pesantez de los riñones y el desperezamiento lentísimo del intestino. El propio cuerpo sólo se descubre en el amor o en la enfermedad.

Yo no había amado despacio, con sosiego, con sabiduría (como pensaba hacerlo algún día con las mujeres de la calle de las Mártires, con las meretrices) y estaba descubriendo mi cuerpo, penosamente, voluptuosamente, en la enfermedad, en la quietud.

Me sentía por dentro lleno de los sabores antiguos de las medicinas, el sabor soso del calcio, el sabor variado de las comidas, de las que ahora era consciente como nunca, y, sobre todo, el sabor del propio cuerpo, de la propia vida, ese gusto de saliva y corazón que de pronto se enlaguna en la garganta. Aquél era yo.

Pensaba en mi vida hasta entonces, en el colegio, el amor de Teresita, la calle, las pedreas, el Parque Grande, Alejandrino, Dupont, el río, la tribu, la Academia de Artistas,

el abuelo, las excursiones de los lejanos domingos de la infancia. Basta con quedarse parado en cualquier parte, tendido en una cama, solitario en una calle, para que nuestra propia vida se nos eche encima. Somos sólo una maquina de tren que arrastra animosamente vagones y vagones, un mercancías pesadísimo y olvidado, de modo que basta con que la máquina se detenga un momento a respirar y cobrar fuerzas para que el tren entero se nos venga encima, y entonces comprendemos que nos empuja él a nosotros, que no le arrastramos nosotros a él. La descompensación de la vida es un error ferroviario que nos hace correr con una máquina no proporcionada al interminable tren de vagones, días, años, cosas, que arrastramos.

Somos poca máquina para tanto tren, o mucho tren para tan poca máquina, y esto lo comprendía yo por primera vez, con una tristeza de estación vacía, en mi cuarto de dormir, en mi cama de toda la vida, con la que nunca había llegado a intimar, a identificarme.

Me asomaba al balcón y veía a mis pies la calle, como un río de soledad, las aguas del tiempo pasando allá abajo, y un cadete rubio que iba y venía por la acera, que esperaba a Teresita.

Teresita salía de su casa, con zapatos altos y velo de ir a misa, el cadete la recibía con cierta prosopopeya y se iban juntos a la iglesia y a pasear. Teresita era ya para mí como una desconocida. Doña Alfonso la millonaria cruzaba la calle, guiada por un criado o una de sus hijas, ciega completamente, hacia la iglesia, y de la ebanistería, de la carbonería, del taller de las modistas llegaban los rumores laborales de toda la vida. En algún sitio sonaba un piano; ya no había chicos jugando en la calle.

Mamá andaba por el fondo de la casa, revolviendo viejas fotografías, recuperando su pasado, su juventud, y arrastraba largas batas por los salones. Yo, en el otro extremo de la casa, en mi habitación, me sentaba ante la consola y el espejo para escribir un poco, como de niño, para verme escritor en aquella consola.

Entre mamá y yo, toda la soledad de la casa, todo el hueco de la vida, la ausencia de tantos, la presencia polvorienta de cada uno de los días allí vividos, momificados en la tapicería de las butacas, la moldura de los marcos, el brillo de las tazas, el olor de las flores, el color de las cortinas, el silencio de las vasijas y los vidrios del mirador. Algún atardecer, yo iba a su habitación o ella venía a la mía, yo le leía poemas o ella me contaba historias, y el resol y el contraluz me la hacían extraña, distinta, irreal, la volvían un poco rubia y desconocida; hablábamos todo lo que no habíamos hablado en años y ella debía descubrir en mí al hombre que ya era, en tanto que yo descubría en ella a la mujer, a una mujer que, además y como por casualidad, era mi madre.

Los dos estábamos enfermos, pero esta unanimidad nos daba fuerzas, nos tenía más animados que si el enfermo hubiera sido uno solo, de modo que nos movíamos por la casa, cambiábamos los muebles de sitio, clavábamos cuadros en la pared, revolvíamos viejos libros y nos reíamos juntos.

Un día se presentó a verme, inesperadamente, Alejandrino. Al principio estuvimos un poco violentos. Mamá me dejaba solo con él recomendándome que no hablase mucho. Alejandrino volvió algunas otras tardes y era ya el niño teósofo, el niño hablador y sabio de siempre, de modo que hablaba y hablaba, y yo apenas tenía que contestarle. Me había sorprendido y me había gustado que Alejandrino se acordase de mí.

Dupont, que era ya mucho más amigo mío (hasta la noche del río y la masacre) no apareció nunca por casa, y las gentes de la Academia de Artistas ni siquiera me tenían en cuenta. Pero a mamá le gustó que aquel niño, en quien siempre había visto un amigo instructivo y sensato, se ocupase de ir a verme. Alejandrino parecía al mismo tiempo más viejo y más joven que yo. Su sabiduría le había madurado artificialmente, pero los cuidados de su madre le tenían muy añorado.

Alejandrino volvió a contarme todas las cosas que ya me había contado en otro tiempo, todas sus sabidurías, la conducta del humanoide que sólo comía hierba y era pacífico,

los prodigios de la televisión, que funcionaba ya en los Estados Unidos, el peligro de la guerra y la invención de la guitarra. Alejandrito, sin duda, tenía nostalgia de nuestra amistad. La vida me había separado de él, mi vocación por la calle y por la acción me alejaba mucho de su pequeño mundo, pero ahora que yo estaba inmovilizado en casa, en el lecho, Alejandrito aprovechaba para reanudar nuestra relación.

Pasaban los meses en la casa solitaria. Sólo las visitas de Alejandrito, de tarde en tarde, nos interrumpían a mamá y a mí en nuestro mundo de recuerdos, cuando ella me contaba cosas de papá o del abuelo.

Yo seguía teniendo un poco de fiebre, pero me encontraba mucho más fuerte que el día en que fuimos al médico, y después de alguna otra visita a aquel doctor y a otros, decidí echarme a la calle. El instinto me decía que podía vivir. Primero salía con mamá, en lentos paseos, y luego yo solo, dejándola otra vez en casa, con sus temores, sus cuadernos de la fiebre y sus libros.

Venían las viejas amigas y las viejas sirvientas a estar con ella y atenderla. En seguida sentí una nostalgia aguda e irreparable de aquellos meses que habíamos pasado juntos y solos, porque sabía que eso no iba a repetirse nunca más en nuestra vida.

Pero estaba de nuevo en la calle, y la calle fue ante todo el reencuentro de los olores, la inmersión en un planeta oloroso y mareante. Mi olfato, clausurado durante tanto tiempo en el recinto de los perfumes de la casa, siempre los mismos, pálidos y tan sabidos, recuperaba la pluralidad olfativa del mundo como una orgía.

Los árboles, las muchachas, la mañana, el pan, la multitud, los huertos, los jardines, el puro vacío, todo olía de una manera clara y neta, fuerte y nueva, de modo que pasé muchos días vagando por las calles, oliendo tan sólo, respirando profundamente la fiesta invisible y permanente de los olores. El mundo y la ciudad fueron nuevos para mí. Vivimos en un infierno y un paraíso de olores que la costumbre ha apagado. Yo fui durante algún tiempo el olfato profundo y solitario del universo, el destinatario silencioso del alma de las cosas, que es el olor, y todas las almas venían a mí, densas, y yo vivía en su duración.

Alguna vez, de tarde en tarde, mamá me llevaba al concierto, o la llevaba yo a ella, que esto no se sabía bien. Los conciertos tenían lugar en el teatro más antiguo de la ciudad, el de las lejanas temporadas de ópera, las visitas del rey y los carnavales de antaño.

Yo era ya algo así como el último novio de mamá, y me gustaba serlo. Ella disfrutaba mucho con la música, con aquella música municipal y provinciana, Soutullo y Vert, el prelude de *La verbena de la Paloma*, las Czardas de Monti, *En las estepas del Asia Central*, de Borodín, *El vuelo del moscardón*, de Rimski-Korsakov, *Andalucía*, de Granados, *El sombrero de tres picos*, de Falla, *La boda de Luis Alonso*, la Quinta Sinfonía de Beethoven, *La Gran Polonesa*, de Chopin y cosas así. En el concierto, el jueves por la tarde o el domingo por la mañana, otra vez las gentes de la Academia de Artistas y del Senado del Arte, los intelectuales de la ciudad, la bohemia local, don Gil, que galanteaba a mamá ignorándome completamente, contándole cosas que yo le había oído contar a él muchas veces en las tardes grises de la Academia, don Serafín, paseando solitario por el vestíbulo, en los intermedios, tarareando la música que acababa de oír y hablando solo, el poeta joven, la promesa, la revelación, con su melena fosca, hablando de poesía y música con los dientes apretados, y Magdalena, que saludaba a todo el mundo, hacía reverencias, dejaba sus tules flotantes y su aura de naftalina y alcanfor en el aire áulico.

A mamá le gustaba la música y a mí me daba dolor de muelas. Lo mejor era la entrada y la salida del concierto, los intermedios, las ocasiones de charlar, de ver y de ser visto, de hacer vida social, aquello que nos decía todo el mundo de que hacíamos muy buena pareja.

Yo llevaba mi primer traje de hombre, completo, de un marrón solemne, decidido, y

mamá vestía cosas ligeramente anticuadas, y en esta leve antigüedad estaba toda su elegancia. Debajo de sus galas veía yo a la enferma, sabía que estaba enferma, pero todo el mundo le decía que tenía muy buen aspecto y que lo que debía hacer era salir más.

Por el vestíbulo del teatro, don Gonzalo o algún otro de mis maestros, que ya no me reconocían o fingían no reconocirme. De vez en cuando, María Luisa o María Eugenia, las lejanas amigas de mamá, que se acercaban con gritos y besos, que hablaban mucho con ella, le contaban cosas, nos envolvían en su nube de perfume y apenas se fijaban en mí. Don Gil mosconeaba en torno, le gustaba María Eugenia, le gustaba María Luisa, le gustaba mamá, le gustaban todas, pero ellas decían que era un cursi y se reían mucho, y yo comprendía que don Gil ya no era mi modelo de artista, de hombre, porque las mujeres no le tomaban en serio, y es que se ocupaba mucho de ellas, demasiado, y de las mujeres no hay que ocuparse tanto.

Yo hacía esfuerzos por saludar al poeta joven de la melena, para que mamá advirtiese que ya tenía mis amistades literarias, pero el poeta, la promesa, me miraba sin verme. Magdalena sí me reconocía en seguida, en cambio, y nos saludaba a distancia, con reverencias, y yo confié en que a mamá le intrigase aquella muchacha, aquella posible conquista mía, pero mamá dijo que era una señorita muy rara y que sin duda debía de tener una vida muy desgraciada.

En estas cosas se pasaba el tiempo de los intermedios y teníamos que volver precipitadamente a la butaca, cuando ya los músicos afinaban sus instrumentos en el escenario, con cierta tristeza.

Músicas españolas de otro tiempo, un patriotismo de domingo, grandes músicas solemnes de Wagner y Beethoven, mi lento dolor de muelas, insinuado, vil, las caras conocidas, los perfumes conocidos, algún sombrero de dama, monstruoso, y aquel director de orquesta, melena blanca, cuerpo delgado, que era el genio local, la admiración de las señoras.

Cómo ha dirigido ese movimiento de la Quinta, se da usted cuenta de cómo ha dirigido ese movimiento de la Quinta. Casi nadie se daba cuenta de nada, pero asentían con la cabeza pensando en otra cosa.

Los músicos tenían unos smokings y unos fracs gastados, unas calvas amarillas en la luz pobre del teatro, y había alguna señorita violinista que se ponía en pie para hacer su solo, con un traje largo y brillante, como húmedo, como recién salido del agua, chorreante de luces pobres, ceñido al cuerpo delgado, asexuado, blando. En el concierto estaba la gente bien de la ciudad y estaban los jóvenes artistas y los viejos profesores, toda la bohemia del arte que ya empezaba a serme excesivamente conocida, pero nos embarcábamos en el gran trasatlántico de la música, hacíamos aquella travesía semanal por las aguas tormentosas de Wagner y las estepas del Asia Central.

Era un crucero de placer en el yate fin de siglo de toda aquella música tan sabida, que nos engalanaba y nos transportaba, y los músicos tenían algo de tripulación y el director de orquesta tenía melena de capitán, de lobo marino. Los intermedios eran como esa fiesta de a bordo en el comedor del trasatlántico, y vivíamos la provisionalidad de la música como se vive la provisionalidad del mar y del viaje, una falsa camaradería, una euforia que iba a terminar en seguida, una compenetración intensa, momentánea y pueril, hasta llegar al puerto cercano, al frío de la calle, a los muelles tristes de la ciudad.

Siempre iba alegre al concierto, con mamá, y siempre volvía desolado. Ella se llenaba de la exaltación de la música, que me la alejaba un poco, pero yo, sin exaltación ninguna, sólo veía la melena zascandil y bohemia de don Gil, la bufanda de don Serafín, los tules viudos de Magdalena, el envejecimiento de las amigas de mamá, la decrepitud odiada de mis antiguos maestros, la gloria pequeña del director de orquesta,

la leve cojera de la violinista, una vez en la calle, todo aquel mundo de besalmanos, reverencias, aplausos y apoteosis locales, disipado por el viento a la vuelta de la esquina.

PERO YO VEÍA, tras el brillo de los ojos de mamá, tras los polvos de arroz y los velos, el fuego secreto de la enfermedad, y por entonces empecé a comprender que mamá podía morir un día, que un enfermo es un ser que camina silenciosamente hacia la muerte y siempre nos lleva la delantera. El enfermo es un adelantado de la muerte, el que va por delante, el que la ve venir antes que nosotros y tiene ya en los ojos el brillo de lo que él está viendo y los demás aún no vemos. Mamá tuvo una hemoptisis.

Había tenido otras, pero aquella tarde, cuando estaba haciendo sonar el piano, probándose viejos vestidos de noche, yendo y viniendo por la casa, cantando en voz alta, recitando versos, se quedó de pronto encogida en una butaca, con el pañuelo entre las manos y la mancha roja en lo blanco, sofocada y silenciosa, de modo que la llevé a la cama y allí respiraba lentamente, me miraba sin verme, con ojos muy brillantes, más transfigurada por el miedo que por la enfermedad.

Como transfigurada por mi propio miedo la veía yo a ella, hasta que llamamos al viejo médico, que estuvo largo rato en casa, y luego había de volver con frecuencia. Era lo que se dice una recaída, y yo me quedé a su lado, sintiendo toda la fragilidad de aquella vida que podían quebrar unas notas de piano, un golpe de rocío, la mano del viento, el ahogo de la primavera o el oleaje de unos versos. Le tomaba el pulso y la temperatura, perdido en su enfermedad, pero, tras los primeros días, ella volvió a hacerse con el curso del mal, como otras veces, porque tenía ya una larga experiencia de enferma, y manipulaba su enfermedad, llevaba la cuenta de la fiebre y de las pulsaciones, vigilaba como se debe vigilar a un animal peligroso, con cautela, pero con optimismo; con constancia, pero con soltura. Había tardes en que la fiebre «no podía» subir más de medio grado, porque por la mañana había tomado ella las grageas, y durante todo el día no había hablado nada y había reposado mucho. Seguía mamá la rueda de la fiebre como un jugador experto sigue la ruleta, y sabe que en determinada noche «no puede» salir tal número o tal color. Entonces comprendemos que todo, incluso el azar, obedece a unas leyes matemáticas, a unas estructuras secretas, a unas correspondencias, rotaciones y compensaciones pendulares que nunca fallan, de manera que el día siguiente a un día de fiebre alta ha de ser necesariamente un día tranquilo, de fiebre baja, porque la febrícula tiene sus mareas, como el mar.

Pero empecé a interesarme en la enfermedad de mamá, visité a los médicos en su casa, aprendí a mirar radiografías, seguí el descenso de la velocidad de sedimentación, con alivio, como viendo descender la llama que ardía en su sangre y la extenuaba. Había menos sedimentación, menos cenizas en la sangre, menos fuego en los pulmones. Ella seguía tomando precauciones contra el contagio, pero yo, que había pasado ya mi temporada de cama, me sentía familiarizado con la enfermedad.

Volvió paulatinamente la normalidad de antaño, mamá en la cama, haciendo mucho reposo, y se acabaron las salidas juntos, los conciertos, y sólo muy lentamente fui reanudando mis salidas a solas, con amigos nuevos, como aquel Paquito García que habíamos conocido en uno de los últimos jueves musicales, estudiante del conservatorio, pianista adolescente, cabeza romántica, también hijo de viuda, que vivía a solas con su madre, pero no con una madre enferma, sino con una señora fuerte, joven, valerosa, que le resolvía todo en la vida a aquel muchacho distraído, tarareante y galanteador de colegialas.

Paquito García iba algunas tardes a casa y hablaba de música con mamá. Hablaba él, sobre todo, porque mamá debía estar callada, reposando, y porque a Paquito le gustaba hablar. Luego, se sentaba al piano el joven maestro y tocaba alguna cosa, las mismas cosas de los conciertos.

A mí me dejaban tan indiferente las interpretaciones de Paquito como las del teatro, e incluso llegaba a empalagarme todo aquel ternurismo musical, pero lo soportaba por mamá. Paquito era hablador, noble, afectado, simpático, correcto, y si mamá no tenía más de tres décimas aquella tarde, la dejábamos sola o con alguna criada, y salíamos

él y yo a caminar por la ciudad. Paquito me presentó a Alberto, un muchacho grueso y miope, también de gran nobleza, que vivía entre mujeres enlutadas. Luego conocí a Cesítar, simpático y golfete, hijo de un guantero que tenía en la ciudad la guantería más antigua y elegante.

Eran toda una pandilla. Con Paquito, Alberto y Cesítar, conocí a Agustín, un chico bajo y enlutado, de pueblo, que leía muchos libros y escribía cosas, allá en su casa de la aldea, entre las gallinas revoloteantes. Luego estaba Francisco José, millonario y cordial, vestido siempre de blanco, y Carlitos, que cantaba tangos y vendía puntillas en la tienda de su padre, y Alejandro, que tenía una imprenta, y todos los demás, un grupo variado, intelectual, mujeriego. Me llevaron a los viejos cafés de la ciudad, adonde nos pasábamos media noche hablando de literatura, de política, de mujeres, de religión, de pintura, de música, de teatro, de cine, de enfermedades venéreas y de amor.

Aquéllos eran, por fin, los amigos que yo había esperado toda la vida, un Alejandrito y un Dupont más hechos e importantes. De nuevo la pandilla de la calle, lejanos tiempos de las canteas, pero vestidos ya de hombre, con tabaco y conversaciones de hombre. Hubiera sido feliz si no me atormentase la enfermedad de mamá.

En la mañana del domingo salíamos a la calle y vivíamos una libertad de alas remendadas. Éramos el grupo que podía triunfar en el paseo dominical y en los cafés del aperitivo. Las mañanas de los domingos eran todas la misma mañana, un domingo de litografía, ese domingo en que ascendía un globo a los cielos, pilotado por señores con sombrero de copa, y las pamelas femeninas lo saludaban al viento, y los ancianos enarbolaban paraguas y bastones, no sabiéndose si proclamaban el triunfo de la ciencia y la aerostática o amenazaban a los osados viajeros que estaban desafiando luciferinamente las leyes del Universo y de la gravedad. Mañana de ver por el cielo enormes globos, zepelines, sistemas planetarios de colores, cometas infantiles, siempre con un desfile militar irrumpiendo entre la gente, caballos blancos con el grado de general, nubes alegres, blancas, ligeras, y los barquilleros que corrían por el Parque Grande.

En el paseo de la calle principal se repetía una rueda de cadetes, damitas, ancianos ilustres, y todas las estatuas del siglo pasado habían bajado de sus pedestales para pasear entre los ciudadanos endomingados. Las parejas de novios preferían el Parque Grande, los senderos, las grutas, las fuentes, y en el Parque Grande ya no había peleas, muertes de ocas, pavos reales y cisnes, ni estaba ya Electa María Victoria, hija putativa del bosque, sino que el Ayuntamiento había puesto columpios para los niños y bancos para los ancianos.

Nos sentábamos en torno a los estanques de la plaza, mirando las flores de loto y los peces de colores, y el sol de la mañana era una fiesta en el agua, en las escamas de los peces, y el amarillo de los lotos era el amarillo exacto de mi alma adolescente, ilusionada y melancólica.

Las gentes escuchaban a la banda de música militar, en el templete del Parque Grande, y a los sones de *Cavallería rusticana* volvía el Graf Zeppelin por el cielo, o descendía lentamente el globo pilotado, por el horizonte, en tanto que las cometas de los niños recorrían el azul por los bordes, como los peces de colores el estanque.

La banda de música bajaba luego del templete e iba abriendo una vía de música en mitad del paseo, y entraba en los cafés, daba vueltas a las puertas de molino, se alejaba por la calle principal y todo el mundo corría a ver el globo, que había aterrizado en el tejado de la azucarera o de la cerámica, y los fotógrafos de trípode hacían fotografías sobresaltándolo todo con el estampido del magnesio.

Nosotros corríamos detrás de algún grupo de muchachas, y bastaba con quedarse detrás de ellas, muy cerca, en las aglomeraciones de los desfiles, de la banda de música, del aterrizaje del globo, para sentir el perfume dominical de su pelo, el agua de su risa, el removerse de su ropa nueva, y enamorarse. Sólo cuando veía a la gente

salir del teatro, de escuchar el concierto dominical, me acordaba yo de mamá, que estaba en la cama perdiéndose toda aquella alegría, y me ponía triste.

El domingo tenía una mitad gloriosa y otra sombría, pues la tarde era melancólica, lluviosa, con radios de galena sonando en todas partes, paseantes silenciosos bajo los soportales, bailarinas agrias en los cafés cantantes, cines de temblor y lejanía, jugadores de dominó, fumadores de puro, matrimonios obreros que paseaban a sus hijos llorones y grupos de criadas vestidas con el revés de todos los colores, un rojo que era el revés del rojo y un verde que era el revés del verde.

A Cesítar le gustaban las criadas, pero a Carlitos le gustaban las meretrices, y a Francisco Javier sus propias amas de llaves, y a Agustín no le preocupaban las mujeres, de momento, en tanto que a Alberto le hacían soñar las hijas de buena familia. Paquito García y yo íbamos a los bailes infames de las afueras y sacábamos a bailar a cualquiera.

Cesítar daba fiestas, algunos domingos, en la trastienda de la guantería de su padre, que era un sitio catacumbal, polvoriento, erizado de manos de escayola y manos de madera, enguantadas o desenguantadas. Entre el perfume de los guantes, un olor a vinagre que tiene siempre la piel, el vino de garrafa, el humo de las velas, el tabaco, las telarañas y la penumbra, Cesítar, lleno de risas y rubores, de largas pestañas y de vicio, nos iba trayendo muchachas de todos los barrios de la ciudad, chicas que había conocido durante la semana, criadas de gente bien, estudiantes, obreras del barrio de la estación.

Se amasaba la sombra de bultos y conversaciones, una radio nos miraba con su ojo mágico, rojo, que era como el ojo del diablo vigilando nuestra perdición, y Cesítar encontraba siempre una emisora con música de baile. Llegaban muchachas tímidas, con olor a frío y a mujer, y Cesítar les ayudaba a quitarse los abrigos. Alberto y Agustín hablaban de teología, un poco desentendidos de todo aquello, Paquito, Cesítar y yo bailábamos, Alejandro y Carlitos cantaban tangos, Francisco Javier tocaba la guitarra y había una pareja acostada en la piragua que Cesítar había robado de unas regatas colegiales, y que yacía en el fondo del almacén. Por la calle pasaban procesiones, orfeones, rondallas, estudiantinas, borrachos voceadores, gentes del domingo, y nosotros estábamos allí, en la sombra culpable, sucios de mujer y de vino, diabólicamente alegres, haciéndonos hombres con prisa, orinando en los rincones, quitando el guante de manopla a una mano de escayola para ponérselo a la muchacha que teníamos al lado.

Pero venía el verano, se encendían las hortensias e íbamos a los Pinares en el trenecito de antaño, el que nos había llevado a mamá y a mí hacia la salud de ella, que siempre estaba un poco más lejos.

El tren corría alegre por los campos y, a su llegada a los Pinares, una turba de excursionistas descendía de los vagones y se iba extendiendo por el reino esmeralda de los pinos. Allí gritábamos, saltábamos, perseguíamos a las chicas y merendábamos. Había en el atardecer un baile campestre, bajo los árboles, entre botellas, columpios y latas. Luego, en el último tren, cuando el cielo estaba transido de luceros y el pinar era una inmensa masa negra que perfumaba intensamente, regresábamos a la ciudad, y, solo en una ventanilla, recordaba yo aquellos meses con mamá, en los Pinares, mis lecturas y mis paseos solitarios, Laurita, aquella niña que no me gustaba.

Viajaba el tren incendiando la noche levemente con sus chispas alegres y sentía yo un desgarramiento, como si me estuviese alejando, en el tiempo más que en el espacio, de aquellos meses perdidos en que mamá no encontró tampoco su salud, como nunca la encontraba, como nunca iba a encontrarla. Aunque el tren me acercaba a ella, me iba alejando de su recuerdo, al mismo tiempo, del recuerdo de ella en los Pinares.

Luego, el viento de la noche estival, que era como un agua fresca y rápida, se lo llevaba todo y yo viajaba en la ventanilla, solitario, de espalda a las canciones, las

risas, las voces y el olor del tomillo que habían recogido las muchachas. No sabía si triste o alegre, niño o grande, inmensamente fatigado de aquella tarea de ser hombre, que no había hecho sino empezar. La noche era un monstruo sombrío, tierno y agazapado, y el tren iba hilvanando pueblecitos que eran una sola bombilla, un mugido de vaca, un olor penetrante de rosales, una cosa momentánea, dulce y esencial.

En una de aquellas excursiones a los Pinares conocí a Estrella, que era una costurera de las grandes tiendas de la ciudad. Estrella tenía un ojo levemente bizqueante, perdido, pero su perfil era muy puro, así como románico, y su cuerpo delgado y fuerte, esbelto y popular, me gustaba mucho. Estrella se quedó a bailar conmigo bajo los pinos del anochecer, en la pista de agujas secas, una música de limonada, y luego volvimos solos en el último tren, asomados a una misma ventanilla.

Con Estrella fui algunas tardes al río, en una barca, recobrando los tiempos de Dupont y de las tribus de mendigos, que ya no estaban allí. En el río había muchas barcas con enamorados y cuando yo besaba a Estrella me parecía que su ojo perdido se extasiaba tiernamente, pero la niña tenía los ojos cerrados y era muy hermosa. Estrella vivía en el barrio de los ferroviarios y me contaba cosas de su padre, que era fogonero, y del taller, las chaquetas y los pantalones que cosía, y en sus manos fuertes y cortas, en las yemas de los dedos, había un suplicio de pinchazos, unas durezas de aguja, dedal y tijeras.

A Estrella le gustaba mucho el cine y yo la llevaba al cine, pero aún le gustaba más que le explicase, luego, la película, porque decía que ella no cogía bien el fondo. Paseando por las pasarelas de la zona ferroviaria, entre el humo de los trenes, la soledad de las luces y la niebla de la noche, yo le contaba a Estrella viejas películas, *El Danubio azul* de plata y zafir, Shirley Temple entre los abisinios, *El misterio de Fiske Manor*, *Capitanes intrépidos*, todas las de Spencer Tracy, Mickey Rooney y Freddie Bartholomew, y también Jackie Coogan y Wallace Beery, los golfos de Nueva York y de Chicago, *El hijo de la Furia*, *El libro de la selva*, *Sabú*, un álbum crepitante de paisajes, Mares del Sur, rascacielos, gánsters, pistolas, vaqueros por el Lejano Oeste, bosques y ruletas de juego, toda aquella cultura que yo llevaba dentro y que a Estrella le fascinaba.

Luego nos besábamos en la escalera de la pasarela y ella se iba a casa con su paso rápido y gracioso, y yo retornaba hacia mi barrio, lentamente, perdido en la niebla, pensando que me gustaría casarme con Estrella, cuando mamá —ay— no estuviese, y vivir con ella en aquel barrio de trenes y obreros, llevarla al cine todas las semanas y explicarle luego la película, largamente. No me importaba nada que uno de los hermosos ojos de Estrella fuese un ojo perdido.

Estrella no era Teresita, pero a veces lo era, sólo que una Teresita más buena, que se dejaba llevar por mí como yo me había dejado llevar por la otra. Íbamos también a las verbenas de los barrios y Estrella me enseñó a bailar mejor, porque yo bailaba muy mal, y alguna vez la llevé a la guantería de Cesítar, pero prefería estar a solas con ella.

En las verbenas, por las afueras de la ciudad, cerca del cementerio, yo recordaba aquel anochecer en que, expulsado del colegio, Teresita me había paseado por allí en su bicicleta. Ahora estaba bailando con otra mujer y me confortaba comprobar que siempre había una mujer en mi vida. La noche olía a churros, a sudor y a huerto. La gente bailaba levantando mucho polvo, bajo los faroles sucios, de papel, y había sirenas de carruseles, estampidos y gritos, unos gritos extraños y lejanos, como si se estuviese asesinando a alguien más allá de la verbenas, en el anonimato del ruido, la alegría y la música.

Volvíamos tristes de aquellas verbenas, cansados y polvorientos. Nos adormecíamos en un autobús de la periferia, sonámbulo, o paseábamos por calles silenciosas que olían a alcantarilla. Estrella iba muy pegada a mí y yo le hablaba de cualquier cosa. Estrella me escuchaba siempre. Prohibíamos un gato vagabundo o hacíamos el amor

en las orillas del canalillo que pasaba por su barrio.

EN UNA DE AQUELLAS TARDES de domingo invernal, cuando lloviznaba entre la niebla y las gentes paseaban por los soportales de la ciudad, entre brillos tristes de piedras viejas y tiendas antiguas, nos encontramos perdidos en mitad de la calle, porque el padre de Cesítar había irrumpido en el bosque de manos de escayola y nos había expulsado de aquel paraíso de sombras, telarañas, sexo y música de la radio.

Fue cuando los autobuses, las motocicletas, las calles sombrías como ríos oscuros, nos llevaron al viejo barrio de las meretrices, entre arcedianías y lagartos, conventos y prostíbulos, y yo pensaba en Estrella, que no debía de haberle hecho aquello a Estrella, pero la niña costurera estaba en su casa, terminando unas ropas para el lunes, cosiendo en la cocina caliente y estrecha, bajo el ronquido nocturno de los trenes, y en la calle de las Mártires estaban las mujeres antiguas y eternas, las que yo había mirado desde Tablares en los lejanos tiempos de la banda, la Formalita, la doña Nati, la Gilda, la Peseta, Carmen la Galilea, la Isabel y tantas otras. Había en aquel barrio, entre semana, un ir y venir discreto de notarios, cajeros de banco, gentes que repartían monedas de cobre entre los pordioseros y dejaban sus sombreros con insignias y sus bastones con borlas en los quicios de las puertas, mientras yacían en el lecho profundo con una de aquellas mujeres. Pero la tarde del domingo era de los albañiles locos, los soldados, los negros, los pobres y los labriegos. La calle de las Mártires se llenaba de un vino canalla, había batallas de piñas de portal a portal, brujas de braga negra caían patas arriba en la confusión de los ultramarinos, alcahuetas borrachas vendían palo de santo en las esquinas y vagas rondallas, lejanas estudiantinas le ponían un fondo de música y tiempo al fervor de los novenarios y la caída silenciosa y otoñal de los escapularios.

Las colas silenciosas de hombres oscuros tenían un trajín de manos y prisas, y el albañil beodo cantaba andaluz bajo los faroles sangrientos, manojito de claveles, qué bonito y qué bien huele, con el bele, bele, bele, con el bele, bele va. Hasta que las ventanas se encristalaban como nichos de monja y los geranios del barrio llovían un rocío de gato sobre la soledad del barrio, en tanto que una moto rugía en una esquina, sin arrancar del todo, y la Formalita y la doña Nati hacían la reverencia a los recién llegados, cantaba jotas la Peseta, pechugona y repeinada, se orinaba en la acera la Camioneta, y Lirio, el hermafrodita sin piernas, decía versos y zarzuelas.

La Isabel paseaba su lencería fina entre la parroquia, hablando de la niña que tenía en las monjas, la Gilda bizqueaba su ojo saltón y saludaba a todos los hombres de la misma manera, hola, vascote, y se tocaba la preñez de varios meses, y la Carmen, la Galilea, era la mujer mítica del barrio, la hembra dura y difícil, el cuerpo blanco y compacto, la madre fornida y solitaria de niños que se morían pronto y gatos que le pegaban la tiña a todo el contorno. Lejos del domingo, lejos de la ciudad con bares y escaparates, entrábamos en el reino caliente y sucio de las mujeres de antaño, entrevistas por las cancelas turbias de la infancia. En algún sitio había una vaquería que llenaba de olores campestres todo el barrio, de modo que el estiércol era una purificación entre todos aquellos hedores salobres de puerto seco.

Había tenido yo el amor niño de Amalita, el cuerpo como el papel de Teresita, los muslos pecosos de Electa María Victoria, la desnudez tonta de Clara, había tenido sobre todo el amor costurero y bueno de Estrella, el sexo de niñas dulces y olorosas, torpes y obstinadas, pero nunca me había atrevido con aquellas mujeres sabias y remotas, llenas de cansancio y de senos. Carlitos tenía alguna confianza en el barrio, sin embargo, y todos estábamos en la rueda atroz donde una vieja fumaba un tabaco militar, una muchacha se paseaba desnuda y un hombre lloraba en un rincón.

Fue una tarde de mirar y ver, de guardar silencio lívido ante la risa violenta de los cuerpos desnudos, amaratados de impudor. Pero volví más veces, volví solo o acompañado, y la Isabel era una mujer pulcra, casi una señorita, que seguía haciendo ostentación de su lencería leve sobre la carne caballar, y a media tarde se iba a

recoger a su niña a la salida de las monjas. La doña Nati y la Formalita, sacerdotisas y habladoras, con el pelo tirante y los batines de la autoridad, hacían la visita a los hombres importantes de la ciudad y se paseaban con un perro gigantesco en los anocheceres. Veía yo o imaginaba unos niños que desde las tapias de Tablares ponían sus ojos nocturnos en todos nosotros, y ahora era mi pasado quien me miraba fijamente, estaba yo del otro lado del tiempo, dentro de aquella casa, en tanto que otros chicos con frío y lujuria se quedaban al relente. El secreto soñado y entrevisto tenía unos interiores de calendario erótico, baraja revuelta, medias desgarradas, mujeres con frío, vino caliente y camas deshechas.

La Peseta, andaluza falsa, flamencona, grandes senos caídos y con volantes, decía sus sentencias por los pasillos, y la Camioneta, gigantesca y camella, huesuda y crucificada, andaba haciendo los oficios más sucios y besando donde hubiera que besar, dejando la marca roja de sus labios elásticos en la ropa del hombre.

En los atardeceres solitarios, cuando un inmenso buey morado se tensaba en el aire y todo el barrio se llenaba de manzanas sombrías, iba yo hacia la calle de las Mártires, dejaba a mamá en el lecho, con los ojos abiertos en la sombra, mirando sus recuerdos, y me cruzaba con un sacerdote que iba por la otra acera, embozado y silencioso, y quizás era don Luis, el coadjutor, que paseaba olvidado, y a quien las señoras del barrio habían renunciado a canonizar en vida, quizá porque había llegado a la parroquia un sacerdote más joven y con una santidad nueva. Don Luis ya no me reconocía, o puede que no fuese don Luis.

Si en un portal había una pareja besándose, si me llegaba de los rincones de sombra el rumor de unos enamorados, la tinta triste de una conversación o de unos besos, aquella mujer que estaba en los brazos de un hombre quizás era Teresita, ya con tacones altos, casi una desconocida, y había bajo las farolas unos niños fantasmales que jugaban a algo o se peleaban cruelmente, y podía reconocer en ellos a Germán, a Gonzalo Gonzalo, a Ignacio, a Clarita, y tenía miedo de mirar, miedo de ver que, efectivamente, eran ellos, como antaño, miedo de verme a mí mismo en uno de aquellos muchachos. El caballo y la tartana de un lechero ensordecían el silencio con su paso, dejando un reguero de chispas y campo en las calles vacías. Aquella anciana ciega que cruzaba hacia la iglesia quizá fuese doña Alfonso, la millonaria, y las campanadas de la novena ponían un metal largo, resignado, lento, en el aire frío y doloroso del anochecer. Huía yo del barrio como de mi pasado, no para alejarme, para descubrir algo nuevo, sino para hundirme más en los días vividos, en la calle de las Mártires, en la cálida intemporalidad y la niebla de un ayer muy transitado.

En los talleres de los tallistas sonaba el golpe de las gubias sobre la madera y una confusa canción de hombre, y crecían en la sombra los perfiles de los santos. Había una angustia deseada en aquel huir al revés, y en la calle de las Mártires tuve el amor de la Isabel, que era una mujer serena, aseada, y cuya habitación estaba al final de un pasillo. Quizá cuando entré yo en la alcoba olía a la ausencia reciente de otro hombre, a tabaco, y flotaba en el aire un clima de palabras oscuras y de formas, pero no llegué a querer saberlo, y necesitaba ver todo el tiempo el rostro de la Isabel, porque si me quedaba a solas con su cuerpo desnudo, me sonaba en el oído alucinado la voz de mamá, de modo que tuve que mandarle callar a aquella mujer, y quizás en el silencio era peor, no había otro remedio que mirarle el rostro, tan distinto, para saber que no. Las fotografías de las artistas de cine, el tabaco de soldado, el lavabo de piedra, las manos de la Isabel, manos de mujer, al fin y al cabo, su sensatez, un quitarle a todo importancia, estaba cumpliendo su deber sin repugnancia, pero sin pasión. Eso era todo. Nunca me había hundido tanto, sin embargo, en un cuerpo de mujer, porque ya no se trataba de las niñas huidizas y delgadas, sino de un cuerpo grande, de una mujer de verdad, aquella posibilidad de perderse, olvidarse, aquella humanidad inabarcable, el olvido en la carne, ni presente ni pasado ni futuro, solamente los grandes cuerpos

desnudos, excesivos, en la luz baja y amarilla de los flexos (había allí un absurdo flexo de oficina).

Pero sonaban campanas en algún sitio, por aquel barrio de conventos, mugía una vaca lejanísima, pastando por su sueño, había olores detenidos en el tiempo y estar así, sobre un lecho inmenso, junto a una mujer grave y todavía bella, era llegar, por fin, a la quietud, a la plenitud, a la eternidad. ¿Sería aquello la madurez? Sentí como si mi infancia atemorizada y mi adolescencia huidiza hubieran terminado por fin.

Como si la vida, realmente, llegase un día a remansarse definitivamente, que es lo que se sueña siempre y nunca llega a ocurrir. Un enlagonamiento del tiempo en el cuerpo pesante de la Isabel, un límite cálido y duradero en la vida. Esto duró no sé cuánto tiempo, y la vuelta a la calle y ese desamparo de la verticalidad pondrían otra vez en marcha las horas, los días, las palabras, pero uno puede llegar a creer ciegamente en que es posible detener el tiempo, en que hay secretos, maneras de quietud, y quizás es eso lo que se busca en el alcohol, en la droga, en el sexo, en el sueño, en la música, detener el tiempo.

Cualquier sitio es el paraíso con sólo parar el reloj. Cualquier habitación es eterna con sólo desalojar de ella el tiempo. La alcoba de la Isabel era la eternidad porque yo me quitaba allí la vestidura del tiempo al quitarme mi pantalón y mi camisa. Pero luego la Isabel tenía que irse a dar de cenar a su niña, la que estaba estudiando en las monjas. Había cuerpos rubios y menudos, de mujeres impacientes, y cuerpos grandes y crudos de silenciosas amantes. La Gilda era un barullo de embarazos, gritos, ojo bizqueante, manos, vino y soldados. La Gilda, mejor para la conversación y el juego de las cartas. Entre las otras, alguna tan serena, tan intemporal como la Isabel, y aquella tarde en que iban a la visita médica y había que ayudarlas a ponerse las medias, abrir y cerrar cremalleras, limpiar retretes, buscar barras de carmín, repescar zapatos de tacón debajo de las camas, ayudar a abrir maletas y anudar corsés. Luego, cuando todas se iban, se quedaba uno en la casa silenciosa, con las viejas murmurantes, hasta que volvía la tropa alegre y ruidosa, y entonces se podía gozar de ellas sin miedo, limpias y recién examinadas. Todas estas cosas me habían alejado mucho de Estrella.

La mujer mítica del barrio era Carmen la Galilea, grande y blanca, con la nariz chata y los ojos achinados. Carmen la Galilea, de quien se decía que había hecho el amor en una tarde con toda una compañía militar, cuando a las otras las encerraron por enfermedad y se quedó ella sola en la calle de las Mártires. Carmen la Galilea, que era como una diosa tosca y grande, y que se paseaba silenciosa por el barrio, con un niño o un gato contra el pecho, sin contestar a las frases de los hombres ni a los saludos de las mujeres.

Había que ir hasta la casa de Carmen la Galilea, que estaba al final de la calle, subir la estrecha escalera —escalera de púlpito— que llevaba a su puerta, una puerta forrada de hoja de lata, con mirilla de alambre, y llamar al llamador y exponerse a que Carmen la Galilea le echase a uno escaleras abajo, si no estaba de humor.

Nunca me hubiera atrevido a tanto, pero un día había ido yo a la frutería —era el verano— que había a la vuelta de la calle de las Mártires, porque a la Gilda, embarazada como siempre, se le habían antojado uvas y no era cosa de dejarla con el antojo, y allí estaba Carmen la Galilea, mordiendo una manzana, en el fondo de la tienda, entre banastas de fruta, en el revuelo de las moscas que incendiaban la penumbra, y llegaba, entre el olor a podrido de la fruta recalentada, el olor de Carmen la Galilea, un olor a mujer.

—¿Todas esas uvas te vas a comer? —me preguntó.

Era una voz ronca, resentida, y tardé en comprender que no pertenecía a la vieja de la tienda, sino a Carmen la Galilea, entrevista en su hornacina de sombra y podredumbre, y hacia la que apenas me había atrevido a mirar. «Si quieres probarlas...», dije. Y dijo que sí y ya no dudé en avanzar hacia el fondo de la frutería con mi papel de periódico

en cucurucho, ofreciéndole las uvas como un ramo de flores. Las moscas venían a posarse en mi ramo y la mano de Carmen la Galilea, una mano maciza y blanca, compacta, pero no gordezuela, tomó un racimo sin espantar a los insectos, y yo sabía que me estaba mirando a los ojos aquella mujer, pero desvié los ojos en torno, hace calor aquí, dije, cualquier cosa, y la vieja de la frutería gritaba a los chicos y a los perros que le olisqueaban la fruta, y quizá por la calle pasaba un entierro.

Carmen tenía un gato en el regazo, lo cogía con una mano, casi violentamente, pero el gato estaba a gusto, era pequeño, muy pequeño, y con la otra mano tomaba ella las uvas de mi ramo, son para la Gilda, dije, que se le han antojado, y cuándo pare esa víbora, dijo la Carmen, me parece que ya está para pronto, dije, y seguíamos comiendo uvas y yo la miraba un momento, pero sólo un momento.

Cuando nos hubimos comido el paquete entero, varios racimos, unas uvas dulces, gordas, pegajosas, hice una pelota con el periódico y lo tiré a un rincón, bueno, pues ya nos hemos comido las uvas de la Gilda, la puta, dijo Carmen la Galilea, y yo dije que iba a comprar más, porque cómo iba a volver sin uvas, y entonces la Carmen se echó a reír, y tenía una risa sorda, clara por momentos, rara. Déjame que pague, te las he comido yo todas, chico, y lo de chico me llenó de angustia, cómo vas a pagar, quita, mira el mierda éste, Lucila (Lucila era la frutera) que está hecho un señorito y no me deja pagar, y la Lucila se reía, ya veo que te gusta el pollito, dijo.

«Ya veo que te gusta el pollito», me puse rojo, pues claro que me gusta, Lucila, ¿no es majo?, siéntate, hombre, siéntate ahí, de modo que me senté en una caja de fruta vacía, casi a los pies de Carmen la Galilea, y yo le hacía gracias al gato, que me quedaba a la altura de los ojos y me miraba en ellos con sus ojos verdes, adormecidos y curiosos, y seguíamos comiendo uvas, pero la mano de Carmen la Galilea se posaba de vez en cuando, pesada, en mi cabeza.

Teníamos una amistad, podía decirse, y me había olvidado yo de que aquella mujer era la más temida del barrio, muy señorito me pareces tú, eh, dijo, no tengo un duro, Carmen, bueno, pues eres un señorito sin un duro, y se rió, con quién vives, ¿con la mamá?, sí, qué pasa, coño, y volvió a reírse, se me ha amoscado el gatito, Lucila, se me ha amoscado, pero Lucila ya comprendía que no lo había dicho por el gato, sino por mí. Ya no me cabían más uvas en el cuerpo y Carmen la Galilea fumaba un cigarro y las vecinas entraban a comprar fruta y nos miraban con curiosidad, y si avanzaban la cabeza hacia la penumbra, si metían la nariz en la sombra, Carmen les soltaba cualquier cosa, sí, soy yo, tía puta, qué.

Nunca le llevé su kilo de uvas a la Gilda, que debía estar en su cama de preñada acordándose de todos mis muertos, y cruzamos el barrio en el anochecer, cuando se abrían las tabernas y olía a estiércol regado, entre las miradas de la gente, y yo le hacía bromas al gato por disimular, era mi refugio, y la Carmen llevaba la cabeza alta, como siempre, con un cigarrillo en la boca, todo el camino fue una confusión de vino, saludos, bromas, insultos, hasta que Carmen sacó otra manzana de no sé dónde y la iba comiendo por la calle, a mordiscos, y escupía algo de vez en cuando.

Cuando subíamos la escalera de su casa, hacia la puerta de hoja de lata y rejilla de alambre, sentía yo que los mil ojos turbios y vinosos del barrio estaban en nosotros, el vino se desperzaba a la puerta de las tabernas, la noche de verano tenía unas luces sucias en la calle de las Mártires y la música de una radio sacaba a la mitad del arroyo la intimidad oscura, turbia, caliente y sudada de un interior con niños enfermos, perros dormidos y hombres desnudos.

MAMÁ ESCRIBIÓ CARTAS, mandó recados, hizo llamadas, recibió visitas y me colocaron en una oficina. Algo había que hacer. Me maravillaba siempre el poder que tenía mamá en la ciudad, las influencias que sabía mover. No estábamos solos, no estábamos solos.

Ella se ponía en movimiento, abría las arquetas, sacaba papeles de barba, hojas amarillas, plumas de pico de ave, palilleros de concha, cosas, y empezaba a laborar trabajosamente con su letra redonda, clara, segura (que quizás iba perdiendo seguridad, pero que todavía era muy eficaz) y en seguida llegaban a la casa emisarios, carruajes, automóviles, correos, noticias.

¿Cómo lo hacía? Esto era lo que más admiraba en ella. Había tenido una vida brillante, anterior a mí, una vida de duquesa, y por los salones aristocráticos de la ciudad debía de haber tertulias donde se hablaba de ella, donde se recordaba su nombre.

Claro que me llevaron a una oficina sórdida donde ganaba poco y trabajaba mucho. No era gran cosa lo que se había conseguido, pero esto no lo pensaba yo entonces. Era maravilloso que las cartas de mamá, echadas por mí al correo religiosamente, supersticiosamente, encontrasen siempre su respuesta en unos sobres gordos, timbrados, grandes, de tacto poroso, como forrados de paloma mensajera.

Algo le debía de haber contado a mamá de mis amores con Carmen la Galilea, de mis escapadas al barrio de las meretrices, quién sabe, porque, aunque no me dijo nada, empezó a escribir cartas y mover influencias, y aquello lo mismo podía haber terminado en un correccional, una temporada en el campo, con las viejas amas de cría, o el internamiento en un hospital.

No ocurrió lo peor. Todo se quedó en la oficina. Mamá debió pensar que aquellas correrías por la calle de las Mártires eran consecuencias del ocio, el mucho tiempo libre y la poca vigilancia. Como ella ya no estaba para sermones, quizá porque le faltaba el aliento, quizá porque había terminado por abandonar la lectura de las Confesiones de san Agustín, decidió que los hechos consumados eran lo más práctico. Y me puso a trabajar.

La oficina tenía claraboyas grises, polvorientas, donde se habían ido posando las pelusas de años, las lluvias, las nieves, el polvo, ese polvillo gris y triste que cae del cielo en los días más aburridos y sin porvenir. Sobre las claraboyas de la oficina debía haber pájaros muertos, esqueletos de pájaros, escobas caídas de los altos pisos, gatos secos, una constelación de bultos vagos que apenas adivinaba yo levantando la cabeza entre ristra y ristra de números.

Era muy triste la luz de aquellas claraboyas.

En algún sitio sonaba el motor de una máquina, quizás el rumor monótono de una linotipia, un zumbido de trabajo, el aliento de un taller triste, y se entreoía a unas lejanas obreras que pasaban con un botijo en las tardes calientes del verano o en las mañanas heladas del invierno. La vida estaba fuera, más allá de las claraboyas, de los cristales esmerilados, de las rejas negras y la puerta de molino. Pero yo tenía una mesa con números, carpetas, archivos, secantes, tinta, y sobre todo el olor de la tinta, que era otra vez como el olor de la escuela. Me sentía atrapado nuevamente en la escuela, después de los años, y esto era lo más angustioso.

Mi vida se había detenido, no había dado un paso, yo estaba de nuevo en un pupitre gastado, durante horas y horas, y ya para siempre. De la escuela se espera salir algún día. De la oficina sólo se sale para el cementerio. No podía ser. Pensaba yo en la vida, acodado en el pupitre, y no creía en nada de aquello, pues había visto matar mendigos a la orilla del río, en la noche de la masacre, y la oficina me parecía un juego de hombres tristes y avarientos.

Huir de allí, huir de casa, huir de todo hacia dónde, no sabía hacia dónde, pero estaba mamá, mamá, y ella me había metido allí y por ella lo soportaba, no tenemos mucho dinero, hijo, tienes que trabajar. Desde muy temprano, el frío en las manos, la pluma

entre los dedos blancos, los papeles sosos, la amenaza de más papeles, las equivocaciones, ha vuelto usted a equivocarse, no sé si podrá continuar en esta casa, y el cielo gris de las claraboyas, aquella luz plomiza que pesaba en los ojos, en el cuello. Un pupitre raspado, sucio, con mapas de tinta, las alas amarillas de los documentos, y todo el tiempo por delante para pensar en la vida, la calle, Germán y Gonzalo Gonzalo, el colegio, Teresita, el río, Electa María Victoria, los pinares, mamá, doña Alfonso la millonaria, Carmen la Galilea, Dupont, Alejandrino, el niño teósofo, Magdalena, la pobre loca, la Academia de Artistas, don Serafín y su bufanda, la vida, tanta velocidad de días y de cosas, tanta prisa de vidas y de muertes, para venir a parar aquí, a embarrancar en este pupitre varado, quieto, que tiene, que tenía tamo en las patas, unos cimientos sucesivos de polvo, suciedad, papeles, escupitajos, unas raíces de tiempo, quietud, madera entre la madera y baldosas.

No parece que esté usted hoy muy trabajador, eh, no, no parecía que estuviese muy trabajador, de modo que había que seguir con la labor de la pluma, el vuelo triste de los papeles, la canción de los números, la amnesia de los secantes, y los tampones, tantos tampones, aquellos tampones, que eran otra vez como los de casa de la tía-abuela, pero ahora en serio y para siempre. Olía a oficina y el señor Montánchez, delante de mí, en su escritorio de oficial de primera, tenía la calva dorada, madura, con pecas morenas, como un mapamundi visto por la parte de Oceanía, y las orejas en pico, entre diablitas y de elefante bueno, graciosas, llevaba ochenta, cien años moviendo aquellos libros de rueda, inmensos, silenciosos, pesadísimos, rumorosos de números rojos y números negros.

El señor Montánchez cogía la pluma con dedos agarrotados, rígidos, morados, artríticos, artrósicos, e iba moviendo el palillero lentamente, añadiendo signos a los signos, poblando la colmena pálida y negra de la contabilidad, el enjambre de las cifras, el abejeo de las cuentas.

Venía por los inviernos con los pies hinchados, zapatillas caseras, de cuadros, sobre la nieve de las calles, lentamente, con guantes de dedos cortados para sostener el cigarrillo, fatigado, y se sentaba en el pupitre, con su cabeza de elefante bueno, inmóvil, un elefantito que sabía contabilidad y se sostenía vertical en el alto taburete de oficial de primera, hasta que un día se nos quedó allí, entredormido como otras veces sobre los grandes libros abiertos, pero ahora para siempre, con la nieve en el orillo de sus zapatillas y las manos moradas de frío y las uñas negras, ensalivada la colilla del cigarrillo, al borde de la mesa, humeante, el viejo de toda la vida, el contable, bebedor de cortos vasitos de vino por todas las tabernas del barrio.

Tenía que ir a la oficina, hijos y nietos, era mucha responsabilidad, usted no puede faltar, Montánchez, y si no se encuentra, jubílese, pero la jubilación prematura era muy poco dinero, había que aguantar, un invierno más, pero el invierno pudo con él y le teníamos allí, gris, con las orejas muy en punta, muerto, bajo la luz triste de las claraboyas, almohadillado en los grandes libros abiertos, pobre señor Montánchez, dijo alguien, de modo que por la tarde lo llevamos a enterrar.

Esto es lo que me espera, mamá, esto es lo que me esperaba, toda una vida de pupitre y numeritos rojos, hasta que un día te quedas tieso sobre los libros y esa tarde se cierra la oficina y los compañeros te llevan al cementerio al día siguiente y a la vuelta se toman unos vasos y quizás unos mejillones en la taberna de siempre, pobre Montánchez, ése ya no cuadra más balances.

La oficina, la oficina, algunos anochececeres, a la salida, me iba a buscar a Estrella, si sabía que estaba en el taller, entregando, y paseábamos por las calles con niebla, qué haces, no se te ve nada, me tienes olvidada, trabajo mucho, en una oficina, vaya con el señorito, y algunos sábados por la noche a la calle de las Mártires, en casa de Carmen la Galilea, el amor fuerte y bueno de aquella mujer solitaria.

Pero eran semanas enteras en el rumor de la linotipia, en la luz aburrida de las

claraboyas, y el silencio tenía de pronto un estremecimiento, quizás había caído un pájaro muerto en los cristales, sobre mi cabeza, y se quedaría allí para siempre, hubiera dado cualquier cosa por salir al patio, ¿por dónde se salía a aquel patio?, subir al tejado, pisar con cuidado los hierros de la claraboya, no poner el pie en el cristal, y recoger el pájaro muerto, con alas de polvo y pico de cristal.

En el urinario había más luz, un olor a peine, los oficinistas orinando, el jabón negro de las oficinas, un aire salado y frío, que no me cuadra la suma, oiga, eso es cuestión de repasos, hombre, y se lavaban las manos dejando en el chorro del agua corriente el morado de los números, la huella grasienta de las facturas, el olor marinero del sexo, la nicotina, porque había que volver a la mesa, al pupitre, comer despacio un bocadillo que sabía a cajón, escribir lentamente unos números que se secaban como moscas fallecidas, y llorar.

El director, el hombre inmenso, zambo, ruidoso, torpe, con apariciones sonoras, chaqueta nueva, apretones de manos, jaleo de abrigos y carteras, y el baile delgado de los secretarios, en torno, y otra vez la quietud de la oficina, una máquina de escribir, no sé dónde, como un picoteo de pájaros enjaulados, y los días como pelotas de papel de periódico, crujientes, en la papelera. La puerta de molino giraba en el tiempo con un cansancio y una fijeza de astro desprestigiado, monótono y sin secreto.

Tenían cuellos duros, de celuloide, de almidón, ellos decían de porcelana, y corbatas con rayas brillantes, tenían cabellos cortos, repeinados, nucas peladas, el olor a la peluquería de su barrio, cráneos transparentes, un rapado casi militar, o la coquetería viril de una onda, de un tupé, el lujo de la brillantina, el fijador, aquellos frascos de la ondulación, un caballero con gomina en el pelo, elegantísimo, empaquetado, con monóculo de ir a la ópera, tal y como se veía en la etiqueta del frasco, qué caballero sería aquel del dibujo, qué vida la suya, qué tardes en offset, qué óperas.

Tenían bigotillos negros sobre la boca de tabaco y murmuración, barbas recias y muy afeitadas, barbas de gañanía, pero la oficina, el cuello duro, la corbata, la contabilidad por partida doble les había hecho otros hombres, y algunos se ponían sombrero los domingos.

Aquellos trajes cruzados de los oficinistas, trajes grises con rayita blanca, trajes azul marino con rayita blanca, y las camisas con lorzas en las mangas, los puños dentro de la chaqueta, para no rozarlos con la madera del pupitre, y en invierno un chaleco de lana tejido en casa, de un color salmón enfermo, con el cuello en pico, muy cerrado, hasta el nudo de la corbata, nudo pequeño y apretado.

Tenían zapatos negros de puntera estrecha, o zapatos marrones, renegridos en las costuras, brillantes de betún, más brillantes sobre los recosidos, anillos de oro y de plata en las manos, relojes gordos, puntuales y sobredorados, o el luto de los que guardaban luto, la corbata negra, la franja en el brazo, los lapiceros asomando por el bolsillo alto de la americana, y a veces un cigarro puro entre los lapiceros y la estilográfica.

Sabían los nombres de los accionistas, asientos de contabilidad especialmente difíciles, periódicos deportivos, películas de domingo, santos de pueblo y apodos de lejanas meretrices muertas. Tenían una tristeza de lunes, una tristeza laboriosa, y una alegría de domingo, una alegría de vino blanco y cine con la novia. Entre semana, a veces se reunían en las tabernas más viejas de la ciudad a comer mejillones, jugar a las cartas, hablar de la oficina y beber vino.

Fumaban tabaco negro y sólo pasaban al rubio cuando les hacían apoderados. Fumaban puro los domingos por la tarde y el día de fin de año, cuando había que cuadrar todas las cuentas de prisa, y entre los números rojos y los números negros brillaban las lentejuelas de la nochevieja. El tiempo, su tiempo, el tiempo de sus vidas, de nuestras vidas, estaba en la puerta giratoria, en la puerta de molino, en el girar de la puerta, y no lo sabían, no lo sabíamos, pero allí giraban nuestras vidas, aquella puerta

nos contaba los segundos, los minutos, los días, los años, siempre hay algo que nos está llevando la cuenta de la vida y de la muerte, y cuando descubrimos ese reloj, que casi nunca es un reloj, es cuando podemos enloquecer o cuando morimos. Fumaban mucho en el trabajo y sacaban punta a sus lapiceros con un sacapuntas que tenía en la contera una goma de borrar.

De tarde en tarde, uno de ellos se moría, o se iba trasladado a otra ciudad, o le hacían jefe de una sucursal, y entonces era la fiesta de los mejillones en la taberna, se contaban anécdotas de un balance monstruoso que habían tenido que venir a cuadrarlo de la dirección general.

En verano olían a axila y a tabaco, en invierno olían a la cocina de su casa y bajaban junto a la caldera de la calefacción para comerse el bocadillo de las once de la mañana, un bocadillo envuelto en papel de periódico deportivo, o se lo iban comiendo en el pupitre, metiendo la boca en el cajón en lugar de sacar el bocadillo.

El nuevo apoderado iba más a la peluquería, nos trataba igual que antes de ser ascendido, pero se notaba que ya no era lo mismo, se ponía a diario la chaqueta de los domingos e incluso se echaba un poco de colonia. Tenían dientes de oro, dijes de plata, monederos, pantalones siempre un poco cortos que les dejaban la canilla al aire, con un calcetín marrón o verde, la canilla delgada y quebradiza.

Montánchez se murió sobre su pupitre y otros se morían en la cama, tuberculosos, después de una larga enfermedad, cuando ya nadie se acordaba de ellos, cuando ya nadie preguntaba por ellos en la oficina, y lo más doloroso de aquella muerte era que había que hacer memoria para nada, para acordarse de un muerto al que había que olvidar otra vez en seguida, nada más enterrado. Eran, éramos así.

Había el día de ir a ver al enfermo de gripe o de bronquitis, el día de conocer la casa de uno de ellos, y entonces era como remontarse a las fuentes del olor, reconocer la aureola que había acompañado al tipo durante todo el año, en la oficina, vagamente, y que allí en su casa, era un olor neto, pleno, invasor, puro.

Se salía con cierta repugnancia de aquella casa, pero ellos se llevaban muy bien entre sí y parecían no olerse unos a otros, o quizá se olían subconscientemente y necesitaban de sus olores para subsistir, para sentirse acompañados y vivos, como otros clanes necesitan de su olor a sándalo, a flores, a colonia cara, a tabaco caro.

Tenían trajes marrones con rayita negra, sombreros grises de ala dudosa, sortijas gordas de orfebre provinciano, bigotes nicotinados, bocas enfermas, rictus lentísimos, y sabían hacer números, su explicación en la existencia era que sabían hacer y hacían números menudos, claros, legibles, exactos, y los pastoreaban durante horas y años y siglos. Tenían corbatas horribles, esposas tristes, y eran mis compañeros de trabajo.

RETRATOS POR LAS PAREDES, un grifo que no cerraba, el serón en la cocina, aquel serón que hacía de cuna de los niños muertos, de moisés, camas deshechas, lámparas antiguas, pobres, el hule de las mesas, todo olía a hule y las colonias de Carmen la Galilea, que realmente a lo que olía era a fruta, porque aquella mujer comía mucha fruta.

Se estaba bien en casa de Carmen la Galilea. Un señorito de la ciudad, un rico hijo de un aserrador le pasaba un dinero, había estado muy enamorado de ella, quería casarse, tuvieron un niño, el niño se murió en el serón de la cocina, como otros, y el aserrador se tuvo que ir a América porque su padre le perseguía, apártate de esa mala mujer, va a ser tu perdición, me estás matando, de modo que el tipo quería hacer fortuna en Venezuela, independizarse del padre, estaba en la selva y le enviaba dinero a Carmen todos los meses, un giro, quiere llevarme con él, pero me harta el tipo con tanto amor, me parece que no me voy, hasta que supieron que había muerto destrozado por una serpiente pitón, y la Carmen empezó a preocuparse porque ya no iba a llegar el giro, pero ella era una mujer de mucho precio y no tenía por qué pasar apuros, siempre habría hombres, y ocurrió que el giro seguía llegando puntualmente, misteriosamente, de quién, por qué, el aserrador había caído en la manigua, destrozado por una serpiente pitón, y su fotografía estaba allí, debajo de la mesa de la cocina, entre el hule y la madera, y Carmen la sacaba de vez en cuando.

Mira. Era un tipo con el pelo a cepillo, una cara triste, gafas negras, la camisa abierta, un retrato hecho en verano, sin duda, a lo mejor lo conocías de verlo por la calle, no, Carmen, no le recuerdo de nada, Carmen guardaba la foto por fidelidad al giro, quizá, pero la verdad es que nunca le había tenido mayores cariños al aserrador, y el padre del muerto andaba diciendo por la ciudad que había sido todo por culpa de ella, anda diciendo por ahí que todo ha sido por culpa mía, ya ves tú, si al tipo le dio la vena de irse a Venezuela, quién le mandaba irse a Venezuela, a mí como si come cerillas, pero yo había alcanzado aún la muerte del niño del aserrador en el serón de la cocina.

Era un niño delgado y triste que se murió porque se tenía que morir, la Carmen le había comunicado la muerte del niño a su amante, a Venezuela, en una posdata de la carta en que le comunicaba haber recibido los últimos giros, dicen que se mató porque la muerte del niño le volvió loco, tú qué crees, no sé, Carmen, no sé qué decirte, hay gente que nunca se sabe, y teníamos un amor grande, fuerte, a ella le gustaba pelear un poco en la cama, se volvía alegre, jugaba, su pelo crespo y como de niño, su nariz un poco chata, los ojos achinados, aquella belleza brutal que tenía la Carmen, el cuerpo blanco, duro, ancho, hermoso, algunos hombres decían que les había pegado unos granitos, pero a mí nunca me pegaba nada. Al principio creí que realmente le gustaba dominarme, jugar conmigo como con el gato, ser la mujer fuerte, pero luego fui descubriendo que buscaba desaparecer debajo de mí, debajo del hombre, que es lo que al final desean todas.

De modo que ya no era Carmen la Galilea, la mujer mítica del barrio, la más temida y la más cara, sino una pobre meretriz con belleza de criada que se moría en mis brazos, y creí llegar a tenerla completamente a mi merced, pero cuando más seguro estaba de esto fue cuando empecé a darme cuenta de que la necesitaba, de que andaba perdido por la ciudad y acababa siempre en la calle de las Mártires, en casa de Carmen la Galilea, angustiado si llamaba a la puerta forrada de hoja de lata y ella no salía a asomarse a la mirilla de alambre. Podía tener parroquianos, estar con otro hombre, o, sencillamente, pudiera ocurrir que hubiese decidido no abrirme la puerta, no volver a verme, o quizás era que había salido a dar una vuelta por las calles y renovar un poco la parroquia.

No puede ser, es una locura, la van a detener, ella no sabe lo que han dicho los obispos el otro día sobre su trabajo, estamos en cuaresma, ¿estamos en cuaresma? Ella no sabe leer, cómo se va a haber enterado, bueno, leer sí sabe, y le escribía cartas

al aserrador que se fue a la selva, pero de todos modos la van a detener.

A la salida de la oficina, los sábados por la noche, los domingos por la tarde, me refugiaba en aquel barrio de tabernas negras y mujeres chillonas, o en casa de Carmen, y hacíamos el amor, el grifo goteaba, comíamos muchas uvas, ella estaba siempre comiendo fruta, se llevaba un manzana a la cama, masticaba debajo de mí, sólo en los momentos más violentos se quedaba en suspenso, con la boca entreabierta, y le salía de la boca un fresco olor a fruta masticada. Un día te vas a ahogar, Carmen, un día te vas a ahogar, podías comerte las manzanas en otro sitio, tú a lo tuyo y déjame a mí, replicaba. Andaba huido de Estrella, de mamá, de Cesítar y los suyos, me escondía de no sabía qué en aquella calle, en aquella cama, en los brazos anchos y frescos de aquella mujer.

La Gilda empezó una noche a dar gritos, yo me había quedado a dormir en casa de Carmen, esto a mamá no le gustaba, pero ella qué sabía, ni siquiera se había enterado, y a media noche empezaron las carreras, los gritos por el barrio, brujas negras que llamaban en las puertas, primero creíamos que era una ronda de los guardias, éstos vienen a por ti, Carmen, esos cabrones viene a por ti, tenía mala fama la Carmen en la ciudad, había sido amante de algún tipo importante, de algún señor representativo, y le había dejado de cualquier manera, después de armarle la tremolina en su despacho oficial, de modo que se decía que la perseguían, que la buscaban, pero no.

Era la Gilda, que iba a tener el niño, por fin, después de tanto tiempo, y corrimos a casa de la Gilda, que era la casa de la doña Nati, donde ella vivía y trabajaba, cuántos meses llevaba aquella mujer embarazada, veinte, treinta, quién sabe, se decía por el barrio que el niño se le había momificado en el vientre y que iba a vivir ya toda la vida con aquel bulto dentro, con aquel esqueletito en la tripa, con aquella momia pequeña en las entrañas, pero he aquí que la Gilda dio a luz a los nueve meses cabales de su embarazo, de uno de sus múltiples embarazos, y la señora Landelina, la comadrona, la de los abortos, decía que llegaba en su día justo, ni más ni menos.

Carmen se puso cualquier cosa sobre su carne desnuda, porque gustaba de dormir desnuda, y esto a mí me complacía y me inquietaba, y yo me eché la gabardina sobre el pijama y salimos corriendo. Allí, en casa de la doña Nati, estaban algunos de mis amigos, Agustinito, Paquito García, Cesítar, yo no sabía qué hacían allí, pero tampoco me extrañó verles, habrían ido a pasar la noche con alguna mujer, no sé.

Soldados, albañiles, hombres oscuros, todas las meretrices del barrio, mis amigos y otros estudiantes, la Carmen, la Camioneta, la Peseta, la doña Nati y la Formalita, todo el mundo allí, en una habitación pequeña, con vigas, palanganas, una cama grande, que era la cama de trabajo de la Gilda, y estampas por las paredes, fotos de artistas del cine, en colores, santas muy rezadas, ramos de flores de plástico y los gritos de la Gilda. Todas andaban nerviosas, de acá para allá, sin saber lo que tenían que hacer, rezando jaculatorias, y sólo la Carmen, Carmen la Galilea, estuvo serena y ayudó a la señora Landelina, la comadrona, a preparar las palanganas y las vendas, de modo que me sentí orgulloso, sin saber por qué, de la presencia de ánimo de la Carmen, cuando todas chillaban como grullas.

—¡Que llamen al padre!

Fueron a llamar al padre de la criatura, que era un albañil jubilado y separado de la mujer, con los hijos ya mozos, a quien se había visto por el barrio del brazo de la Gilda y con una hucha de barro en la mano, que era donde esta pareja iba metiendo sus ahorros, las pensiones de él y las ganancias de la Gilda, el dinero que le dejaban los soldados. Vino el viejo albañil con la gorra hasta las cejas, la bufanda hasta la nariz, los ojos duros y desconcertados, las manos rojas y quietas, embutido en una gabardina muy nueva, y se estuvo sentado junto a la cama, tratando de consolar a la Gilda, que se revolvía como una mula bizca y le llamaba hijo de puta.

—¡Niña, ha sido niña!

Mejor, así ya viene con el oficio aprendido, fue el comentario de la Gilda, entre gritos y pecados, pero el albañil dijo que no, que iban a meter a la niña con las monjas o una cosa así, que para eso habían ahorrado en la hucha de barro, y la Gilda le insultaba y decía que su niña tenía un abuelo, más que un padre, porque aquel hombre estaba muy viejo. Tú qué sabes si la chica me la hizo un soldado muy majo que venía todos los domingos, y el viejo sonreía incrédulo, enternecido, y alguien quiso bautizar a la criaturita allí mismo, por lo laico, con vino. Había sido un instante de grito y sangre, de empujón y desgarradura, que se vayan todos de aquí, todo el mundo fuera, decía la señora Landelina, quitándose y poniéndose horquillas en su rico pelo negro.

Pero nadie se movió y la Gilda tuvo su hija a la vista de la Corte, como las infantas del Renacimiento. Una vez nacida la niña, aquel rebujón de sangre, llanto, lágrimas y barro, la gente fue saliendo y se hicieron grupos, despertaron las dormidas barajas de sebo y las botellas sedientas, lucieron las velas gordas y un soldado tocaba una guitarra. Las mujeres estaban más calmadas y la Gilda permanecía en trance, tesa en la cama, quizá muerta, en tanto que el padre de la niña tenía una mano sobre el vientre de la parturienta y la otra mano en la boca de la niña, que le chupaba un dedo. Carmen me dijo que ya no pintábamos nada allí, de modo que nos fuimos sin despedirnos de nadie, cuando la casa era ya una gran fiesta de guitarras, desayunos, mujeres en camisa, soldados, albañiles, estudiantes, jugadores de cartas, vino y llantos de la recién nacida.

Nos cruzamos con la pareja, que entraban a saber qué era tanto jaleo, y la Carmen les llamó hijos de puta entre dientes. Ya estaban los guardias bebiendo con la gente de la fiesta, aquello era un bautizo sin cura y la Carmen decía, con voz oscura, pobre desgraciada, quién le manda traer otra desgraciada al mundo, luego nos acostamos de nuevo y yo me sentía ya muy vecino del barrio y Carmen se durmió en mis brazos después de llorar un poco por los niños que se le habían muerto en el serón de la cocina.

Pero Carmen y yo dormíamos aquella noche entre dos luminarias, una trágica y otra alegre. Toda la ciudad entre aquellas dos luminarias, la casa encendida de la doña Nati, donde había nacido una niña, hija de la Gilda, mula vieja de la mala vida, y la casa de mamá, mi propia casa, donde brillaban todas las luces, las velas, los balcones, las salas, porque mamá estaba muerta en su cama.

Fue de madrugada cuando abandoné el lecho de Carmen y me vestí en la oscuridad de la habitación, procurando no despertarla, para pasar por casa y darle los buenos días a mamá antes de ir a la oficina.

Desde lejos, desde las plazoletas con una fuente goteante, desde los soportales con frío, niebla, humedad y silencio, desde las calles con beatas mañaneras, lecheros y perros suicidas, el resplandor de mi casa, la hoguera insólita en la hora morada, aquel fuego en el que ardía el cadáver de mi madre. Lo comprendí en seguida y llegué allí, sombrío de la penumbra de las calles, azul de frío, a la gran asamblea que llenaba la casa, en silencio.

Doña Alfonsa la millonaria, con sus gafas negras de ciega, Germán y Gonzalo Gonzalo, todos los niños de mi infancia, Clarita desnuda, envuelta en un chal, la niña de las modistas, con cabellos de alga, don Luis, el coadjutor, que había subido por fin a los altares, el abuelo con su barba de harina, la abuela, muy derecha en una silla, con el pájaro en el pelo, Alejandrino, el niño teósofo, Dupont y su abuelo, diciendo algo en francés, Teresita al lado de un cadete, Electa María Victoria, qué hacía allí Electa María Victoria, los bohemios, los mendigos, los gitanos, los húngaros y los zingáros del tejado de doña Alfonsa, aquellos vagabundos con sus osos, don Eustaquio quitándose y poniéndose varios pares de guantes de colores, los maestros de la escuela, con sus vergajos, frotándose siempre las manos heladas, don Gil con su melena bohemia, mis amigos, todos mis amigos, Cesítar y todos los demás, que me miraban

silenciosamente, fijamente, María Luisa y María Eugenia, hermosas y envejecidas, blancas y enlutadas, mi vida entera, tanta gente, Magdalena, la pobre loca, un inmenso velatorio, otra vez la casa encendida, como en los tiempos grandes, velas sobre el piano, hachones en los espejos, la alfarería resucitada de los pasillos, las capillas, los patios, las lamparillas de tantos años, y mamá allí, en su lecho, con las manos cruzadas, muerta, delgada.

Todo el mundo me miraba, pero nadie decía nada. Adiós, mamá, adiós a esta casa de muertos, a nuestra triste vida, a tanta soledad, perdóname, mamá, pero no voy a quedarme aquí, no voy a volver por aquí, nunca más iré a la oficina, no quiero esa claraboya de luz gris, el pobre Montánchez, tan enfermo, esos gitanos perseguidos por los bomberos, expuestos a una masacre como la de aquella noche, en el río, condenados a vivir por siempre en un tejado, al frío y al sol, no quiero esta ciudad, tus conciertos, tu música, ya has muerto y nada me queda aquí.

Tomé el termómetro, su termómetro de toda la vida, que estaba sobre la mesilla, junto a la cama, y miré la temperatura, treinta y siete grados y cinco décimas, la última temperatura de su cuerpo, la fiebre de aquella noche, y guardé el termómetro en el bolso de arriba de mi chaqueta, me llevaba su último calor, no sé si me vieron salir, nadie fumaba, pero olía a tabaco frío en la casa.

Los ojos negros y fijos de Teresita, puestos en mí, no conseguí entender lo que querían decirme, quizá los bajó en algún momento, la mirada maligna de Germán, la mirada ciega de doña Alfonsa, la millonaria, detrás de sus gafas negras, aquellos ojos claros y pardos que me habían conocido y me habían ignorado, según convenía, cuando era niño, el parpadeo nervioso de Alejandrino, la mirada triste de Dupont, tan fiel, el abuelo y la abuela, los ojos de María Eugenia y de María Luisa, escarchados de lágrimas.

Se diría que hablaban de pronto, en oleadas, de una manera confusa, y que luego callaban todos al tiempo, o quizá no habían hablado o no habían dejado de hablar en ningún momento. Me fui por los espejos negros, dejadle que le dé un poco el aire, es mejor, se va a enfriar, viene de la calle, no sabíamos adónde avisarte, hijo, está muy entero, es mejor que lllore, ya romperá a llorar, eso, que le dé el aire, volví a la calle, huí despacito de aquel resplandor que me abrasaba, como cuando la abuela hacía grandes fogatas para quemar las cucarachas, toda la casa era una gran fogata, toda la historia, toda la vida, y si me volvía podía ver los rostros rajados de Ubalda, de Pilar, de Inocencia, en las llamas.

Hice el camino hacia la calle de las Mártires, volviendo sobre mis pasos, con la ropa abierta, sin sentir el frío, y el morado de las calles se iba tornando gris, se abrían puertas, había guirnaldas de conversación de unos balcones a otros, pero reinaban el frío y la soledad. Adiós a todo esto, mamá, adiós para siempre, quizás iré un día a verte al cementerio, con la Carmen, o quizá yo solo, perdóname ahora, me abrasaba allí, y fui entrando en el barrio de arcedianías y prostíbulos, de lagartos y conventos, sonaba algún viejo reloj de torre, las campanas de una iglesia, el relincho de un caballo, el primer pregón del hombre que traía el buen té del campo. Nunca más esa vida, esa tristeza, ese miedo, tanto pasado, tantos muertos, tanta pobreza, mamá, esta ciudad de guardias y oficinas, no. La calle de las Mártires se despertaba con olor a vino y a pan caliente, abrí la puerta metálica de la Carmen con mi propia llave, la casa estaba silenciosa, negra, cálida, dejé el termómetro, con cuidado, sobre los libros que había empezado a llevarme allí, me arranqué la ropa, Carmen seguía durmiendo, entré en la cama y ella me acogió en su sueño, en su calor, y sonaba ya más cerca, en la calle, el pregón del buen té del campo.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.